



ARENAS DEL PASADO

El destino es cruel y no hace distinciones

ALBERTO VÁZQUEZ HERRERA

Arenas del Pasado

El destino es cruel y no hace distinciones

Alberto Vázquez Herrera

Arenas del Pasado

Copyright © 2019 Alberto Vázquez Herrera

Todos los derechos reservados

Diseño de portada

Erika González Navarro

Queda prohibida, sin autorización escrita del autor y bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

*A mi querido hermano
Alejandro Junior (+)*

CONTENIDO

Prólogo

Parte 1 - El Comienzo

Parte 2 - Conociendo un Ángel

Parte 3 - El Juego

Parte 4 - La Búsqueda

Parte 5 - El Contacto

Parte 6 - El Derrumbe

Parte 7 - El Reencuentro

Parte 8 - El Retorno

Parte 9 - Una Dura Decisión

Parte 10 - Una Luz en el Camino

Parte 11 - La Sorpresa

Parte 12 - La Playa

Parte 13 - La Confesión

Parte 14 - La Partida

Parte 15 - La Unión

Parte 16 - Don Alejandro

Epílogo

Sobre el Autor

Agradecimientos

PRÓLOGO

Viví una ausencia familiar y la felicidad de un reencuentro. Mi hermano mayor, siendo joven, se embarcó en una misión religiosa. Estábamos atravesando una crisis familiar: nuestros padres recién se habían separado. En una ocasión, caminando con mi hermano, mientras él me capacitaba para ocupar su puesto de promotor de mercado, le pregunté si creía conveniente irse en ese momento a su misión. Me respondió que podría ser una prueba para definir su lealtad, ¿al primer obstáculo claudicaría?, ¡eso habría significado que su fe no era tan firme! No lo entendí. Molesto, dejé el tema. Tiempo después él partió a su misión que duraría dos años.

Cuando llegó el final de su misión yo estaba feliz porque lo vería de nuevo. Habían sido dos largos años de difíciles pruebas, tanto para él como para mí: diferentes experiencias nos habían forjado como personas. Yo lo había perdonado, todas las razones que él había tenido para partir ya me parecían válidas. Y no es que antes no lo fueran. Él estaba predestinado a cumplir con ese plan y en eso se basaba su fe. Fue un excelente misionero, líder de zona a nivel general, dio charlas y bautizó al por mayor. El reencuentro entre nosotros fue genial. Él era un ser que irradiaba espiritualidad a donde quiera que iba. No llenábamos de platicar y forjarnos planes sobre el futuro. Después de muchos años de haber terminado su primera misión llegó el momento de iniciar otra; así lo dispuso Dios.

Al final los reencuentros son así, llenos de felicidad y de alegría, incluso por encima de esta vida. Me supongo que así debe de ser. El cariño por una persona amada y por la familia no termina en este plano terrenal. Trascendemos de manera espiritual y anhelamos el reencuentro, ahora eterno, donde nada ni nadie pueda truncar esa hermandad y ese amor.

Este fue el origen de *Arenas del pasado*. Con base en las experiencias vividas y en ideas personales ajenas a mi entorno quise crear una obra sencilla, pero con un mensaje importante que definiera la importancia de cumplir con nuestras misiones personales. Tal vez se cumplan mucho después de lo programado, con obstáculos o personas que tratarán de impedirlo, pero si se es perseverante, con una visión acerca de lo que se quiere, las dudas y los miedos se disiparán. Al final, una fe profunda en una acción realizada es un éxito asegurado.

Alberto Vázquez Herrera

EL COMIENZO

Tampico, 2010

La salida de los rayos solares anunciaba el amanecer de una manera majestuosa. Las gaviotas revoloteaban en busca de alimento, amenizando el ambiente de la costa, el oleaje moderado del mar invitaba a la relajación: olas y arena hacían contacto una y otra vez.

A sus cincuenta y nueve años, don Alejandro Medina poseía una condición física formidable; amante del ejercicio y admirador de las ciudades costeras con su aire típico, esa brisa que envuelve toda la ciudad con su abrazo de sales marinas. Solo las personas que han vivido en la costa pueden entenderlo. Tampico es una ciudad portuaria, situada al sur del estado de Tamaulipas, el río Pánuco es el límite que la divide del estado de Veracruz.

Don Alejandro vivía cerca de la Laguna del Carpintero, lugar de esparcimiento, donde las lanchas acuáticas, las familias y la relajación eran una constante, así como los cocodrilos. Se trataba de un barrio sencillo y antiguo, de esos donde los vecinos se conocen y se aprecian. Su modesto hogar se encontraba en la calle Aquiles Serdán, que topaba con el canal de la cortadura. Su casa quedaba frente a una pequeña vecindad. Era muy apreciado por su manera de tratar a los demás, no solo en esa vecindad, sino en todo el sector él era siempre amable y respetuoso.

Al levantarse realizaba la actividad física elegida de acuerdo al día de la semana: correr, caminar, ir al gimnasio, baloncesto, fútbol... En una ocasión le dio por correr de más, tanto que llegó a la playa por la avenida Álvaro Obregón, el problema fue que llegó tan exhausto, con un ligero dolor de rodilla, que tuvo que volver en un carro de ruta, a su edad ya no podía exagerar como cuando era joven, así que, a partir de ese día, se prometió solo correr tramos cortos.

Vestido con la ropa deportiva adecuada, se dispuso a salir de su hogar para ir a correr, respirando el aire mañanero, placentero para sus pulmones. Se fue caminando sobre un puente peatonal que bordeaba el canal de la cortadura, al otro lado encontraría el centro de la ciudad. Le gustaba empaparse de los olores típicos de los negocios de comida. A diferencia de muchos que gustan de correr solo en la naturaleza, a don Alejandro lo hacía sentir vivo el contacto con la gente. Las personas que a esa hora abrían sus negocios lo saludaban de forma amistosa. Escuchaba, en su trayecto, los buenos días e invitaciones a almorzar de parte de sus amigos comerciantes. Don Alejandro a todos agradecía y sonreía.

Al terminar de dar su recorrido se encaminó a su modesta casa. Tenía la posibilidad de vivir en los mejores barrios del puerto, pero no le llamaba la atención: siempre había sido una persona sencilla a pesar de poseer una pequeña fortuna en su cuenta bancaria. Por azares de la vida y, sin siquiera proponérselo, se había ganado la lotería; un día un niño le ofreció una ristra de boletos, don Alejandro se negó al principio, pero el pequeño vendedor le comenzó a suplicar: ya era muy tarde y debía entregar la venta del día o se la cobrarían a él, le explicó que ayudaba a su madre en el gasto diario. Fue entonces que don Alejandro observó al niño y vio sinceridad en sus palabras, le compró toda la ristra de boletos y además le dio una buena propina. El niño, de unos diez años, antes de irse corriendo le agradeció mucho y le deseó suerte: personas como él eran las que merecían ganarse la lotería.

Así, con la buena vibra del niño y con un poco de suerte, se ganó el premio mayor. Días

después de haber recibido su premio, buscó a la madre del niño vendedor y le entregó una parte del dinero haciéndole ver que el pequeño había sido el responsable de que él ganara tan cotizado premio. La señora casi se desmaya de gusto, agradeciéndole el detalle a don Alejandro.

Disfrutaba, pues, del retorno a su casa, caminando por un costado del canal de la cortadura, en el cual a veces podía observar los peces que pasaban nadando con rapidez, recordó que hacía poco se había visto un cocodrilo por el barrio y, aunque era habitual observarlos en la Laguna del Carpintero, no dejaba de ser sorprendente que animales de ese tipo anduvieran por sectores donde vive la gente. Al llegar a su casa, previo estiramiento, se metió a la ducha: era muy satisfactorio sentir el agua tibia cayendo sobre su rostro, algo cotidiano que agradecía todos los días. Al terminar de ducharse y rasurarse, se vestía con unos pantalones de mezclilla y una playera polo. Eligió ponerse tenis deportivos, quería estar fresco y esta combinación le hacía estar cómodo.

El almuerzo de ese día consistía en pan integral untado con mantequilla, huevos rancheros, frijoles con queso y una taza de café. Se lo preparaba una vecina de enfrente de su casa, propietaria de un negocio de comidas, la cual había acordado tenerle listo el desayuno cada mañana, cuando volvía del ejercicio.

—Hola, don Alejandro, buenos días. Espero le guste el almuerzo de hoy.

—Muy buenos días, doña Margarita. ¿Cómo no me va a gustar? Si usted tiene la mejor sazón de todo Tampico.

—Ay, don Alejandro, ya no me diga que me la voy a creer —rieron.

Don Alejandro tomó su platillo, le agradeció y se despidió con una sonrisa. Después de tan delicioso almuerzo, se dirigió a su cochera, donde resguardaba su flamante auto clásico; un Volkswagen rojo modelo 1966. A pesar de haber tenido muchos autos, solía decir a sus amigos más cercanos que este, a pesar de ser un auto chico, le encantaba y se identificaba mucho con él. Era el típico coche “batallador” que a pesar de cualquier circunstancia salía adelante. A menudo comentaba sus anécdotas, como la vez que, recorriendo el bulevar costero, se le ocurrió entrar con su carro a la zona arenosa y halló una camioneta atascada, “aquí me quedare atorado yo también”, pensó; no fue así, aunque con lentitud, su Volkswagen pudo cruzar sin atorarse ni una sola vez. También recordaba aquella ocasión en que diversos sectores de la ciudad se habían inundado, muchos carros se habían quedado varados, pero su *vochito* no se había rajado y atravesó impresionantes lagunas que casi rebasaban su capacet, ¡era por ello que no lo cambiaba por nada del mundo!

Don Alejandro era dueño de una papelería con servicio de chat y fotocopias, instalada cerca de una escuela preparatoria por el centro de Tampico. No tenía ese negocio por necesidad económica: aunado al premio de la lotería le habían entregado los fondos de su jubilación, además contaba con su pensión como profesor retirado. Había comprado el terreno y después montó su papelería para estar cerca de los estudiantes, tenía presente el lema de su padre: “estudia y vencerás”. Con don Alejandro trabajaban dos jóvenes: Lázaro, en el turno de la mañana, y Axel, en el de la tarde; se encargaban de las cuestiones tecnológicas y de la atención al público.

Después de sortear el pesado tráfico matinal, don Alejandro se estacionó en el pequeño lugar reservado para su Volkswagen, en un estacionamiento. Unos cuantos pasos y ya estaba en la papelería.

—Buenos, días Lázaro, ¿cómo va todo?

—Muy bien, don Alejandro, ha estado movida la mañana.

—Bien, muy bien, y a ti, ¿qué tal te va en la escuela?

—Pues, mire, en cuestiones de estudio me va excelente, pero en cuestiones de amor nomás no

doy una. Creo, soy medio especial para las chicas, ninguna se me hace bonita; feo y fastidioso, ¿así cómo conseguiré novia, verdad?

—A qué muchacho tan loco. Recuerda, la belleza es importante, pero el interior de una mujer es lo más valioso. Hace años yo conocí a una mujer que complementaba ambas cosas. Bueno, ya lo entenderás con el tiempo, disfruta tus etapas, nadie experimenta en cabeza ajena.

—Qué cosas dice, don Alejandro, si usted ni se casó —Lázaro se dio cuenta de su torpeza y se puso rojo.

—No dijiste nada que no fuera verdad, muchacho, así que ni te avergüences. Si no me casé fue porque nunca llegó la indicada. Bueno, ese es otro cantar, si no quieres terminar como yo, más te vale que dejes de ser tan fastidioso con las chicas, y mejor ya ponte a trabajar que ahí vienen clientes.

—Sí, por supuesto.

Don Alejandro se dirigió a su oficina, en la parte trasera del negocio. Era un lugar que invitaba a la relajación. Tenía un escritorio de madera, con un cristal en medio, y una silla giratoria, la cual poseía diferentes funciones para aumentar su comodidad; en la pared, tras el escritorio, pendían sus títulos y reconocimientos obtenidos en el transcurso de su vida, que no eran pocos. Gustaba de las estatuas y en su oficina se observaban algunas, sobresalía la figura de bronce del ingenioso y valeroso *Don Quijote de la Mancha*, personaje al que admiraba. Cuando platicaba con sus amigos decía que para sobrevivir en este mundo se tenía que ser gallardo, fiero y a veces loco, como cuenta la historia de este magnífico manchego.

Al entrar a esa oficina se respiraba un agradable olor a madera, al mirar el librero se entendía el porqué. En la pared, frente a su escritorio, don Alejandro había mandado instalar un imponente librero de cedro donde resguardaba gran cantidad de tesoros. Se podían observar libros como *Cien Años de Soledad* de Gabriel García Márquez; *Hamlet* de William Shakespeare; *La Vuelta al Mundo en 80 días* de Julio Verne; *El Llano en Llamas* de Juan Rulfo; *La Ilíada* de Homero; *El Príncipe* de Nicolás Maquiavelo; *Rayuela* de Julio Cortázar; *El Principito* de Antoine de Saint-Exupéry, por mencionar unos cuantos. La variedad de títulos era extensa, aun así, por ser asiduo a la lectura, nuevas obras se integraban poco a poco en el amplio mueble. Uno de ellos resaltaba de entre todos los demás, pues se encontraba en un compartimento especial, se podía leer el título, *Los Miserables* de Víctor Hugo.

Esta oficina era el lugar donde pasaba el mayor tiempo, a veces le daba por escribir historias y jugar con anagramas. La plática que había tenido con el muchacho minutos atrás le había hecho recordar al amor de su vida. Cierto era que había tenido muchas mujeres, quienes le daban un consuelo temporal. Con ninguna ni matrimonio ni hijos. No se arrepentía, aun así en ocasiones aplicaba la frase, “sonríe...aunque por dentro llores”. Esa era la vida que él se había buscado, pero estaba consciente que algo le faltaba, algo que ya no podía remediar.

La jornada diaria terminaba y Axel se despidió de su patrón:

—Ya quedó todo cerrado, ¿ocupa algo más?

—No, Axel, creo es todo, ¿cómo sigue tu madre?

—Ya está mucho mejor, don Alejandro, la llevé al doctor y le recetó medicamento; ya, poco a poco, la gripa va disminuyendo. Oiga, por cierto, ¿se acuerda de aquella chica que le platicue?, pues ¿qué cree?, ya somos novios.

—Muy bien, Axel, me da gusto por ti. Pero no olvides, muchacho, debes de prepararte y esforzarte, ser alguien en la vida para salir adelante, para que apoyes a tu madre que tanto ha

hecho por ti. Eso nunca lo olvides.

—Cómo olvidarlo, si usted me lo recuerda a cada rato. Bueno ya me voy, mañana nos vemos.

—Ándale, muchacho, ve con Dios y saludame a tu madre, que siga mejor.

—Gracias.

Don Alejandro era asiduo a quedarse largos ratos en su oficina después de cerrar su negocio, le gustaba navegar en el mundo de las redes sociales, sobre todo en Facebook y Twitter. Tecleaba los nombres de aquellas personas que recordaba de su juventud, de la época del bachillerato, y siempre, antes que cualquier otro, tecleaba el nombre de ella, inútilmente. Se ponía a pensar en lo increíbles que eran estas redes. En el pasado una red social era un grupo de personas platicando en la plaza, no se podía imaginar cómo hubiera sido su juventud, cuando era estudiante, de haber existido entonces estas tecnologías.

Por esa razón, afrontando obstáculos y recibiendo numerosas asesorías, decidió poner un negocio que manejara la tecnología, así aprendería a dominarla. Contrató a dos jóvenes expertos en el manejo tecnológico y atención a clientes, ellos montaron las computadoras e impresoras y todo lo necesario para echar a andar y mantener el negocio. Si él tenía redes sociales era gracias a la ayuda de los locos de Lázaro y Axel, quienes le habían sacado varias cuentas y le enseñaron lo básico para usarlas. Ya, luego, les fue tomando el gusto.

A su negocio asistían, con regularidad, los profesores y los alumnos de la escuela preparatoria, ubicada por un puente peatonal, cerca del centro de la ciudad al final de la avenida Hidalgo, viniendo de norte a sur. Como el negocio se encontraba enfrente de una plaza donde los jóvenes se reunían, era habitual que fueran a rentar computadoras y a comprar materiales para sus trabajos. Había entablado amistad con algunos de los profesores que lo frecuentaban.

A don Alejandro los alumnos lo conocían como “el abuelo” y su papelería era referida como “el negocio del abuelo”, eso a él no le molestaba, al contrario, era algo que le halagaba, pues al no tener hijos y por ende tampoco nietos, le reconfortaba escuchar cuando los alumnos lo llamaban de esa manera. Cuando a los estudiantes les faltaba dinero para completar algo o necesitaban algo fiado, Axel o Lázaro —quien estuviera en turno— llamaba a don Alejandro, quien nunca decía que no. La intención principal al abrir su negocio había sido, precisamente, apoyar a los estudiantes. Por razones como esa, él era muy conocido, querido y respetado entre la comunidad estudiantil de esa preparatoria.

De vez en cuando salía del negocio a dar caminatas cortas para alejarse del internet, de lo increíble que eran esas herramientas podían llegar a ser muy adictivas, por eso a veces salía a distraerse y olvidarse de ellas por un rato.

—Te encargo el negocio, Lázaro, ahorita regreso.

—Sí, don Alejandro, no se preocupe.

Ese día se propuso ir a caminar a la Laguna del Carpintero y, de paso, comprarse un agua de huapilla a uno de los negocios establecidos ahí.

Estaba cerca de su destino cuando observó, a lo lejos, un pequeño grupo de jóvenes que discutían, los observaba y caminaba a la vez, cuando estuvo cerca se dio cuenta de que eran cinco muchachos contra uno solo. Escuchó:

—Y ya te dije, mugroso, en cuanto te vuelva a ver cerca de mi chica te parto la cara.

El muchacho propinó al otro un tremendo empujón que lo dejó en el suelo. Don Alejandro que todo lo observaba gritó desde lejos:

—¿Qué pasa aquí? Valientes montoneros, déjense de tonterías y esfúmense si no quieren que llame a la policía.

—Usted no se meta, no es contra usted la cosa. Ya le dijimos lo que le teníamos que decir al amigo así que ya nos vamos.

Miraban con odio al pobre chico que aún se encontraba en el piso. El bravucón reafirmó su amenaza y se retiró con sus acompañantes en dirección contraria.

—Pero qué muchacho, ¿cómo que metiéndote con chicas ajenas? —decía don Alejandro al joven mientras le ayudaba a ponerse en pie.

—Le agradezco su ayuda, señor, no le haga caso, ese tipo está loco. Lorena ni siquiera es su novia, él quiere con ella, pero ella ni en cuenta con él. Se cree mucho porque siempre anda con su pandilla porque solo no hace nada.

—Ah, qué muchachos estos tan locos. Me dirigía a la Laguna del Carpintero a comprarme un agua de huapilla, ven, te invito una para que se te pase el susto.

El joven se negó, pero ante la insistencia aceptó gustoso.

—Una cosa es cierta de lo que dijo el granuja —siguió hablando el joven mientras caminaban—. A mí me encanta Lorena, es una niña muy bonita, y yo también le gusto a ella, no quiere andar conmigo por temor a que me haga algo el muchacho que se acaba de ir, yo le digo que no le tengo miedo, ese tipo tiene que entender que ella no quiere con él, pero ella está temerosa más que nada por mí.

Llegaron al puesto y don Alejandro pidió dos aguas y dos nachos con queso para platicar más a gusto; le agradaba escuchar a la gente.

—Oh, señor, no es necesario con el agua es suficiente.

—No te preocupes, yo invito, amigo.

Se fueron a sentar a una mesa, cerca de la Laguna. A don Alejandro le gustaba convivir y aconsejar a los jóvenes, le hacían sentir como si en realidad fuera su abuelo y ellos los nietos que nunca había tenido.

Ya estando acomodados, don Alejandro prosiguió la charla:

—Y bueno, esta chica de la que hablas, ¿está en la misma escuela que el tipo que te amenazaba?

—¡Oh, no, señor! Ella estudia en la preparatoria que está por donde termina la avenida Hidalgo, por el puente peatonal. Pero el tipejo no.

—Bueno, yo tengo una papelería cerca de la preparatoria donde estudia tu chica, por si llegas a andar cerca y tienes problemas con ese tipo puedes buscarme. Yo casi siempre me encuentro en el negocio.

El joven se quedó pensativo.

—Claro que sí, conozco el negocio, de hecho, he acompañado a Lorena varias veces por copias, ella dice que ahí está su “abuelito”. Me contó que en una ocasión fue a comprar una pluma, ya que tenía un examen, pero cuando buscó en su mochila se dio cuenta que había dejado su monedero en la casa, muy apenada le dijo al chavo que atendía que no la llevaría porque había olvidado el dinero, entonces él le habló a un señor y ese señor le dijo que se la llevara, que era suya, solo le pedía que pusiera todo su empeño en el examen. A ella no se le olvidó ese gesto, al siguiente día regresó a pagar la pluma, pero el joven que atendía le hizo ver que “las bendiciones no se pagan, solo se reciben”; eso le había pedido su jefe que dijera cuando alguien regresara a pagar algo que él había dado de corazón. Quiero pensar que usted es el “abuelito” del cual ella me habló.

—Así es, y te digo con orgullo que soy abuelito de muchos de la preparatoria.

—Lorena salió tan contenta ese día porque fue la única que sacó diez en ese examen, así que

siéntase orgulloso. ¿Cómo me dijo que se llamaba, señor?

—Me llamo Alejandro, pero me puedes decir, señor Alex, abuelo o don Alejandro, como tú gustes.

—Ah, pues mucho gusto, don Alejandro, yo me llamo Hilario.

Continuaron charlando un rato más, al final se despidieron e Hilario prometió ser quien pagara las huapillas la próxima ocasión.

Don Alejandro era muy afecto a los platillos típicos del mar y asistía con regularidad a los restaurantes de mariscos que abundaban por la ciudad, la sopa de mariscos y los camarones al mojo de ajo eran de sus favoritos. Acudía a un restaurante que se encontraba enfrente de un panteón, sobre la avenida Hidalgo, en cuya fachada podía leerse: “aquí se está mejor que enfrente”. Por pintoresco que parezca, a alguien se le ocurrió pintar en la barda del panteón: “aquí están los que estaban enfrente”.

Después de terminar de comer, don Alejandro pedía platillos para llevar y los repartía a gente que mendigaba por el sector. En una de esas ocasiones observó a una joven madre deambulando por la avenida Hidalgo, con sus tres pequeños niños arriba de un carrito de supermercado, se notaban sucios y hambrientos. Don Alejandro se había acercado a ellos para hacerles la entrega de varios platillos de comida, pero la mujer se había negado a recibirlos, entre alegatos y manoteos continuó su marcha. Estupefacto, don Alejandro los observaba alejarse sin poder hacer nada más. Grande fue su sorpresa cuando observó que el carrito de supermercado se detenía y la señora se daba media vuelta.

—Le pido una disculpa señor, no suelo aceptar limosnas. Mi hijo el mayor —apuntando a uno de los pequeños— me acababa de decir que hace unos minutos hizo una oración pidiendo alimento para sus hermanitos, fue entonces que usted apareció con esos platillos; cuando yo no acepté su ayuda mi hijo me dijo que yo acababa de rechazar la ayuda de Dios que él había pedido, es por eso que vengo a aceptarlos y a pedirle una disculpa.

Don Alejandro la miraba primero a ella y luego a los pequeños. Sonreía.

—Aquí tiene, señora, no se preocupe, a veces no entendemos los mensajes de Dios a primera instancia, es bueno recapacitar y atenderlos, me da gusto que usted lo haya hecho.

La señora le daba las gracias y lo bendecía mientras se dirigía a donde los pequeños ya sonreían gustosos por la comida que traía su madre. Con sus manitas decían adiós a don Alejandro, que les devolvía los saludos. Los miró alejarse, con ganas de poder hacer un poco más por esa familia tan necesitada.

Don Alejandro regresó a su oficina, le entregó a Axel un cóctel de camarón que le había traído y le preguntó por alguna novedad.

—Nada más que vino un chavo, se llamaba Hilario, dijo que lo venía a visitar, estaba acompañado de una chica muy guapa, pero fuera de eso todo tranquilo. ¡Ah!, gracias por el cóctel de camarón, don Alejandro.

—De nada, muchacho, estaré en mi oficina para cualquier cosa, gracias, Axel.

Don Alejandro se había quedado pensativo por la visita de Hilario, se imaginó que había tenido algún problema con los chicos de la otra ocasión, luego se tranquilizó, de haber sido así no habría llevado a su amiga.

Se sentó en su sillón y prendió la computadora para revisar unos pedidos de material que había tecleado en la mañana y, de paso, revisar sus redes sociales. Se dio cuenta que tenía una solicitud de amistad en Facebook, era raro pues casi no recibía solicitudes, por lo regular era él

quien las enviaba. Vio con aturdimiento el nombre: David Montelongo, un antiguo amigo de juventud. Observó la foto de perfil y, en efecto, se trataba de aquel que había sido su mejor amigo, ya no era un muchacho, era un viejo al igual que él, sin embargo, gracias a que la esencia de las personas no cambia con el tiempo, pudo distinguir las facciones de su amigo en la foto. Aceptó la solicitud y le escribió un mensaje:

Mi muy querido amigo David:

Gran gusto me da recibir tu solicitud, te he buscado y hasta este momento no había podido dar contigo, creo que diste conmigo por el collage de mi foto de perfil, con una parte de cuando estaba joven y con otra actual, lo hice con toda intención para que cuando alguien me buscara, diera conmigo sin dificultad. Pero qué diablos, cuéntame, ¿qué haces?, ¿dónde vives? Caray, me diste la sorpresa del año, viejo loco, respóndeme a la mayor brevedad, mira que soy capaz de ir a donde tú me digas con tal de volverte a saludar y estrecharte en un gran abrazo, mi querido amigo. El tiempo apremia, ya somos unos viejos y el "titi" ya nos llegó. Así que no demores tanto en contestarme o tal vez ya no me alcances, un gusto, mi amigo, espero tu respuesta.

Tu amigo Alejandro

Había sido una gran satisfacción tener noticias de su amigo, quien había sido como un hermano mayor. Sin proponérselo viajó al pasado. Vino a su mente su padre, don Cheto, quien había sido un hombre bueno y temeroso de Dios. También evocó a sus viejas amistades y, como siempre, a su viejo amor, a la familia de ella y a las circunstancias finales, drásticas, que le tocó vivir.

Los siguientes días fueron de tranquilidad, don Alejandro se repartía entre su negocio y su filantropía. Ya tenía tiempo que se había inscrito en una asociación de apoyo a gente necesitada llamada Pro-Alimeyro, todos los miércoles los miembros se reunían para llevar alimento y ropa a gente necesitada de las orillas de la ciudad. Don Alejandro era de la idea que no valía la pena tener tanto dinero y que solo estuviera en el banco enfriándose, le gustaba repartir lo poco o mucho que tenía a los necesitados, era un hombre dadivoso, no solo de palabra, sino también de acción.

Un día, al regresar a su oficina, después de una reunión de la asociación, se puso a revisar pendientes y correos. Elaboró un pedido de material y, luego, abrió sus redes sociales. Grande fue su sorpresa al encontrarse en la bandeja de mensajes la respuesta de su amigo David. Quedó mudo de la impresión.

Señor Alejandro Medina, usted no me conoce, pero yo a usted sí, le leí el mensaje que escribió a mi abuelo y lloró de alegría. Fui yo quien, por expresa mediación de él, le envió la solicitud de amistad a su persona, pues mi abuelo desde que cayó enfermo no ha parado de hablar de usted y me pidió buscarlo. Gracias a Dios di con usted muy rápido. La verdad, al comienzo tuve pocas esperanzas de encontrarlo. El motivo básico de este mensaje es para decirle lo siguiente: mi abuelo está enfermo, está en cama, tiene una enfermedad terminal que lo va debilitando poco a poco, de un tiempo a la fecha su salud se ha ido deteriorando muy rápido y desde entonces no ha parado de decir su nombre, tal pareciera que tiene algo importante que decirle a usted, pues a nosotros no nos dice nada. Nos ha pedido que lo

busquemos, creo que a veces los pendientes del pasado nos atormentan en el futuro. Tal vez sea algo importante. Un día nos platicó que en su juventud fueron grandes amigos. Actualmente vivimos en el norte de México, en la ciudad de Matamoros, si pudiera concedernos la oportunidad de darnos su teléfono para que mi abuelo pueda platicar con usted, lo haría muy feliz, entendemos que tal vez sea muy precipitado si le pidiéramos que venga a verle en persona, así que nos contentamos que al menos sea por teléfono, en espera de su respuesta quedo a sus órdenes.

Nieto de David Montelongo

Todavía impresionado, con los ojos abiertos de par en par, redactó un escueto mensaje:

Con gran pesar leo el mensaje. Favor de mandarme la dirección, mañana por la mañana parto para Matamoros.

Alejandro Medina

A partir de ahí don Alejandro no pudo dejar de pensar en su amigo, le dio tristeza saber que la vida se le extinguía, ¿acaso quería despedirse?, ¿qué mensaje tan importante tenía para darle? Evocó los momentos felices vividos a su lado, su infancia, su adolescencia, sus amores de niñez, de juventud y su repentina partida a otros horizontes. Recordó también que había sido David quien le presentó a la persona que nunca dejó de ser el amor de su vida.

Cuando Lázaro y Axel estuvieron juntos en el cambio de turno, les notificó que al día siguiente partiría para Matamoros, les dejó instrucciones para que hicieran pedido de material y les pidió que estuvieran atentos al negocio, ya que los asaltos a mano armada a los comercios de la ciudad se habían disparado considerablemente en los últimos meses, les indicó que si llegaban a ver alguna persona sospechosa no se hicieran los valientes y que se apoyaran mutuamente para cualquier situación. Los jóvenes le hicieron saber que se fuera sin cuidado: todo marcharía bien. Se fue a su casa antes del cierre del negocio, para preparar su viaje hacia las tierras que colindan con el vecino país del norte.

El autobús iba en camino y don Alejandro viajaba en uno de los primeros asientos. Decía que los asientos delanteros le permitían tener un mayor panorama del camino, además, el vértigo era menor, más si no se estaba habituado a viajar en autobús. Fue un largo viaje de siete horas que a don Alejandro se le pasaron muy rápido, la adrenalina y la emoción que sentía al volver a ver a su amigo le hacían sentir fuera de este mundo.

Al llegar a la central de autobuses de la ciudad fronteriza, tomó su pequeña maleta de mano e inmediatamente se dirigió a un taxi. Durante el trayecto, don Alejandro observaba el ambiente en las calles: al ser ciudad vecina de Estados Unidos se podían ver personas de aquella nacionalidad caminando con tranquilidad como si esta fuera su ciudad natal. Aunque era también ciudad costera, pues el mar no quedaba lejos, influía más el hecho de ser frontera y eso se notaba en los tipos de negocios y en la arquitectura de las casas: fachadas de estilo americano, nombres de negocios escritos en inglés, que daban un toque extranjero a toda la ciudad.

Se percató de que llegaría precisamente en la hora de la comida y, como no le gustaba llegar con las manos vacías a ningún lugar, le pidió al taxista que lo llevara antes a algún restaurante donde vendieran platillos ricos. El taxista, atendiendo su solicitud, lo llevó a un lugar donde

vendían una comida deliciosa. Cuando estaba esperando para que le entregaran el pedido observó en el restaurante diversos cuadros de Frida Kahlo, las pinturas de la mexicana no eran de sus favoritas, pero siempre le había dado curiosidad su relación con Diego Rivera, pensaba que ese había sido un matrimonio muy particular y tormentoso, a pesar de que ambos personajes siempre se amaron.

Después de que le entregaron los platillos, retomó el camino a la casa de su amigo.

—Ya estamos llegando —le indicó el taxista.

Cinco cuerdas más y ya estaban en el lugar indicado. Pagó al taxista y le agradeció su buen servicio. Le entregó un platillo de carne a la tampiqueña.

—Ándele, amigo, para que mitigue un poco el hambre.

—Caray, señor, le agradezco, la verdad no he comido nada en toda la mañana, mire le doy mi tarjeta, cuando se disponga a partir, hábleme, yo le llevaré a la central.

—Le agradezco mucho, buen hombre.

Estaba en el umbral de la puerta y los nervios por fin llegaron a don Alejandro, volvería a ver a su amigo y eso lo ponía ansioso, tocó el timbre en dos ocasiones y escuchó voces a lo lejos. Salió a abrirle un joven de aproximadamente dieciséis años, acaso quien le había escrito el mensaje por instrucción de David. Se saludaron de mano.

—Es usted don Alejandro, lo reconocería donde fuera, mucho gusto, pásele por favor, ¿le ayudo con las bolsas?

—Te agradezco, hijo, espero todavía no hayan hecho la comida.

El joven tomó las bolsas y al ver de qué se trataba hizo un gesto de sorpresa.

—No se hubiera molestado, señor. ¡Papá, mamá!, aquí está el señor amigo de mi abuelo.

Salió de la cocina una señora de tez blanca y ojos almendrados, con una cara de amabilidad extenuante a su paso.

—Mucho gusto, señor, soy la nuera de don David, pásele a la sala, siéntese por favor, en un momento baja mi esposo, ¿cómo le fue de viaje?

—Pues créame que ni lo sentí, entre dormitadas y platicadas con el chofer, se me fue el tiempo volando, además, creo también la ansiedad de ver a mi antiguo amigo no me dejaba en paz —don Alejandro notó un cambio en el rostro de la mujer, algo parecido a una tristeza.

—Sí, ha estado bastante mal, los doctores no le dan mucho tiempo y eso nos entristece a todos. Él siempre ha sido una persona muy buena y mire que lo dice su nuera, últimamente ha estado tan débil que casi no habla y él tan alegre que era, ¡oh!, va bajando mi esposo.

Por las escaleras venía un señor que a primera vista le pareció a don Alejandro el vivo retrato de su amigo, claro, con más años de cuando lo dejó de ver.

—Señor, es un gusto conocerlo, mi padre me ha platicado tanto de usted que ya pareciera que lo conozco de hace tiempo —estrechó su mano.

—El gusto es mío al conocer al hijo de mi amigo, te pareces tanto a tu padre, me imagino ya te lo han dicho.

—Sí, en más de una ocasión creo yo, para mí siempre es un orgullo escucharlo, pero siéntese por favor.

—Gracias —respondió don Alejandro mirando al hijo de su amigo y notando la evidente preocupación que tenía por su padre. Sin ningún preámbulo fue al grano—. ¿Cómo está David? Dígame por favor, me encantaría poder verlo y saludarlo.

El hijo bajó la mirada.

—No le voy a mentir, don Alejandro, mi padre está muy delicado, los doctores nos dijeron

que lo trajéramos a casa para que pudiera estar al lado de sus seres queridos en sus últimos días, solo esperamos el desenlace, en este momento está durmiendo pues lo acabamos de inyectar, posiblemente despierte dentro de cuatro o cinco horas, creo será el momento en que usted pudiera platicar con él, tengo que comentarle que por su debilidad no puede platicar mucho. A veces se entiende lo que dice y en otras ocasiones no, sé que vino porque mi padre tiene algo importante que decirle, solo espero que pueda entenderlo, posiblemente lo único que quiera es despedirse.

—No te preocupes, hijo, tu padre y yo no teníamos muchos secretos entre nosotros y, la verdad, aunque lo dejé de ver hace mucho tiempo lo seguí considerando mi mejor amigo. Tampoco sé lo que me quiera decir, tal vez como bien mencionas solo quiera verme y platicar, no te preocupes, así sea solo para darle un abrazo me daré por bien servido al haber venido.

Invitaron a la mesa a don Alejandro para compartir el pan y la sal, el hijo de David hizo una oración por los alimentos y por la salud de su padre, momentos después ya estaban todos degustando la comida en un ambiente de paz y tranquilidad, compartiendo sonrisas y anécdotas. Al terminar ofrecieron a don Alejandro un cuarto de huéspedes que se encontraba en el primer piso de la casa, con la intención de que descansara del viaje. Don Alejandro les agradeció su hospitalidad y se dejó guiar por el hijo de David. Una vez en el cuarto, se sentó en un sillón reclinable y se dispuso a leer el libro de *Ana Karenina* de León Tolstoi. Ya estaba anocheciendo cuando tocaron a la puerta, era el nieto de David, quien le dijo que su abuelo había despertado, que estaba lúcido y lo esperaban en la planta alta. El momento había llegado.

Subieron las escaleras hasta llegar a un amplio pasillo donde se podían observar diferentes puertas, el nieto le indicó que la última del pasillo era donde se encontraba su abuelo. Al abrirla vieron a David con los ojos abiertos y a su hijo tomándole de la mano, este, al observar que entraban, dijo a su padre:

—Ya ha llegado tu amigo, está aquí —se paró y acercó una silla a la cama—. Se ha despertado muy lúcido —se dirigió a don Alejandro—, los dejaremos solos para que platicuen. Cualquier cosa que ocupen estaremos en el pasillo mi hijo y yo.

—Les agradezco todo lo que han hecho para que este encuentro sea posible —decía don Alejandro mientras lo tomaba del hombro; sonrieron. El hijo y el nieto de David salieron.

Don Alejandro se acercó a la cama y se sentó en la silla.

—David, mi viejo amigo, qué gusto, no sabes las ganas que tenía de volverte a ver.

David que hasta ese momento parecía ausente, al escuchar las palabras de su amigo, lo buscó con la mirada. Sus ojos se cruzaron, sonrieron. Con esfuerzo, David le acercó la mano y don Alejandro la tomó con delicadeza, juntaron sus cabezas y este le dio un beso en la frente.

—Mí viejo amigo, me querías y aquí me tienes.

Unas cuantas lágrimas caían por el rostro de David, quien hizo un esfuerzo por hablar:

—Amigo, tanto tiempo. Lo olvidé y ahora quiero que busques.

Don Alejandro, algo desconcertado, respondió:

—Ya no debemos buscar a nadie, amigo, aquí estoy. Cierto, ha pasado mucho tiempo, pero nuestra amistad es inquebrantable.

David movió la cabeza en señal de negativa e hizo un gran esfuerzo para que las palabras salieran.

—No, Alejandro, hace muchos años, Patty en la playa, igualita, aquí mismo... ella al inicio no me reconoció, iba con su esposo, yo... acerqué y dije quién soy. Ella nerviosa se alejó... volvió a acercarse y dio algo cuando me iba. Un papel, lo memorice, decía: “Dile que nunca lo olvide. Él tiene derecho a saber, dile a Alejandro, me busque, estoy en la frontera norte, es algo urgente.

Dile, Roma”. Después se fue, esposo quedó viendo, se fue, yo olvidé... no sabía dónde buscarte. Hasta ahora que siento, yo, irme, es como si uno recordara todo lo pendiente. Yo te quiero, amigo, y quiero que busques.

Después de ese esfuerzo sobrehumano, los ojos de David se apagaron, quedando profundamente dormido aún tomando la mano de su amigo.

Don Alejandro estaba boquiabierto. Hasta cierto punto entendía el mensaje, pero algunas partes quedaban inconclusas. Salió del cuarto y se encontró con el hijo y el nieto de David.

—Se ha quedado dormido —atinó a decir

Amaneció un día triste, todos despertaron con la noticia de que David había fallecido. Sin embargo, en el rostro de David se quedó grabada una sonrisa, tal vez por la reunión con su amigo o tal vez porque siempre había sido así, dicharachero y juguetón.

Por supuesto, don Alejandro se quedó invitado por la familia a los servicios funerarios, a pesar de la tristeza que sentía, tenía una sensación de satisfacción. Estando en el funeral se acercó a la caja donde reposaban los restos de su amigo, lo observó en silencio y le prometió que descifraría lo que con tantas ganas le había querido decir. Para él no era un adiós definitivo, solo un hasta pronto.

—Mi viejo y querido amigo, muchas gracias por todo, nos veremos cuando sea mi momento, por lo pronto, apártame un espacio allá donde tú estás ahora.

Cuando terminaron los servicios funerales, se despidió de la familia de su amigo. Les hizo saber lo mucho que David significaba para él, les prometió que en la medida de sus posibilidades les visitaría. De la misma forma, la familia llenó de elogios a don Alejandro, le hicieron saber que siempre sería bien recibido, ofreciéndole su casa cuando así lo dispusiera.

Camino a la central de autobuses, previa llamada al taxista, iba muy callado. El taxista le preguntó si había encontrado lo que buscaba.

—Mi amigo —respondió pensativo don Alejandro—, creo, apenas voy a comenzar una larga búsqueda, aunque si te soy sincero, tengo más interrogantes que respuestas.

CONOCIENDO UN ÁNGEL

Ciudad Victoria, 1966

En las tierras por donde cruza la Sierra Madre Oriental, en el norte de México, es común el clima caluroso, las altas temperaturas están presentes durante casi todo el año y son soportables solo por la cantidad de árboles frondosos existentes en la zona, cuya sombra ayuda mucho.

Ciudad Victoria, la capital del estado de Tamaulipas, una ciudad apacible y bondadosa, rara vez algo rompía el encanto de su tranquilidad en esos años, a pesar de ser una ciudad pequeña, estaba en constante crecimiento, la calidez de la gente se veía reflejada en los saludos constantes, su ayuda al prójimo y el respeto entre su población.

En un atardecer, debajo de un frondoso mezquite, se encontraba un joven quinceañero descansando. Recostado, apoyaba la cabeza sobre sus manos, posadas a su vez en una piedra con forma de caparazón de tortuga. El calor y el esfuerzo físico lo habían cansado. Minutos antes había cambiado de lugar unos costales de abono, pues ayudaba a su padre en el negocio donde trabajaba; este joven se llamaba Alejandro Medina.

Su padre, Aniceto Medina, era encargado de un vivero donde se comercializaba todo tipo de plantas, flores, abonos, tierra y diversos artículos para el mantenimiento de un jardín.

—¡Alejandro, ven para acá! —le gritó su padre—, necesito que lleves estos costales de abono a casa de Panchita Morales, pero rápido que ya los espera.

Don Cheto, como lo conocían en el pueblo, era un hombre justo, recto y temeroso de Dios, que por su sencillez y buen trato era muy querido.

Alejandro, después de despabilarse, se paró y fue hacia su padre. Al ver venir a su hijo, don Cheto recordó a su esposa, quien había muerto al dar a luz, ella siempre había estado deseosa de cargar a su bebé, pero el destino quiso otra cosa. Antes de, siquiera, poder cargarlo, una emergencia médica acabó con su vida. Don Cheto y su esposa siempre habían platicado acerca de su futuro, estaban animados por el arribo de su bebé, ya muy querido desde antes de nacer; habían determinado llamarle Alejandro si era niño o Alejandra si resultaba niña. Ante el desenlace de su esposa, don Cheto entendió que no existe futuro programado, solo existe el presente y es ahí donde se deben centrar todos los esfuerzos. “Pero ¡qué carajos estoy pensando, no debo entristecer!, mi esposa debe estar feliz viendo a nuestro hijo sano, fuerte y feliz, y yo debo recordar la promesa que le hice de siempre estar contento, porque ella así me lo pidió antes de partir”. Así eran las cosas, no siempre obtenemos lo que queremos y más aún cuando es destino de Dios que así sucedan, a veces uno propone, pero Dios es quien dispone.

—Ándale, hijo, que la señora Panchita espera el abono para sus plantas.

A Alejandro le encantaba ir con doña Panchita, una señora muy amable que siempre le ofrecía un pedazo de pastel de los que horneaba para vender.

—Claro que sí, padre, me llevaré estos costales extra, aunque son chiquitos y no pesan mucho, más vale llevármelos por si alguno se rompe.

Cuando iba en camino, el muchacho escuchó que le llamaban.

—Mí apreciado amigo Alejandro, ¿a dónde vas?

Era David. A veces se terminan formando amistades con personas con quienes nunca se había

imaginado uno. Así fue David para Alejandro, era su mejor amigo, de los pocos o el único verdadero amigo que tenía. Se conocían desde que cursaban la primaria, donde por lo regular los niños son crueles. Alejandro siempre fue un niño noble y bueno, y en ocasiones era molestado por otros más inquietos y rebeldes que él. Un día, David, que siempre fue un niño vivaz, lo defendió de unos chicos que le estaban quitando su almuerzo, fue a partir de entonces que su amistad fue en aumento y se mantuvo durante las siguientes etapas escolares. Cuando no estaban en la escuela se iban a jugar al parque, con otros niños, o al río, inventaban todo tipo de entretenimientos, siempre de manera unida, la camaradería entre ellos, a pesar de ser distintos en carácter, siempre fue constante.

—¿Qué onda, David? Me dirijo a casa de doña Panchita, voy a entregarle estos costales de abono.

—Yo te acompaño, Alejandro, sirve que te ayudo, además me hace falta caminar un poco, todavía me duele la rodilla después de la artera entrada que me hiciste jugando fútbol, eso sí, con un pedazo de pastel de los que hornea doña Panchita se me quitará.

Ambos jóvenes rieron y siguieron caminando de forma alegre, tarareando canciones, platicando y saludando a las personas. Venían caminando por las vías del tren, las cuales dejaron atrás al doblar a su izquierda y avanzar dos cuadras más, fue en ese trayecto que ambos vislumbraron unos camiones de mudanza, estaban estacionados justo afuera de una casa que desde semanas atrás había estado en remodelación. En realidad, nunca antes le habían puesto atención a esa casa.

Por la puerta principal iba saliendo una señorita con un libro abrazado; se dirigió hacia uno de los árboles del patio y se sentó a leer bajo su sombra. El impacto fue inmediato. Era el ángel más bello que hubiera visto nunca, a pesar de la distancia distinguió el hermoso rostro de ojos color café claro, mirada tierna y cabellos rizados, castaños. Alejandro estaba estupefacto, David también la observaba, no pronunciaba ninguna palabra. La jovencita sostenía el libro con ambas manos, tan entretenida leyendo que no se percató de que era observada a lo lejos por dos desconcertados jóvenes. Después de unos cinco minutos de estar pasmados vieron a un hombre de edad madura que salía de la casa, por la parte trasera, y vociferaba cosas a los hombres que descargaban los muebles. Los tachaba de inútiles y de que no sabían lo que hacían. La joven instintivamente alzó la mirada y vio a los dos muchachos que, para ese entonces, ya se encontraban enfrente de su casa. Alertados, ellos salieron de su ensimismamiento y comenzaron a caminar con paso torpe, ansiosos ante la posibilidad de que el señor los viera y les empezara a gritar también.

La joven los siguió con la mirada, Alejandro, que iba con la cabeza agachada, observó de soslayo a la niña bonita y vio que ella también lo observaba. Cayó en una hipnosis total y no pudo dejar de mirarla. No se percató del pequeño desnivel en la banqueta y ocurrió lo que tenía que ocurrir: el costal que llevaba en hombros fue a dar al piso esparciendo el abono de manera estrepitosa. El joven cayó de rodillas junto con el costal. David, que se había adelantado unos pasos, pegó carrera al momento que escuchó la voz del señor gritón.

Tirado como estaba, Alejandro vio acercarse al hombre, quien venía vociferando todo tipo de improperios.

—Niño estúpido, mira lo que has hecho, gente como tú abunda en estos lugares, son tan ineptos que no pueden hacer una cosa bien, ¡te me pones a recoger esa tierra, pero rápido!, no te vas de aquí hasta que no termines y dejes la banqueta limpia, ¡niño baboso!

Alejandro reía de forma nerviosa, sus facciones y sus gestos demostraban lo apenado que se

encontraba.

—Sí, señor —balbuceó—, en un momento recogeré todo.

—No te rías, niño estúpido, más te vale que así lo hagas, nada más que yo te vea retirarte sin antes terminar, te buscaré y te haré pagar caro tu mugrero.

—Disculpe, señor, no me reía, no se preocupe, limpiaré todo y dejaré tal cual estaba.

El joven estaba rojo como tomate, no se atrevía a voltear la mirada para ningún lado, no vio cuando el señor se retiró vociferando más cosas dirigidas a su persona, se puso a recoger todo antes que él regresara. Sacó los costales extras de su pantalón, ya que el otro se había roto, y comenzó a levantar con sus manos el abono que estaba tirado en el piso. Echaba y echaba, no daba fin.

Estaba tan abrumado recogiendo que no se percató de la presencia de una persona.

—Mira, con esto te será más fácil recoger todo.

Grande fue su sorpresa al ver a la niña bonita parada frente a él con una escobilla y un recogedor. Alejandro, mudo de la impresión, con movimientos torpes tomó lo que le ofrecía, le dio las gracias y siguió recogiendo sin decir nada más. Cuando pensaba que la joven ya se había retirado, escuchó:

—No debes tener miedo de mi padre, es cierto que a veces es un hombre con un carácter fuerte, pero es bueno, además, a todos nos puede pasar, así que no te debes sentir apenado.

Estaba petrificado, la miró y ahora sí pudo distinguir de cerca su belleza angelical. Estaba embelesado viéndola sonreír. Su mirada se clavó en los ojos de ella, hipnotizado. En eso escuchó de nuevo los gritos del señor.

—Patricia, ven para acá de inmediato, tu madre te necesita, además, ya te he dicho que no debes platicar con la gentuza.

La hermosa joven hizo una mueca de desaprobación hacia el comentario de su padre.

—Bueno, me voy, espero no te hayas lastimado tus rodillas, adiós.

El joven quedó atónito y expectante. A pesar del bochorno, había valido la pena lo ocurrido pues le dio la oportunidad de observar a la joven más bella que pudiera existir en este planeta. Una sonrisa surcó sus labios y la sensación de triunfo se asomó en su cara. Ahora conocía su nombre, Patty.

Terminó de limpiar y dejó el suelo mejor de lo que estaba, entregó a un trabajador que se encontraba en los jardines la escobilla y el recogedor, de forma disimulada, se asomó para ver si veía a la niña bonita llamada Patty, pero no la pudo divisar por ningún lado. Dio media vuelta y emprendió el camino de nuevo a casa de doña Panchita. Unos pasos más adelante encontró a David, recostado en el pasto de un parque.

—¡Qué bárbaro, David!, hoy si me abandonaste de a feo, mínimo me hubieras ayudado a recoger el abono, acabo de terminar.

—Nombre Alejandro, qué miedo con ese señor, la verdad no pude reaccionar más que para correr, ni quise voltear y mejor me vine a esperarte aquí, ya sabes, para evitar la fatiga.

Alejandro sonrió.

—Bueno, vamos a dejarle el abono a doña Panchita, te tengo que platicar algo, pero eso sí, una buena plática con un pedacito de pastel sabe mucho mejor.

Cruzaron varias calles más y llegaron a su destino. Entregaron el abono a doña Panchita y ella se percató que este venía revuelto con tierra de la normal, se los hizo saber a los chicos. Alejandro se sinceró y le comentó lo sucedido.

—Por favor, doña Panchita, no le vaya a decir a mi padre, él no tuvo la culpa, si quiere, para

compensarle esto, yo le ayudo a entregar pasteles a donde usted me diga.

—Muy bien, Alejandro, haces muy bien en decir la verdad, odio las mentiras, no le diré nada a tu padre y en recompensa a tu honestidad les voy a invitar un pedazo de pastel, así que tómenlo; acaban de salir del horno y están bien sabrosos.

Ya de regreso, con un gran pedazo de pastel en mano, se sentaron en las bancas de un parque y Alejandro se puso a relatar a David el incidente de la tierra negra, no descuidó ningún detalle.

—David, si la hubieras visto tan cerca como la vi yo, tan bella, tan angelical, esa niña es un ángel caído del cielo.

—Te creo, pues si de lejos se veía muy hermosa, oye, para mí que tiraste la tierra a propósito —soltó una sonora carcajada—; mira que eres bruto, Alejandro, y no atinar a decir nada, en vez de que hubieras aprovechado, mínimo preguntarle a qué hora salía por el pan, pero bueno, creo, te voy a tener que enseñar cómo se hacen las cosas.

Como siempre les ocurría, el tiempo pasó volando y cuando menos lo esperaban ya estaba anocheciendo, así que tomaron el camino de vuelta al vivero.

El negocio donde trabajaba don Cheto, con el transcurso del tiempo había ido perdiendo clientes, ya no eran las mismas ventas, como encargado tuvo que despedir a varios trabajadores. Por otro lado, su hijo Alejandro ya no iba tan seguido al negocio, pues había tenido la oportunidad de entrar al bachillerato en una nueva escuela llamada Preparatoria Técnica Vocacional y se enfocaba en sus estudios. Siempre había tenido la idea de estudiar duro para ayudar a su padre que, dicho sea de paso, era un hombre muy creyente del estudio y le recordaba que tenía que esforzarse para ser un hombre de bien, un hombre provechoso para su ciudad y su estado.

Por su parte, Alejandro cuando regresaba de la escuela trataba de pasar por la casa de Patty, era una casa que resaltaba de entre las demás por ser la más grande y lujosa, confirmó con los vecinos del sector que el señor de carácter fuerte era el padre de Patty y que había llegado a la ciudad para encargarse de unos negocios que algo tenían que ver con el petróleo. No supo más detalles.

A ella solo la veía de lejos, a veces debajo de un enorme árbol que se encontraba en el patio de su casa, leyendo. Era una belleza hecha realidad, lo cierto era que no se atrevía siquiera a acercarse, se pasmaba cada vez que la veía y caminaba más rápido para que no lo fuera a ver.

Un día, el sol estaba radiante, David y Alejandro regresaban de la escuela y platicaban temas que tenían que ver con Patty, David le hacía la observación que él tomaría las riendas del asunto con la chica.

—Está bien, David, tú puedes hablarle si quieres.

—Pero, mira, Alejandro, cuando yo sea su novio no quiero que me estés recriminando nada, además, tú ya hiciste un oso enfrente de ella y ya no te digo de su padre, que te regañó en su presencia.

—Pues sí, David, qué se le va a hacer, pero no seas tonto, una señorita de su nivel nunca se fijaría en unos muchachos como nosotros, ¿no ves la casa donde vive?

Estaban enfrascados en la plática, cuando se dieron cuenta que Patty venía caminando por la acera de enfrente: se detuvo en la esquina para cruzarse a la acera por donde ellos venían.

—Mira, Alejandro, es la chica de nuestros sueños y viene para acá, ahora sí, ya la hice, esta palomita no se me escapa.

A David, más atrevido que Alejandro, le resultaba mucho más fácil hacer nuevas amistades.

—Estás loco, David, no es el momento.

—Amigo, el momento lo hace cada quien con sus acciones, si nos quedamos esperando a que

llegue, como tú dices, nos haremos viejos. Ya verás –hizo ademanes de levantarse el cuello de su camisa como si fuera un dandi y caminó hacia Patty.

Alejandro se detuvo y fue retrocediendo poco a poco abrazando sus libros. Observó, a la distancia, cómo David abordaba a la chica: era curiosa su manera de presentarse con ella, haciendo una reverencia inclinaba su cuerpo para saludarla. Ella le sonreía tendiéndole su mano. Su sonrisa era divina. En eso, Alejandro vio que David apuntaba hacia él. La muchacha volteó para verlo y este, en un movimiento rápido, dio la vuelta para caminar en sentido contrario, giró tan repentino que tropezó con un transeúnte. Cayeron ambos, y también los libros, aún aturdido el muchacho se levantó rápido para ayudar al señor que había caído con él y le pidió disculpas. Se puso, luego, a recoger sus libros y hojas de apuntes que habían quedado esparcidas por todos lados. Escuchó la voz angelical que tanto le había alterado el corazón hacía unos días.

—Vaya, Alejandro, ahora veo que es típico en ti estar tirando todo lo que tienes en tus manos, tendré cuidado si un día me llegas a cargar.

Alejandro se quedaba sin palabras.

—Alex –dijo David–, te presento a mi amiga Patty, Patty te presento a mi torpe amigo Alejandro.

Ella extendió su mano para saludarlo, él, aturdido por su belleza tardó en reaccionar, torpemente le tendió también su mano. Quedó impresionado: su mirada, su sonrisa le nubló todos los sentidos. Le pareció la mano más delicada y suave que había tocado y, sin embargo, no fue eso lo que más le impactó, sino la humildad de la joven, la cual percibió como si su forma de ser fuese transmitida por aquel sencillo contacto de manos, algo difícil de explicar que solo puede entenderse desde el corazón.

—Mucho gusto, Alejandro, espero que ahora si puedas decirme algo.

Él no dejaba de observar los ojos de Patty.

—Mucho gusto, Patricia.

—¿Patricia? Dime Patty, por favor, creo se escucha mejor.

—Sí, Patty, mucho gusto –sonrió nervioso.

—Bueno, no olviden que yo, David, fui quien los presentó y yo, David, también puedo poner fin a su amistad.

Todos rieron. Después de las presentaciones emprendieron el camino en dirección a la casa de Patty.

Alejandro trataba de disimular su nerviosismo y era David quien llevaba la batuta de la plática, haciéndole preguntas a Patty. Fue así como se enteraron de que su familia anteriormente vivía en el estado de Tabasco, que su padre se llamaba Hilario y era el encargado de firmar contratos petroleros en la entidad y, por ende, estaban en constante movimiento. Al parecer, los trabajos que tenía que realizar en esta zona eran muchos, así que tal vez no se moverían por un buen tiempo. Supieron también que tomaba clases particulares en su casa, que le encantaba la lectura, que tenía dieciséis años y que su madre se llamaba Ana.

—Les agradezco que me hayan acompañado a mi casa, chicos, tienen en mí a una amiga –les regaló una sonrisa y se dirigió al portón.

Ellos dijeron adiós con la mano.

—Te lo dije Alejandro, esta chica es una maravilla, es bien buena onda, lo que no me gustó fue que cuando me fui a presentar, me preguntó por ti: “¿Dónde está tu amigo al cual abandonaste cuando tiró el abono en la banquetta?”, eso quiere decir que el que le gusta eres tú, así que, como soy tan buen amigo, te daré la oportunidad de que seas tú quien la acompañe a su casa en futuras

ocasiones. Eso sí, si se llegan a casar yo seré su padrino. Otra cosa, vas a tener que abrir la boca, porque si sigues quedándote callado cada vez que la veas, no lograrás nada, mi amigo.

Con el paso del tiempo, Alejandro coincidió en varias ocasiones con ella, siempre era notable la sencillez de la chica, sus formas respetuosas, su buen humor y su gran corazón, muy diferente a su padre, un señor déspota y altanero al cual muchas veces se le vio regañando a sus trabajadores. La felicidad de Alejandro era notoria, ya que consolidaba poco a poco su amistad con Patty.

—Sabes, Alejandro —dijo ella en cierta ocasión—, la primera vez que te vi, algo me llamó la atención en ti, ahora veo que tienes un gran corazón.

—Oh, Patty, yo nunca pensé estar platicando contigo de esta manera. Desde aquella vez que te vi con tu libro en mano supe que eras alguien especial y ahora lo ratifico, eres la mejor persona que he conocido en mi vida, algo así como un ángel.

—Calla, yo soy solamente una persona, y ya no digas más porque me vas a hacer que me apene, a todo esto, no sé si te guste la lectura, pero para consolidar nuestra amistad, quiero obsequiarte este ejemplar —sacó de su mochila un ejemplar de *Los Miserables* de Víctor Hugo—; es de mis favoritos. Es el mismo libro que me viste leyendo en aquella ocasión cuando tiraste el abono —sonriendo de manera pícaro—, no quiero que te sientas obligado a leerlo, consérvalo como símbolo de nuestra amistad, quiero que lo conserves mucho tiempo, te puse una pequeña dedicatoria al inicio.

Recibió el ejemplar sorprendido y emocionado.

—Vaya, Patty, muchas gracias, te soy honesto, no soy muy asiduo a la lectura y menos con libros tan extensos como este —observó el ejemplar—, pero lo guardaré como un símbolo de nuestra creciente amistad, me da pena, yo no tengo nada que regalarte en este momento.

—¿Quién te dice que me tienes que dar algo, Alejandro?, a mí solo me importa que sigamos tan juntos como hasta ahora —se ruborizó—, bueno, juntos como amigos.

—Claro que sí Patty, por muchos años más. Yo tampoco quiero que dejemos de estar juntos —y sonriente añadió—: claro, como tú dices, como amigos.

Se miraron a los ojos, sonrieron y agacharon la mirada algo apenados.

Alejandro recordó que ese día había un espectáculo casi igual de increíble que la belleza de Patty y de manera sorpresiva dijo:

—Oh lo olvidé, Patty, creo que sí tengo algo que regalarte, ven, subamos a esa torre de agua que está ahí, que ya mero comienza tu regalo —el joven tomó de la mano a su amiga y cuando estuvieron en la parte más alta le dijo—: observa hacia allá.

Se empezó a vislumbrar en el horizonte un increíble espectáculo que aparecía cada veintinueve días. La Luna llena comenzaba su aparición, su tamaño era majestuoso, ella, que a diferencia de Alejandro, casi no ponía atención a esos espectáculos, quedó maravillada. Conforme observaban su trayecto quedaban enamorados, tanto de la Luna como entre ellos mismos. Continuaron platicando sobre muchas cosas, sonrientes, plenos, felices, sin conocer el futuro.

EL JUEGO

Ciudad Victoria, 1969

Transcurrieron tres años, la amistad y las pláticas entre Alejandro y Patty fueron en aumento durante ese tiempo. Alejandro se encontraba en su último año de bachillerato, el negocio donde su padre trabajaba había cerrado por falta de ventas y el señor se encontraba desempleado, así que ofrecía sus servicios de jardinería en casas, de eso se sostenían. Una etapa difícil, pero don Cheto era un hombre positivo y nunca se rendía ante las adversidades.

Cierta noche, Alejandro se encontraba haciendo la cena para esperar a su padre. Tenía pensado ir a la plaza donde sabía que Patty iba a leer, con la intención de verla y, si era posible, platicar aunque fuera un rato. Escuchó que abrían la puerta.

—¿Qué tal, hijo, cómo te fue en la escuela?, ¿cómo va todo?

—Muy bien, padre, ya estamos casi en las últimas clases, tengo que tomar una decisión, ya sea ponerme a trabajar para apoyarte o meterme al ejército.

El padre, poniendo ojos de asombro le respondió:

—Nada de eso, hijo, te tengo una sorpresa, hoy arregle el jardín de un señor acaudalado, trabaja con algo relacionado con el petróleo o algo así y, ¿qué crees?, le gustó tanto lo que hice que me contrató como su jardinero principal. Así que, de ahora en adelante, piensa bien qué vas a estudiar, porque tú la escuela no la dejas, recuerda que siempre te he dicho que el estudio es primero y quiero que te prepares mucho para que no batalles como yo lo estoy haciendo ahora. Siempre recuerda mi lema “estudia y vencerás”. Bueno, hijo, quita esa cara de bobo y felicita a tu padre, que estas oportunidades no se encuentran siempre, de pura felicidad me voy a tomar un pajuelazo –tomó su botella de aguardiente.

Alejandro se quedó boquiabierto. Con seguridad sabía cuál era la casa donde su padre trabajaría y no le gustó tanto la idea. Aun así, lo felicitó.

—Me da mucho gusto por ti, padre.

—Pero qué cosas dices, muchacho, te tiene que dar gusto por los dos, mira que la suerte nos empieza a cambiar de nuevo. Vamos a cenar que traigo un hambre de perro bailarín y después mi pajuelazo.

Cenaron mientras platicaban acerca del nuevo trabajo de don Cheto, sin embargo Alejandro ya tenía otras cosas en su cabeza. Además de no poder ir a la plaza, el joven batalló para dormir aquella noche. Le daba miedo qué podría pensar Patty acerca de que su padre trabajara para el suyo, la conocía bien y sabía que tenía un gran corazón, pero eso no le consolaba. Cuando por fin concilió el sueño, tuvo una pesadilla. Él le declaraba su amor y, de manera descarada, ella se reía de sus palabras diciéndole que estaba loco, que ella nunca tendría una relación con alguien como él. Se despertó llorando, sintiendo la pesadilla muy real. Ya no podía aguantar, tendría que hablar con Patty, imposible tolerar tanto tormento. Le declarararía su amor, la decisión estaba tomada y no había vuelta atrás.

Unos días después, Alejandro se fue a meditar a un parque. El final del bachillerato estaba cerca y aún no decidía qué iba a pasar con su futuro, le había prometido a su padre continuar con sus estudios, pero las opciones que tenía, por ser una ciudad pequeña, eran caras. Hacía poco

tiempo se habían abierto diferentes facultades en la ciudad. Él dudaba en inscribirse en alguno de esos cursos, no sabía si el sueldo de su padre podría costearlos. En esas estaba, cuando su amigo David llegó.

—Alejandro, a que ni sabes qué, me voy para Matamoros, mi hermano, voy a irme a trabajar con un tío. Tiene un barco pesquero y me invitó a irme con él a surcar los mares, ¿te das cuenta? Voy a ser marinero, es genial.

—Vaya, no sabía que te gustaba tanto el mar, David, me parece estupendo. Eso sí, te voy a extrañar tanto, mi hermano, ahora ¿a quién podré acudir cuando me meta en problemas?

—Siempre estaré cerca, además, no está tan lejos, si algún día quieres cambiar de aires y tornarte a la aventura no dudes en buscarme —se entrelazaron en un fuerte abrazo—. Y no olvides a Patty, si algún día regreso y ella sigue libre, te olvidarás de la oportunidad que te di. Ya pasó mucho tiempo desde que la conociste y nada que te animas. Te duermes mucho en tus laureles, mi amigo.

Ambos sonrieron y continuaron charlando por un largo rato, evocando sus aventuras. El día terminó y los amigos se despidieron en una mezcla de alegría y tristeza, no sabían si se volverían a ver.

El verano estaba por terminar, y los pájaros entonaban melodías como avisando de los días frescos que se aproximaban. Alejandro por fin se había decidido a dar el paso siguiente, era un miércoles. Estaba muy nervioso. Fue al parque donde Patty se reunía con sus amigas, ahí se habían quedado de ver. Ella, como siempre, lucía hermosa, portaba un vestido blanco de capas y zapatillas del mismo color, parecía toda una princesa. Sus cabellos rizados lucían en todo su esplendor, igual que la sonrisa que enmarcaba su angelical rostro, junto a sus ojos café claro.

—Y bueno, Alex, ¿qué es eso tan importante que me tienes que decir? —preguntó con una mirada un tanto pícaro.

—Patty, pues, verás, quiero que juguemos un juego, es algo así como una búsqueda de palabras. ¿Conoces lo que son los anagramas?

—Por supuesto que sí.

—Bueno, mira, yo te voy a enseñar unas palabras, y tú tratarás de encontrar su significado, si se te hace muy difícil pues me dices y te ayudo. Yo sé que será difícil, yo tardé mucho en encontrar las palabras adecuadas para el juego, además, las palabras que formé no tienen mucha coherencia que digamos. No es que yo sea muy inteligente, pero tiene su chiste —dijo un tanto orgulloso.

—Muy bien, Alex, conozco los anagramas y me encantan. ¿Cuáles son las palabras? —estaba inquieta por comenzar el juego.

Él sacó un pedazo de papel donde venía escrito “*Sesamo oovnis*”, y se lo mostró. Ella sonrió al leerlo, sus lindos ojos se hicieron aún más expresivos y lo miró dulcemente.

—Sí, Alex, sí quiero —y le dio un fuerte abrazo.

Alejandro estaba un poco desconcertado, pero al sentir su cálido abrazo se olvidó de todo y se sintió la persona más afortunada del mundo, él también la abrazó. Se separaron, se miraron y, de manera natural, instintiva y sin tapujos, estrecharon sus labios. Fue un momento mágico que nunca olvidarían, su primer beso, uno de los recuerdos más increíbles en sus vidas. Estaba con la mujer más bella e inteligente que para él existía en la Tierra. Las palabras que él había tardado en acomodar cerca de dos días fueron descifradas por ella en cuanto las leyó. La frase era, “Seamos novios”.

Nunca se sabe qué depara el destino: a veces eres el ser más feliz y, luego, el ser más desdichado. De eso, ellos en ese momento poco conocían.

Con el tiempo la relación entre los jóvenes se fue haciendo sólida, parecía que estaban hechos el uno para el otro. Su distinto nivel social no fue un impedimento. Ella era una chica muy comprensiva, cariñosa, inteligente y, sobre todo, tenía unos sentimientos profundos. Él, caballeroso, respetuoso y atento.

Alejandro, en cierta ocasión, tuvo la oportunidad de platicar de su inquietud con respecto al trabajo de su padre don Cheto, le confesó que su padre era el jardinero de su casa. Sorprendida, ella se alegró: su padre era el mejor jardinero del mundo y debía estar orgulloso de él. En su opinión, su padre era muy humanitario. Le platicó que, días atrás, don Cheto había encontrado una madriguera de mapaches, en vez de notificar al patrón, quien con seguridad mandaría matarlos, él los fue sacando uno a uno en secreto, hasta que terminó de sacar a todos los mapaches del perímetro de la casa; ella, que era observadora, se dio cuenta y le dio mucho gusto. A veces tenían largas conversaciones, ella le invitaba un vaso de limonada mientras escuchaba sus relatos. Fue así como empezó a conocer a don Chetito, como le decía de cariño. Platicaban de las flores, la vegetación y de la vida. Ella siempre tenía preguntas y él muy amable siempre respondía.

Alejandro se sintió encantado al escuchar como Patty tenía en alta estima a su padre.

—¿Sabes, Patty?, te confieso que tenía miedo de lo que pudieras pensar al saber que mi padre era el jardinero de tu casa. No es que me avergüence, claro que no, estoy orgulloso de mi padre, pero al ser ustedes de otra clase social imaginé que te daría vergüenza andar de novia con el hijo del jardinero —bajo su cabeza, avergonzado por haber pensado mal de ella.

Ella lo miró y tomándole del mentón levantó su cara.

—A ver, Alejandrino, levanta la cara, vamos a aclarar algo, yo no estoy contigo por tu posición, por tus riquezas, ni por nada que involucre bienes materiales, si yo estoy contigo, es por tu interior. Tengo un sexto sentido y puedo percibir cuando una persona es buena, y tus sentimientos son lindos y nobles, al igual que los de tu padre, lo cual vale más que todo el dinero del mundo. Además, esas pestañas tuyas, esa sonrisa pícaro y a la vez tan llena de melancolía me atrapó desde el momento que la vi. ¿Recuerdas aquella vez que tiraste el abono?

—Cómo olvidarlo, pequeña, si solo acordarme de la escena, tu padre dirigiéndose hacia mí, siento miedo otra vez.

—Pues para mí es todo lo contrario. Fue la primera vez que vi la luz en tu mirada, me dio tanta risa que no me hayas dirigido la palabra, me mirabas y te ponías como tomate, fuiste muy gracioso. Oye, por cierto, supe que David se iba de la ciudad, me lo topé y me platicó de su partida.

—Sí, Patty, él es como mi hermano, me duele su partida, pero sé que así son las cosas, no sabes cuánto lo voy a extrañar, me dijo que se iría a trabajar a un barco pesquero de un tío.

—Sí, eso fue lo que me dijo, ¿sabes? Tengo una rara fascinación por el mar, la playa, la arena, de niña, recuerdo que mi familia estaba establecida en una ciudad costera y me encantaba cuando mi madre me llevaba a la playa. Sentir la arena en mis pies era lo máximo, podía estar todo el día, sentir la brisa del mar por siempre y no fastidiarme. Me dijo David que estábamos invitados cuando quisiéramos ir, es más, me prometió que si algún día íbamos, él nos daría una vuelta en el barco pesquero. Si llegamos a ir le tenemos que tomar la palabra.

Alejandro, que escuchaba con atención todo lo que ella le decía, respondió.

—¡Oh, Patty!, qué coincidencias, a mí también me fascina la playa, la arena, te soy sincero, no he tenido la oportunidad de conocerla más que en escritos y libros, pero cada vez que la miró en fotos quedo deslumbrado, conocer el mar es algo que tengo pendiente por hacer antes de que me muera.

Ella lo miraba y añadió, enfática:

—Alejandro Medina, te prometo que algún día estaremos juntos en la playa, haremos un castillo de arena tan grande que podremos caber en él sin ningún problema, vamos ¡prometámoslo! —levantó su mano en un gesto de promesa, con la intención de que Alejandro hiciera lo mismo. Él la imitó, sonrieron y estrecharon sus manos.

La tarde terminaba, las pláticas y los sueños de los jóvenes parecían no tener fin, se prometieron que algún día visitarían Roma. Les atrajo esa ciudad por su nombre, ya que, si se lee de forma inversa, es “amor”. Se despidieron, prometiéndose ver al siguiente día, vislumbrando el futuro en sus ojos juveniles.

Cuando Patty llegó a su casa y se dirigía a su cuarto, escuchó voces alteradas en el despacho de su padre, se detuvo y se dio cuenta de que hablaban de ella.

—Ana, ya te dije que en esta ciudad no hay un buen futuro para nuestra hija. ¿Qué buen prospecto puede encontrar aquí?, lo mejor es terminar con su educación particular y mandarla de una vez al extranjero para que estudie abogacía o ingeniería, tengo grandes planes para ella.

Doña Ana algo contrariada le contestaba:

—Pero, Hilario, yo creo que debemos escuchar su opinión, no podemos decidir por la vida de ella y menos tratándose de un cambio tan drástico. Nuestra hija ya tiene diecinueve años, a punto de cumplir veinte y ella siempre ha sido una niña muy inteligente, creo que su opinión nos debe importar. La debemos tomar en cuenta.

—Qué opinión ni que nada, Patricia no tiene juicio para ese tipo de decisiones, además, ¿para qué quieres preguntarle lo que quiere?, ella estaría feliz si nos quedáramos para siempre en este rancho de burros, a veces no la entiendo, creo que esos libros que tanto lee le han nublado el juicio, mira que preferir estar aquí a irse a una ciudad próspera y de mundo. No puedo creer que mi hija tenga esos pensamientos tan arcaicos y tontos.

Doña Ana se mostró triste por el comentario de su esposo.

—Calla lo que dices Hilario, ¿cómo puedes decir algo así? Nuestra hija es un orgullo para mí y lo debería de ser para ti también. Yo la entiendo, me enorgullece que no sea una frívola niña que solo piensa en las cosas materiales.

Patty entristeció y subió sin hacer el menor ruido, al llegar a su cuarto se echó a su cama y comenzó a llorar. Sabía que su padre siempre había querido mandarla a estudiar fuera, pero ella tenía otros planes para su vida, a ella le encantaban los niños y su deseo era estudiar para ser maestra, ahora que en la ciudad existía la posibilidad de que se abriera una Escuela Normal, se había informado para comentarles a sus padres sobre la decisión de estudiar ahí y, de paso, no alejarse de su querido Alejandro. Ahora su padre se aferraba a que ella se fuera para el extranjero.

A la siguiente mañana, Patty aún se encontraba pensativa de lo que había escuchado.

—Hola, Patty, buenos días, ¿sigues dormida? —preguntó doña Ana mientras tocaba la puerta del cuarto de su hija—. Es hora de que te levantes, hija, el almuerzo ya está listo y como hoy es sábado esperaba que me acompañaras a realizar algunas compras.

—Hola, mamá, ya estaba despierta —abrió la puerta—, me quedé en la cama pensando cosas, ya sabes, a veces mi imaginación vuela.

—Ay, hija, eres igual de soñadora que yo, a tu edad yo también soñaba muchas cosas, dime ¿y qué tanto piensas?, puedes confiar en mí, tú sabes que mi corazón es una caja abierta para ti —doña Ana le acariciaba sus cabellos rizados.

—Sí, lo sé, madre, sé que puedo confiar en ti y pedirte tu consejo, por eso quiero decirte que

en esta ciudad se va a abrir una Escuela Normal y, como tú sabes, me gustan los niños y la lectura, tenía pensado entrar a estudiar a esa escuela, sé que es muy apresurado lo que te estoy diciendo, pero es algo que he estado pensando desde hace tiempo, ¿qué opinas, madre?

Doña Ana se quedó pensativa.

—Pues hija, ¿qué te puedo decir? Tendríamos que comentárselo a tu padre, tú sabes que por su trabajo, no duramos mucho en un solo lugar, tendríamos que ver que tantos proyectos le quedan en esta ciudad, además necesitamos conocer su opinión.

Patty esperaba esa respuesta.

—Pero, madre, ya no soy una niña, no puedo estar dependiendo de lo que mi padre haga para tomar mis decisiones de vida, esta ciudad me gusta y me he acoplado a ella muy bien. Me encanta su sierra, me encantan sus ríos, me encanta su tranquilidad, es algo que yo quiero, espero que tú puedas entenderme.

Doña Ana sonrió.

—Te prometo, hija, que a la primera oportunidad le haré conocer tus deseos a tu padre, solo dame tiempo para decirle las cosas y hacerle entender.

—Gracias –le contestó Patty estrechándola en un abrazo, sonriendo. Sus anhelos podrían ser escuchados; doña Ana, por otro lado, puso tal cara de contrariedad que, de haberla notado, se le habría borrado su sonrisa.

LA BÚSQUEDA

Tampico, 2011

Don Alejandro se encontraba sentado en la silla de su oficina, pensando en lo que vivió meses atrás durante su viaje al norte de Tamaulipas. El encuentro breve con su amigo David, antes de su partida de este mundo, lo había marcado; tenía grabadas sus palabras: “Dile que nunca lo olvide. Él tiene derecho a saber, dile a Alejandro, me busque, estoy en la frontera norte, es algo urgente. Dile, Roma”. Se encontraba contrariado, el mensaje que Patty le había mandado en el pasado era algo confuso, sabía bien lo que la palabra Roma significaba, pero en lo demás estaba perdido. En eso pensaba, cuando Axel tocó la puerta de su oficina.

—Don Alejandro, lo buscan, es el señor Clemente, de la asociación Pro-Alimeyro.

—Oh, sí. Dile que pase, hijo.

El señor Clemente era miembro de la misma asociación de don Alejandro, tenían casi la misma edad y desde el principio congeniaron hasta llegar a una sólida amistad. El señor Clemente, hombre de mediana estatura, pelo corto y complexión robusta, era dueño de un negocio de reparación y venta de aparatos electrodomésticos, tenía dos hijos, ya grandes e independientes a los cuales visitaba con regularidad, era viudo desde hacía casi diez años; hombre jovial, alegre y a veces juguetón. Él y don Alejandro convivían en diferentes actividades como la pesca, el billar, el boliche, entre otras. Además, por la fidelidad que el señor Clemente mostraba, don Alejandro le tenía gran respeto y confianza.

—Que tal, Alex, qué bárbaro, tienes a todo dar tu cubil, mira la cantidad de libros, ¿a poco todos los has leído?, ¿o solo los tienes de adorno?

—Qué cosas dices, viejo loco, claro que los he leído, los libros te transportan a otros lugares, deberías intentar alguna vez tomar ese hábito, a nuestra edad eso ayuda para la memoria.

—No, no, muchas gracias, yo todavía estoy joven, ya cuando esté grande tal vez adopte ese hábito —tirándose una sonora carcajada, al igual que don Alejandro.

—¿Y qué andas haciendo por acá, Clemente?, me da gusto verte, casi te llamé con el pensamiento, necesitaba consultarte algo.

—Pues ya ves, dije, voy a ir con mi amigo Alex a saludarlo, pero dime, ¿para qué soy bueno?, ya sabes que para los amigos siempre estoy disponible.

Don Alejandro puso al tanto a Clemente de todo lo acontecido hasta ese momento. Le platicó de su amistad con David en el pasado y de Patty, su amor de juventud, también le relató la forma como habían terminado las cosas, mucho tiempo atrás, y del mensaje que su amigo David le había dado antes de partir de este mundo.

—Vaya, siento mucho la partida de David, se nota que fueron grandes amigos y, bueno, del mensaje sí está muy misterioso. A simple vista yo entiendo que ella nunca te olvidó, pero, Alejandro, por todo lo que me dices, este mensaje se lo dio hace veintiséis años, o sea, fue hace mucho tiempo, si lo llegaras a descifrar, ¿serviría de algo?, es decir, ¿tendrá alguna validez a pesar del tiempo transcurrido? —inquirió Clemente.

—Sí, entiendo que ya pasaron veintiséis años de este mensaje, pero de alguna manera creo que es algo importante y aunque el tiempo haya transcurrido, siento que existe algo muy grande dentro

de todo esto, y me da el impulso para buscar la respuesta a este enigma. Si algo tiene que ver Patty en todo esto, razón de más para continuar buscando, hasta ahora no he tenido la oportunidad de encontrarla, ella debe estar casada, con hijos, nietos y demás, mi deseo es solo saludarla. Me di cuenta, con la partida de mi amigo, que estamos solo de paso en este mundo, hoy estamos y mañana puede que no y que cualquier cosa que nos haga sentir vivos vale la pena y más a nuestra edad.

Don Clemente se quedó pensativo un momento y después reaccionó.

—Oye, Alejandro, me acabo de acordar, tengo un primo, se llama Juan Carlos Badillo, él trabaja en una empresa que capta información de personas, no entiendo muy bien qué hacen, pero creo que él puede ayudarnos a encontrar a tu amiga Patty, al menos saber dónde se encuentra o dónde vive, no perdemos nada y puedes ganar mucho, mi amigo.

—¿Por qué no me lo habías dicho, Clemente?, te lo agradecería bastante, me serviría de mucho en esta gran búsqueda.

Clemente tomó el teléfono e hizo una llamada a su primo, el señor Badillo, quien, a su vez pidió todos los datos que pudieran tener. Quedó de avisar si tenía algo de información. Le dijo que a veces no se tenía mucha suerte, pero que no perdieran la esperanza

—Don Alejandro —llamó Lázaro—, ya llegaron los cartuchos para la impresora, le aviso porque los voy a instalar, hace rato imprimieron un trabajo y salió un poco borroso.

—Muy bien, muchacho, adelante.

—Oh, don Alejandro, ayer que no estuvo lo vinieron a buscar de la preparatoria que está aquí cerca, la persona me dejó su nombre y un teléfono, que si de favor le podía marcar —dijo Lázaro entregándole un papel con los datos.

No perdió tiempo, de forma inmediata se dirigió al teléfono para marcar el número.

—Sí, buenos días, disculpe, ¿me puede comunicar con el señor Rey González, por favor?

—Claro que sí señor, le comunico al director —sonó del otro lado.

Don Alejandro se sorprendió que fuera el director de la preparatoria quien lo buscaba. Ciertamente conocía a muchos de los profesores y alumnos de esa escuela, pero no tenía el gusto de conocer al director.

—Sí, ¿Alejandro Medina? Qué tal, muy buenos días, soy el director de la preparatoria, me llamo Rey González. Me han platicado tanto de usted que es un gusto escucharlo.

—Buenos días, profesor, el gusto es mío, qué grato poder escuchar eso de usted, es un placer, dígame, ¿para qué soy bueno?, le diré que me sorprende que me haya venido a buscar a mi negocio —don Alejandro estaba sorprendido y halagado por las palabras del director.

—Don Alejandro, me encantaría platicar con usted, no sé si tenga la oportunidad de venir a mi oficina, básicamente es un ofrecimiento que le quiero dar. Pero me encantaría primero charlar personalmente.

—Por supuesto que sí, director González, yo paso a su oficina.

Don Alejandro se dispuso a ir a la preparatoria, no tenía la menor idea sobre qué pudiera estar aconteciendo. Como la escuela quedaba muy cerca de su negocio se fue caminando. Al llegar, el guardia que cuidaba la puerta ya lo esperaba y lo invitó a pasar.

Muchos de los alumnos lo reconocieron de inmediato y lo saludaron con mucho gusto. Don Alejandro a todos les devolvía el saludo, parecía que ya tuviera tiempo trabajando en esa preparatoria. Se dirigió a la dirección donde una secretaria lo recibió y lo invitó a pasar a la oficina principal. Al entrar, observó a un señor de complexión robusta, presencia agradable, cara redonda, pelo canoso y que aparentaba la misma edad que él. El director Rey González, al ver que

entraba se puso de pie y lo saludó. Enseguida le invitó a sentarse.

—Qué bueno que aceptó usted la invitación, le soy sincero, no hago esto muy a menudo, por lo regular, establecemos otro tipo de protocolos para ofrecer algún puesto vacante, pero he escuchado tantas cosas de usted que me atreví a invitarlo de esta manera. Verá, tengo entendido que usted fue un brillante profesor y además es usted muy apreciado entre mis colegas y entre el alumnado.

Don Alejandro, algo sorprendido y reponiéndose un poco de la sorpresa, respondió.

—Así es, director, fui profesor por espacio de treinta años, ocupando diferentes cargos dentro del sistema, pero vaya, me sorprende que me haya contactado, ya no soy un joven, y, según yo, no he metido papeles para trabajar en ningún lado.

El director de manera sonriente le contestó:

—Oh, no, claro que no, señor Medina, básicamente está aquí, porque lo que le quiero ofrecer es algo que va muy bien con su forma de ser, experiencia y preparación. Basta con intercambiar un par de palabras con usted para sentir su calidez humana, aunado a eso, tiene amplio recorrido como docente. Es por ello, que quiero ofrecerle el puesto de orientador, es algo sencillo, pero requiere de mucha paciencia y humanidad. Últimamente hemos tenido ciertos problemas de conducta con algunos alumnos y, en una reunión de academia, algunos profesores que le conocen bien me sugirieron invitarlo a trabajar con nosotros. Comentaron que usted era una de las personas idóneas para ese puesto y, bueno, dije que no teníamos nada que perder y mucho que ganar. Son un par de horas al día, señor Medina. Al término de las clases, los alumnos problema son fichados y citados para una plática y, bueno, lo siguiente ya depende de usted. Como ve, no se requiere estar todo el tiempo en la preparatoria, pero sí de su paciencia y de sus aptitudes. ¿Qué dice, señor Medina?, ¿quiere pensarlo o podemos contar con usted?

A don Alejandro le agradaba la idea de ayudar a los muchachos locos. Cuando estaba activo en su profesión, se había destacado por ayudar a los alumnos problemáticos, acostumbraba a meterse de lleno en los problemas de sus alumnos y ayudarlos a salir adelante. Cierto, no era psicólogo ni nada por el estilo, pero tenía ese carisma y ese don por ayudar a las personas, y eso no lo da ningún estudio universitario.

—Bien, creo que no hay nada que pensar. Acepto el reto, estaré orgulloso de poder aportar algo en beneficio de los alumnos y de tan prestigiosa preparatoria.

El director se puso de pie.

—No se diga más, señor Medina, es un placer que trabaje con nosotros, tenga en mí, además de un colega, un amigo sincero —le estrechó la mano en señal de pacto cerrado.

Al llegar de nuevo a su negocio, esperó que estuvieran juntos Axel y Lázaro. Ya reunidos, les contó acerca del nuevo cargo que tendría en la preparatoria, les explicó que ellos tendrían nuevas responsabilidades en el negocio mientras estuviera ausente. Les hizo ver que con las nuevas responsabilidades les llegaría también un mejor sueldo, los muchachos se alegraron tanto por don Alejandro como por ellos mismos.

—Vaya, don Alejandro, muchas felicidades, si yo sabía que usted es bien a todo dar, mire que venir a buscarlo de la preparatoria para que trabaje con ellos, solo a usted le puede pasar eso —dijo Axel.

—Oiga, don Alejandro, me voy a juntar más con usted, mire, debe ser por algo que lo vengán a buscar, a su edad... —Lázaro al darse cuenta de su torpeza, se puso como tomate.

—No has dicho nada que no sea verdad —don Alejandro sonrió—, eso mismo se lo dije al director, pero para que aprendan, muchachos, ahora que los dos acaban de comenzar su carrera

universitaria échenle muchas ganas, quiero llegar a verlos como gerentes, directores o jefes, nada de salirse de estudiar. No hay nada mejor que una educación a base de esfuerzos, por más obstáculos que tengan, mantengan firme su deseo de superación, sean perseverantes y dedicados. Siempre tengan presente el lema que les he dicho, “estudia y vencerás”. Nunca lo olviden.

Ambos jóvenes asintieron de manera orgullosa.

Así, don Alejandro tomó cargo de su puesto en la preparatoria. Se le acomodaba perfectamente, ya que solo tenía que asistir ciertos días y pocas horas, a la semana. Le encantaba, porque tenía la oportunidad de ayudar a los alumnos que tenían problemas personales y lo cual se reflejaba en una mala conducta.

Una tarde que se encontraba en la oficina de su negocio, repasando los pendientes que tenía sobre el escritorio, recibió una llamada de su amigo, el señor Clemente:

—Alex, te tengo información, creo, te va a servir de mucho, ¿prefieres que vaya a tu oficina o vienes tú a mi casa?

—¿Qué te parece, Clemente, si te invito un café al restaurante de siempre y platicamos largo y tendido? Te veo a las cinco con treinta de la tarde.

En cuanto terminó sus pendientes, se despidió de Lázaro y se dirigió rumbo al estacionamiento donde tenía aparcado su Volkswagen para ir al lugar donde ya lo esperaba Clemente con valiosa información.

—Entonces, ¿salieron solo dos coincidencias de nombre y año de nacimiento? —preguntó don Alejandro a Clemente. Su primo, Juan Carlos Badillo, enfocando la búsqueda en la zona norte del país, había encontrado solo dos personas con el nombre y los datos de nacimiento que le habían otorgado, si no era ninguna de ellas, habría que ampliar la búsqueda a todo el territorio nacional, mientras tanto tenían esas posibilidades.

Don Alejandro estaba, entre sorprendido, feliz y nervioso, y esperaba con ansias el momento para marcar el teléfono que tenía registrado cada uno de los nombres.

—Ay, Alejandro, ¿te imaginas que una de esas personas sea la Patty que has estado buscando por tanto tiempo?, deseo que sea así, mi amigo, ¿por qué no marcas de una vez?, te los pude haber dado por teléfono, pero la emoción no hubiera sido igual, además quiero ser testigo.

Don Alejandro miraba la hoja con los nombres escritos y volteaba a ver a su amigo, notando ansiedad en su semblante.

—Caray, Clemente, no sé cómo agradecerte esto que haces, estoy muy inquieto por esta nueva información, creo que tienes razón, voy a marcar a uno de los teléfonos, veo que uno de los números tiene la lada de la frontera de Tamaulipas y otro es del estado de Veracruz, los dos nombres coinciden, Patricia Velázquez Pérez, 1950. Creo voy a marcar primero el de la frontera, suena lógico que radique ahí, cuando conocí a su padre, él viajaba mucho para aquellos rumbos, vamos a ver qué pasa.

Tomó su celular y marcó. El timbre se le hizo eterno, miraba al limbo, sentía que pasaban las horas y no le contestaban, cuando en realidad habían pasado unos cuantos segundos. La voz de un hombre sonó por el otro lado de la línea:

—Sí, bueno, diga.

Don Alejandro no cabía de la emoción.

—Disculpe usted, joven, quisiera saber si vive ahí la señora Patricia Velázquez Pérez.

Se hizo el silencio en el otro lado de la línea. Después de unos momentos que parecieron eternos la persona reaccionó.

—Ella era mi madre, señor, lamentablemente tiene dos meses que falleció, tenía ya rato enferma, ya descansa en paz. Veo que usted no estaba enterado, disculpe, ¿de dónde la conocía?

Los ojos de don Alejandro se hicieron más grandes, no daba crédito a la noticia, por fin contestó:

—Vaya, siento mucho el fallecimiento de su madre, no sabes cómo me duele, ella y yo éramos muy amigos de jóvenes, la conocí cuando vivió en Ciudad Victoria, esperaba volver a saludarla después de mucho tiempo.

Al otro lado de la línea se escuchaban murmullos, ininteligibles para don Alejandro. Después de unos segundos el joven le contestó:

—Disculpe, mi madre nunca me dijo que haya vivido en Ciudad Victoria, toda su vida vivió aquí en la frontera, tengo aquí a mi abuelo conmigo y le acabo de preguntar si vivieron en la capital de estado, pero me dice que no, lo siento, creo que mi madre no es la persona que usted busca.

—Hijo, por favor ¿me podrías decir el nombre completo de tu abuelo?

—Mi abuelo se llama Ruperto Ramón Velázquez Puga.

—Oh, lo siento mucho, hijo –atinó a decir don Alejandro–, mi sentido pésame por la pérdida de tu madre, mil disculpas por la molestia, que pasen buenas tardes –colgó de manera intempestiva y miró a su amigo negando con la cabeza.

—No digas nada, Alex, que lo escuché todo, bueno, no nos quedamos con la duda.

—Caray, por un momento pensé que era ella, bueno, pues aún me queda el otro número.

Marcó. Timbraba y timbraba, nadie contestó. Insistió varias veces. Del otro lado de la línea nadie tomaba el teléfono para contestar. Hizo una mueca de desilusión y colgó.

—No, mi amigo, creo que hoy no fue mi día de suerte, dos números y dos negativas, de cualquier manera hoy en la noche volveré a marcar, tal vez para ese entonces ya habrá gente.

—Venga, pues, tomemos nuestro café, hoy yo invito, pidamos unas campechanas para acompañarlo.

Los dos amigos continuaron charlando asuntos relacionados con la asociación, pero don Alejandro no dejaba de pensar en la posibilidad de escuchar a su amor del pasado, su mente era un remolino de esperanza e ilusión.

Habían pasado dos días desde que le habían entregado los datos de la búsqueda, aún no había podido contactar a la segunda persona. Marcó en repetidas ocasiones y en diferentes horas, pareciera que se negaban a contestar. Pero don Alejandro había aprendido el don de la paciencia y no se daría por vencido fácilmente.

Su tiempo transcurría entre su negocio, la asociación y la preparatoria. La institución educativa ya le había ya dado grandes satisfacciones, los jóvenes respondían bien a su llamado como orientador, había tenido la oportunidad de platicar con varios alumnos problemáticos y a cada uno le daba el tiempo y la atención necesaria, siempre tomando sus problemas como suyos y aconsejándolos de la mejor manera posible.

Se encontraba en el pequeño cubículo, asignado en la preparatoria, tomando algunos apuntes, cuando entró un estudiante echando humo de coraje. Al observarlo, don Alejandro lo invitó a sentarse y a tranquilizarse.

—A ver, hijo, ¿por qué vienes con tanto coraje?, estás demasiado joven, tranquilízate.

El joven, de tez blanca, larguirucho como espiga, cabello peinado hacia atrás, engominado de gel, con finta de cantante de rock, miraba a don Alejandro sin inmutarse.

—Hijo, necesitas hablar, puedo ayudarte pero si no hablas, no podré hacer nada. A ver, anda, dime cómo te llamas.

El joven resoplaba, tomando aire y sacándolo. Por fin se decidió a hablar.

—Me llamo Alan. Yo solo he hecho lo que tenía que hacer, el prefecto me mandó con usted porque acabo de golpear a un compañero, el mugroso se lo merecía, pero al prefecto no le importa. Entonces me mandó aquí porque es la segunda vez que me veo envuelto en este tipo de problemas, eso es todo.

Don Alejandro escuchó atentamente. Vio, por el color de la camisa, que el muchacho era de segundo año.

—Me dices que ya has golpeado a dos compañeros Alan, lo más fácil para la escuela sería expulsarte y asunto resuelto, pero eso no es lo que queremos, nos importas tú. ¿Qué ha hecho tu compañero para que sintieras que debías golpearlo?

El joven mirando de manera desafiante a don Alejandro, le contestó:

—Muy bien, si va a expulsarme, hágalo, no pienso decirle nada, no soy un chivato y le hago saber que no necesito su ayuda —el estudiante se levantó de forma intempestiva y se dirigió a la salida—. Así que dígame al prefecto que por fin se librara de mí, que es lo que siempre ha querido.

Abrió la puerta y salió de la oficina, sin cerrarla. Casi inmediatamente, entró el prefecto.

—Usted lo vio, maestro, ese alumno no merece estar en nuestra prestigiosa escuela, necesitamos expulsarlo de forma inmediata, antes de que eche a perder a los demás alumnos, ¿hago la notificación de expulsión?

Don Alejandro observaba al prefecto. Después de pensarlo un poco, contestó.

—Maestro, cierto es que el joven tiene un problema, pero lanzarlo al matadero no hará que cambie su actitud, teniéndolo cerca lo podemos ayudar, si lo expulsamos nos quitaremos esa posibilidad. Vamos a darle otra oportunidad, seamos pacientes, ¿le parece?, yo me hago responsable.

El maestro hizo un ademán con la cabeza de forma negativa

—Ojalá no se equivoque, maestro —se retiró del cubículo y dejó a un don Alejandro pensativo.

A la hora de la salida don Alejandro se despidió de sus colegas. Vio como algunos alumnos se dirigían rumbo a la parada de los autobuses y otros caminaban hacia las calles del centro de la ciudad. Él llegó hasta el estacionamiento donde siempre aparcaba su auto, lo recibía el encargado del lugar.

—Don, le lavé su *vochito*, oiga, ¡cómo me preguntan por su auto!, incluso me dejaron este recado con un teléfono anotado para que se lo diera. Me dijo la persona que si le interesaba venderlo le marcará, que le pagaría muy bien.

Don Alejandro sonrió y negó con la cabeza.

—Muchas gracias, Huguito, mi *vochito* no está a la venta, yo creo que primero me voy a ir yo de este mundo antes de venderlo, de cualquier manera te agradezco.

Subió a su automóvil, pasó a hacer algunas compras en negocios locales y al terminar enfiló rumbo a su papelería. Cuando casi llegaba al parque Méndez, divisó a lo lejos una silueta que se le hizo conocida. Afuera de un billar se encontraba un grupo de jóvenes, de todos ellos solamente uno llevaba uniforme escolar de la preparatoria y no era otro más que Alan, el joven busca problemas al cual había entrevistado ese día. Notó que uno de los jóvenes que vestían de civil, lo tomaba de la camisa de forma agresiva y con el puño cerrado amenazaba con golpearlo. Don Alejandro orilló el auto y bajó.

—Señores, ¿qué está pasando aquí?, suelten inmediatamente a ese joven.

Los muchachos, que eran cuatro, con físico de deportistas y finta de motociclistas, voltearon a verlo. Sonrieron con malicia y el que tenía tomado a Alan de la camisa se dirigió a don Alejandro.

—A ver, viejo, usted no se meta, retírese si no quiere que le pase algo y también a su auto, aquí nos vamos a cobrar una deuda que este mentecato tiene con nosotros, no es asunto suyo.

Alan estaba sudando copiosamente. Todo el temperamento y el coraje que había mostrado hacía unos momentos en el cubículo de la escuela habían desaparecido, don Alejandro, que todo lo observaba, notó el nerviosismo del joven.

—Vaya, así que se trata de dinero, miren, vamos a hacer algo. Tengo línea directa con el comandante de la policía —sacó su celular de la bolsa de su pantalón—. Díganme cuánto es lo que les debe mi alumno, yo se los liquidaré, nos olvidaremos de la deuda, del comandante de policía y de este pleito sin sentido, ¿qué les parece mi propuesta?

Los jóvenes se miraron unos a otros, algo ansiosos por escuchar nombrar a la policía, musitaron palabras ininteligibles entre ellos. El que parecía el líder dijo:

—Este mugroso nos debe tres mil pesos de una apuesta de billar. Si usted nos paga esa cantidad, nos olvidaremos de esto.

Don Alejandro no lo pensó más, sacó su cartera y afortunadamente tenía esa cantidad, que entregó al líder del grupo.

—Tuviste suerte, toma el dinero, suelta al joven y olvidémonos de este asunto.

—Muy bien, viejo, trato es trato —soltó y empujó a Alan, antes lo amenazó—: te salvo tu abuelito, bato, nada más que vuelvas a hacer apuestas sin sentido, ni tu maestro ni Dios mismo te salvará de la tunda que te daremos.

Los jóvenes se retiraron en dirección a los billares. Alan, recuperándose de la impresión, después de tomar aire, solo pudo articular dos palabras:

—Gracias, profesor.

—De nada, hijo, mañana a las doce te espero en mi cubículo. Vamos a retomar la plática que dejamos pendiente hoy, no faltes, por favor.

Subió a su auto, dejando al joven Alan perplejo y boquiabierto.

EL CONTACTO

Tampico, 2011

Don Alejandro terminaba su labor en la asociación Pro-Alimeyro. Todos los miembros, habían entregado recursos a la zona sur de la ciudad, en una parte donde la necesidad social era palpable. Los fríos de la temporada invernal saliente aún se sentían, y en apoyo a las familias de esas zonas, decidieron entregar cobertores, suéteres, chamarras y guantes. La mirada de agradecimiento de la gente era el mayor premio para los héroes sociales de la asociación.

Ya en su casa, don Alejandro se disponía a tomar una ducha cuando vio una intermitente luz verde en el teléfono que tenía sobre una mesa, en su rincón de lectura. Al acercarse descubrió cinco llamadas perdidas. Buscó su celular y no lo encontró en la bolsa de su pantalón, con seguridad lo había dejado en la papelería. Frecuentemente le ocurría eso. Prendió la lámpara para poder observar mejor y grande fue su sorpresa al descubrir que la lada de las llamadas era de Veracruz. Casi se cae de la impresión al cerciorarse que el teléfono era el mismo al cual había estado marcando en esos días sin ningún resultado. Vio la hora de la última llamada perdida, seis cuarenta y cinco de la tarde, observó su reloj y eran en ese momento las diez de la noche. Le pareció poco prudente marcar a esa hora, pero sus ansias pudieron más que su prudencia, así que tomó el teléfono y remarcó. En el auricular se escuchaba el tono de llamada, eterno cada vez que sonaba, esperó y esperó, volvió a marcar y, para su mala suerte, la respuesta fue la misma, nadie atendió la llamada. Puso una cara de frustración, al mismo tiempo de alivio: al menos ya habían mostrado señal de vida. Pensó que el siguiente día sería otra nueva oportunidad de resolver el enigma del teléfono de Veracruz, así que se dirigió al baño dispuesto, ahora sí, a tomar su ducha, para después irse a descansar. En su mente solo albergaba la ilusión de poder encontrar parte de su pasado.

Al día siguiente, después de llegar a su negocio confirmó que en efecto había olvidado su teléfono celular en el escritorio y que también le habían marcado ahí. Tenía tres llamadas perdidas del mismo número, había intentado comunicarse de nuevo toda la mañana sin éxito. Se llegó a imaginar que todo era una ilusión, que posiblemente no era la persona que estaba buscando, luego pensaba: “¿Y qué tal si estamos bien y sí es Patty?”. Era un manajo de pensamientos. Después de estar toda la mañana en su negocio, se dirigió a la preparatoria. Desde la entrada de la escuela distinguió a un joven sentado afuera de su cubículo: Alan ya lo esperaba.

—Buenas tardes, vaya, Alan, sí que eres puntual cuando te lo propones.

Abrió su cubículo e invitó al joven a pasar, Alan se puso de pie y arrastrando los pies se introdujo.

—Muy bien, me da gusto que hayas recapacitado, ahora sí, espero que puedas decirme en qué te puedo ayudar.

El joven lo miraba de manera tranquila.

—Pues no lo sé, maestro, ¿qué es lo que quiere saber?

Cuidando muy bien sus piezas, le aclaró:

—Mira, Alan, tu carta de expulsión ya está preparada, solo falta mi firma y estarás fuera. Yo no quiero que suceda de esa manera, quiero intentar entenderte y que recapacites, no puedes ir por

la vida golpeando compañeros. No me mires como profesor, mírame como a un amigo y tenme la confianza de acudir a mí cuando algo te ocurra, a veces los problemas de casa influyen en nuestro proceder, pero no es justificación.

—Qué le puedo decir, mis padres son maestros también, ellos siempre me han procurado, pero, hablando con sinceridad, estoy en contra de las injusticias, las odio —don Alejandro lo alentó a continuar—. Es todo lo que le puedo decir, maestro, y sí, he golpeado a dos compañeros, pero ha sido justificado. Le voy a explicar las cosas tal cuales son, y es que el prefecto tal pareciera que ya la agarró contra mí sin entender nada, él solo ve el hecho sin siquiera ser objetivo. El primero al que golpeé estaba atosigando a una compañera, casi obligándola a que lo besara, cuando le dije que se calmara me aventó y por eso lo tuve que golpear; el segundo estaba molestando y empujando a un compañero que tiende a tartamudear, al cual ya había molestado en repetidas ocasiones, a los dos tuve que ponerles un hasta aquí, como verá, ya ninguno de los que golpeé andarán de chiflados con los compañeros. No es por presumir, pero soy cinta negra en Tae Kwon Do, aun así no ando golpeando solo por golpear, como ya le dije, odio las injusticias, a mi parecer soy un mal necesario. No le dije nada al prefecto porque no soy un chivato, así que he preferido que me traigan con usted a sufrir su reprimenda, eso es todo, profesor.

Don Alejandro que todo escuchaba y hacia pequeñas anotaciones sin dejar de observar al joven, le respondió.

—Alan, entonces te consideras un mal necesario, ¿por qué no enfocas esas capacidades de liderazgo, que veo que tienes, en algo que pueda ser de mayor provecho y sin que te afecte?, tal vez postulándote como representante de grupo podrás ayudar a tus compañeros de una mejor manera. A ver, te explico, tus motivos son buenos, Alan, pero, ¿irás golpeando por la vida a las personas que hagan algo incorrecto?, por supuesto que no lo harás, tendrás que centrar esos instintos de ayudar a tu prójimo de una mejor manera, sin que tú mismo salgas afectado, no sé si me doy a entender. Veo en ti un liderazgo muy bien definido, no lo echas a perder enfocándolo de manera incorrecta.

—Vaya, habla igual que mi padre, entiendo lo que dice, creo que de alguna manera tiene usted razón, profesor.

—Me da gusto que entiendas, ahora Alan, dime qué sucedió con los sujetos de ayer, además de verse más grandes que tú, se ve que son personas peligrosas, ¿qué haces tú en ese ambiente?, ¿están tus padres enterados de ello?

El joven cambió su cara y se tensó un poco.

—Eso no fue nada, maestro, una metida de pata. Ellos son universitarios, los conozco porque entrenan Tae Kwon Do en un gimnasio contrario al mío, pero ellos si andan golpeando gente solo por gusto, ¿recuerda la película de Karate Kid, donde un grupo de chicos molestan al protagonista?, bueno pues ellos son algo así, eso a mí no me gusta, me molesta cuando tratan de humillar al débil, como en la película, soy más de la escuela del señor Miyagi, reacciono de inmediato si veo algo incorrecto. Cuando vi que estaban molestando a varios estudiantes que estaban en el billar, les dije que les apostaba una partida, para distraerlos y que dejaran en paz a los chicos, pero cuando perdí el juego de billar, no pude parar y les jugué otro, hasta que la cuenta se hizo grande. Cuando les dije que les pagaría mañana se enojaron y reaccionaron de esa manera, fue cuando usted llegó, eso no volverá a suceder, además, su dinero se lo pienso pagar, solo deme chance de juntárselo.

—Alan, el problema no es el dinero, no te preocupes por ello, el problema aquí sería que eso se convirtiera en un mal hábito, volvemos a lo mismo que te decía hace rato, tus motivos son

buenos, pero tienes que hacer algo sin que tú salgas afectado, las apuestas son peligrosas y más a tu edad que no sabes cómo parar. Eres impetuoso, estás a tiempo de encaminar tus capacidades de liderazgo, hijo, olvídate de golpear gente y de hacer apuestas absurdas para salvar a la humanidad, ¿estamos?

—Estamos maestro, eso está terminado, se lo prometo, pero, ¿entonces no les va a hablar a mis padres?, no quisiera que los preocupara, mis padres me aconsejan también, no crea que no están al tanto de mí.

Don Alejandro suspiró y parándose de su asiento le dijo.

—¿Me ves cara de chivato? No, no les hablaré, voy a confiar en ti, voy a hablar con el prefecto para aclararle la situación, recuerda lo que platicamos aquí y no lo olvides, quiero que sigas viniendo una vez por semana, solo para estar en sintonía y llevarte en seguimiento, ¿crees que puedes hacer eso?

De manera sonriente y agradecida, Alan contestó:

—Claro que sí, maestro, aquí estaré, le agradezco todo lo que hace por mí.

Don Alejandro lo observó salir y dijo para sus adentros:

—Ah qué joven, tan loco y atrabancado, cómo me recuerda a mi amigo David.

Después de la jornada, ya en el trayecto a su restaurante preferido, distinguió lo nublado del cielo, con seguridad caería una lluvia torrencial. Estos días le encantaban, la combinación de lluvia con mar era lo mejor, si a eso le añadía un poco de frío era lo máximo. Casi a punto de llegar al restaurante, timbró su teléfono. Después de aparcar su auto tomó su celular, pero ya habían colgado. Lada de Veracruz. Remarcó el número. Después de timbrar dos veces, una voz femenina atendió la llamada.

—Buenas tardes, diga —a don Alejandro el corazón le latía a mil por hora, se le nubló la vista de las ansias y un remolino de recuerdos le turbaron la mente, de manera abrupta reaccionó, al momento que del otro lado de la línea le repitieron—: Diga, hola, ¿hay alguien ahí?

—Sí, bueno, disculpe, me distraje un momento, buenas tardes, he estado tratando de localizar a la señora Patricia Velázquez Pérez, no sé si usted pueda darme informes.

Del otro lado de la línea se hizo el silencio y después de unos segundos contestaron.

—¿Quién le paso este número?, ¿cuál es su nombre?

—Disculpe, mi nombre es Alejandro Medina, soy un antiguo amigo de la señora Patricia Velázquez, de la época cuando ella vivía en Ciudad Victoria, el número me lo acaban de pasar hace pocos días, es una historia larga de contar. Solo quiero saber si esa persona se encuentra ahí, llevo un buen tiempo buscándola —del otro lado de la línea no se escuchaba nada, ahora era don Alejandro quien de nuevo tuvo que preguntar—: ¿Sigue ahí?, ¿disculpe?, ¿bueno?

Se escucharon algunos movimientos, y la persona que estaba al teléfono habló:

—Alejandro, dime que esto no es una broma, ¿en verdad eres tú?, soy yo, Patty.

EL DERRUMBE

Ciudad Victoria, 1970

—Patricia, ¿dónde estás?, ¡ven para acá inmediatamente!

Doña Ana muy preocupada por los gritos de su marido salió a su paso.

—¿Qué pasó, Hilario?, ¿qué sucede?

—Pues que a tu hija la vieron revolcándose con un muerto de hambre, un mugroso lugareño que no tiene en qué caerse muerto, eso es lo que sucede, yo no sé qué enseñanzas le diste, creo no fuiste lo suficientemente estricta, ahora yo me encargaré de todo.

Estaba tan enfurecido que no le importaba quién lo escuchara.

—Pero, Hilario, tranquilízate por favor, no grites tan fuerte, no existe la necesidad de que todo mundo se entere, te pueden escuchar.

— ¡Un carajo!, la que necesito que me escuche es tu hija Patricia, sería el colmo que anduviera en este momento con ese bueno para nada.

Al no encontrar respuesta por parte de su hija, mandó a un grupo de vaqueros que fueran y la buscaran por el pueblo y la trajeran de donde anduviera, que no regresaran si no era con ella.

—Y si está con algún malnacido, le dan una tunda de mi parte, con unos buenos azotes debe entender que ella no es para él.

—Sí, don Hilario —le contestaron los vaqueros y se fueron a todo galope.

Ajenos a todo aquello se encontraban Patty y Alejandro, junto a un riachuelo que corría por la ciudad. Descansaban, después de pasar tiempo juntos y haber nadado en el río, él estaba recostado con la cabeza en las piernas de ella.

—¿Sabes, Patty?, me quedé pensado en la promesa que hicimos hace tiempo, de viajar algún día a nuestra ciudad preferida y, pensando en ello, ahorré dinero y compré estos dos dijes —sacó de su bolso dos dijes de plata, los cuales tenían incrustada la palabra Roma—. Quiero que tengas uno y yo tendré el otro, esta palabra será un anagrama de lo que sentimos tú y yo, así tu padre no podrá sospechar nada.

A Patty le causó gran emoción.

—Qué detalle más romántico, sí, será nuestro secreto, me haces tan feliz —lo miraba a los ojos de manera fija— Alex, ¿siempre estarás cuando todo mundo se haya ido?

—Mi amor y mi vida, mientras Dios nos de vida y salud, claro que sí, ¡siempre!

Ella lo tomó del rostro y estrecharon sus labios suave y lentamente.

De pronto, se escucharon galopes de caballos que venían en su dirección. “¡Señorita Patricia!, ¡señorita Patricia!”, escucharon a lo lejos.

—Creo que te están buscando amor.

Patty se puso de pie y fue en dirección a los gritos. Los vaqueros al verla, se fueron directamente hacia donde estaba.

—Señorita Patricia, su señor padre la anda buscando, dice que es urgente que vaya.

Patty volteó a ver a Alejandro, quien impávido no mediaba palabra alguna.

—Rápido, señorita, súbase al caballo, su padre la espera.

Ella se dirigió a Alejandro antes de atender la petición del trabajador de su padre.

—Alex, tengo algo que decirte —le susurró—. Mañana, miércoles, te espero a las cinco de la tarde en este mismo lugar, no faltes por favor.

Él apenas salió de la impresión.

—Claro que sí, Patty, aquí estaré.

Uno de los vaqueros había escuchado todo. Patty se despidió de Alejandro con un abrazo y se subió a uno de los caballos, lo miró por última vez y compartieron una sonrisa. Se retiró a todo galope siendo escoltada por dos vaqueros más.

El vaquero que los había escuchado se quedó con otros dos; los tres bajaron de sus caballos en tanto los demás ya se perdían a lo lejos.

—Muchacho bruto —dijo uno de los hombres—, no sabes en lo que te metes, mi patrón te manda un mensaje y ahora te lo vamos a dar.

Los tres vaqueros tundieron de golpes a Alejandro, el pobre muchacho intentó tomar una posición fetal para mitigar los golpes, pero no fue suficiente impedimento para que acertaran uno tras otro en su cuerpo.

—Esto te lo manda mi patrón, no quiere que te acerques nunca más a su hija, la próxima vez será peor.

Los vaqueros subieron a sus caballos y dejaron al pobre de Alejandro tirado en el piso, lleno de sangre y moretones, más dolido en su orgullo que en todo lo demás. Llegaron a la casa de don Hilario con Patricia. La ayudaron a bajarse del caballo y ella entró corriendo.

—Padre, ¿dónde estás?

—Acá arriba, hija, tu padre no está, sube por favor.

Patty se dirigió deprisa a donde su madre la llamaba. Entró en el cuarto de sus padres, observó que su madre se encontraba guardando ropa en unas maletas, como si estuviera preparándose para viajar.

—¿Qué pasa, madre?, me fueron a buscar y me dijeron que a mi padre le urgía verme.

—Sí, hija, tú padre te estaba buscando. Está muy enojado porque le dijeron que te habían visto con un lugareño, pero eso no es lo importante, yo sé que no es nada serio lo de ese joven. Lo realmente importante es que nos mudamos para el norte de Tamaulipas, tu padre me lo acaba de confirmar, le han ofrecido que se encargue de otros contratos más importantes de manera urgente. Tenemos que partir mañana mismo, llevaremos lo más indispensable, así que empieza a juntar tus cosas, hija.

Patricia no salía de asombro ante las noticias; con cara de total contrariedad objetó:

—Madre, ¿cuándo me han consultado con respecto a ello?, yo ya estoy inscrita en la Escuela Normal, te lo dije hace tiempo y si no le notifiqué a mi padre fue porque tú me dijiste que se lo dirías. Yo no quiero irme de aquí, si es necesario me pondré a trabajar para sostener mis estudios, tengo diecinueve años, ya no soy una niña a la cual pueden manejar a su antojo, yo también tengo deseos y me gustaría poderlos cumplir en esta bella ciudad, así que no estoy de acuerdo, madre. Además, a ese joven que tú supones no es nada serio, yo lo amo, quiero estar junto a él.

Su madre dejó la ropa que estaba guardando en las maletas, tomó las manos de su hija y la invitó a sentarse en la cama mientras le decía.

—Hija, tu padre ya tiene todo preparado, ya te consiguió el lugar perfecto para que estudies, es una universidad de Texas. Él lo único que quiere es lo mejor para ti y que te prepares de la mejor manera, entiende hija, es lo mejor para todos, no hagas perder el tiempo de ese joven, conocerás más gente y lo olvidarás poco a poco.

Patty se incorporó negando con la cabeza.

—No, madre, yo no quiero eso, entiendan que es mi decisión, si mi padre no me entiende, entonces yo lo tendré que hacer por mi cuenta, no quiero ir a una universidad americana, no quiero irme de aquí, ¿dónde está mi padre?

Salió del cuarto ante el esfuerzo inútil de su madre por detenerla. Don Hilario se encontraba en la parte trasera de la casa, donde tenía reunidos a todos sus trabajadores, les estaba informando de su despido, entre ellos se encontraba el padre de Alejandro.

—Así que ya no ocuparé de sus servicios, desde hoy son libres de buscar otro trabajo, mañana será el último día que los ocupe, quiero que dejen desalojado los cuartos de servicio y cuidado de querer llevarse algo porque yo mismo me encargaré de que sean castigados.

Se veían caras de tristeza y resignación. Cierto era que el trabajo de campo nunca faltaba, pero muchos de ellos ya eran personas muy adultas, incluido el padre de Alejandro, y era más difícil encontrar empleo. En eso estaban cuando se escuchó una voz:

—Don Hilario, lo anda buscando su hija, lo espera en su despacho.

Don Hilario fue hacia su despacho, donde encontró a su hija sentada en una silla. Sin perder tiempo, ella comenzó a hablar.

—Mi madre me ha dicho de la decisión que han tomado acerca de irnos de la ciudad, pero yo le quiero pedir que respete mi decisión, no quiero irme, estoy inscrita en la Escuela Normal. Uno de mis deseos es ser maestra y quiero quedarme a radicar en esta ciudad, le pido por favor que tome en cuenta mi súplica.

Tranquilamente, don Hilario tomó uno de los puros que tenía en el cajón de su escritorio, lo encendió con un fósforo de madera, tomó asiento y después de expulsar el humo del puro, le respondió a su hija:

—Mira, niña, quiero que desde ahorita te quede claro algo, ningún Velázquez se va a quedar a radicar en esta pocilga de ciudad a limpiar mierda de vaca. Tú aún no sabes lo que quieres, pero yo sí sé lo que te conviene, es por ello que ya tengo separado tu lugar en la mejor universidad de Texas, a donde nos vamos a dirigir en estos días. No quiero volver a escuchar otra negativa, espero que te quede claro.

Patty se levantó de su asiento mirando de forma retadora a su padre.

—Esto que haces es injusto, si no me quieres apoyar a quedarme aquí no me apoyes, yo me pondré a trabajar, ya soy mayor de edad y no me puedes obligar.

Don Hilario también se paró de su asiento y se dirigió a un enorme librero, propiedad de Patty.

—Patricia, estos libros te han metido tantas cosas en la cabeza que a veces siento que pierdes el juicio, no te lo repetiré, mañana nos vamos y si tu negativa de irte es por el tipejo con el cual te encontraron, no te preocupes, de eso ya me encargué —sorprendida, abrió los ojos en gran manera—. Quitá esa cara niña, solo le dimos una advertencia, no soy tan cruel, pero si insistes en quedarte aquí, al que me voy a llevar es a él y nunca más lo volverás a ver, ¿entiendes lo que te digo?

Por primera vez, desconocía a su padre, no pudo articular palabra alguna. Rompió en llanto y salió corriendo en dirección a su cuarto, se tumbó en su cama, dolida por las palabras de su padre, y cayó en un profundo y largo sueño.

Alejandro recobró la conciencia, se sentía desorientado, poco a poco empezó a recordar lo sucedido. Se levantó adolorido por los golpes y se acercó al río para enjuagarse la sangre, que ya se encontraba seca, después de limpiarse, se dirigió a su casa a reponerse de la tunda que le

habían dado. No quería preocupar a su padre así que se cambió las ropas ensangrentadas, ¿por qué se había ensañado el padre de Patty mandando a sus trabajadores para que lo golpearan? Recordó que tenía una cita al día siguiente con su amada Patty, debía encontrar una excusa para explicarles a ella y a don Cheto las marcas de los golpes. Pensó en decir que lo habían querido asaltar pero ¿quién iba a creer semejante disparate? Ciudad Victoria era una ciudad muy tranquila y casi todos se conocían, luego se le ocurrió una mejor idea, diría que se había caído en un barranco por venir bobeando y soñando. Sí, definitivamente eso quedaba mucho mejor, así como era de despistado le creerían y no se preocuparían. Se puso a terminar un trabajo pendiente que tenía, esperando con ansias el momento de volver a ver a Patty.

Llegó la noche y escuchó cuando su padre llegó y abrió la puerta. Él salió a recibirlo, su padre lo vio y reaccionó asustado al verlo.

—Ni diga nada, padre, ya sé que tengo un aspecto fatal, mire que por andar de soñador y loco caí en un tremendo barranco, lo bueno que no era muy profundo, pero sí me di mis buenos golpes, son solo moretones, así que ni se quiera preocupar.

Su padre se tranquilizó con la explicación.

—Alejandro, debes tener más cuidado, ¿te imaginas que te hubieras golpeado con alguna piedra en la cabeza?, deberías dejar de estar soñando todo el día, que esto, que aquello, dedícate al estudio, nunca lo olvides, enfócate, hijo, siempre enfócate en lo importante.

Alejandro, que lo escuchaba atentamente, movió la cabeza de forma afirmativa. Observó en su padre una expresión diferente a la habitual, ausente, no era el alegre señor de siempre.

—Sí, padre, no se preocupe, así será, tendré más cuidado, ¿cómo está usted?, lo notó pensativo y distraído, ¿ocurre algo?

Don Cheto, un poco cabizbajo, se sentó en una de las sillas de su pequeño comedor y le indicó a su hijo que se sentara junto a él.

—Hijo, don Hilario me acaba de despedir, no dio ninguna explicación, solo dijo que ya no me ocuparía más, entonces sí, estoy un poco desconcertado, pero no pasa nada. Es que la noticia me llegó muy de pronto, tú sabes que tu padre siempre sale adelante, no quiero que te estés preocupando, algo va a salir, yo no quiero que por esta razón vayas a querer dejar de estudiar, sigue con tus preparativos para tu educación superior, que de lo demás se encarga tu viejo, ¿entendido?

Alejandro se hizo mil preguntas, pensó en que tal vez don Hilario había tomado venganza despidiendo a su padre por la relación que tenía con Patty, todo coincidía, sabía que don Hilario era muy déspota, pero no imaginaba este nivel. Después de haberlo mandado golpear, ahora se desquitaba también con su padre. Don Cheto observaba a su hijo, absorto en sus pensamientos, sin siquiera contestar lo que él le había dicho.

—Alejandro, ¿escuchaste todo lo que te dije?, lo primero que te estoy diciendo es que no te preocupes, hijo, y pareciera que es lo primero que estás haciendo.

Alejandro reaccionó como cuando le cae a uno un balde de agua fría.

—Sí, está bien; caray, ¿qué razón habrá tenido este señor para despedirte?, en fin, padre, también le quiero decir algo, yo ya no soy un niño, entonces le notifico que voy a trabajar por las tardes en el mercado para costear mis estudios, voy a ayudar a la señora Celia con su negocio, ya ve que le va muy bien con sus comidas. Me invitó para que la ayude, así que solo le notifico para que no vaya a querer decirme nada, en las mañanas estudiaré en la facultad y por las tardes trabajaré en el mercado, ¿correcto?

Su padre, mirándolo a los ojos, sonrió.

—Hijo, eres todo un orgullo para mí, no podía esperar menos de ti, un muchacho joven, sano y sin vicios, muy bien, adelante, forja tu carácter, tu destino y tu preparación, ya veo que eres todo un hombre —se puso de pie y estrechó a su hijo en un fuerte abrazo—. Tu madre estaría tan orgullosa de ti como lo estoy yo, mi querido y amado hijo Alejandro.

El destino es indescriptible, las cosas a veces suceden por designios del Creador, y aunque muchas veces no nos gusten, cuando ocurren se integran a nuestro ser y pasan a formar parte de nosotros mismos. A veces para bien y a veces para mal, pero siempre con una importante lección.

Al siguiente día, don Cheto se dirigió al último día de trabajo en casa de don Hilario, tenía la intención de pedirle si de favor podría recomendarlo con alguna de sus amistades adineradas. Por otro lado, en casa de la familia Velázquez Pérez todo era un torbellino, don Hilario había prohibido a su hija volver a salir, con la intención de que no hiciera una tontería. La salida a la frontera ya estaba preparada, los muebles ya estaban siendo cargados a los camiones de mudanzas por sus trabajadores, incluido don Cheto. Se respiraba un aire de tensión, pues los trabajadores no sabían si les iban a dar algún tipo de apoyo económico por su despido, la mayoría había asistido a ese último día con la esperanza de que así fuera. Dentro de la casa no era la excepción, doña Ana guardaba las últimas ropas que quedaban, ayudada por Patty, quien a regañadientes y sin la posibilidad de salir, se encontraba envuelta en un mar de dudas. Recordaba lo que su padre le había dicho un día anterior, por temor no lo había desobedecido, pero tenía ya algo preparado.

En la primera oportunidad que tuvo, Patty se separó y se dirigió a su cuarto donde redactó una pequeña carta con un mensaje para Alejandro. La rapidez con que la escribió, denotaba su nerviosismo y desesperación porque fuera entregada a su destinatario. Guardó el papel en un pequeño sobre blanco, lo selló y se dirigió a su ventana, desde donde podía ver todo el movimiento de la mudanza. Observaba a los trabajadores que se movían de un lado a otro transportando cosas, don Cheto se encontraba ahí. Una ligera sonrisa asomó a sus labios y, con rapidez, fue a su encuentro, bajó las escaleras cuidando que nadie la viera y salió por la puerta trasera donde se encontraba la cocina, con mucho cuidado, se acercó al grupo donde se encontraba don Cheto, quien se sorprendió al verla, pero le dirigió una sonrisa.

—Pero, hija, ¿qué haces aquí entre tanto barullo?

—Don Chetito, quiero pedirle un favor muy grande, necesito que le de esta carta a su hijo, dígame lo que ha pasado, dígame que nos vamos de la ciudad, se lo pido por favor, no olvide darle esta carta en cuanto lo vea, se lo suplico, don Chetito, en esa carta va mi vida, ¿sí?

Don Cheto, sorprendido, tomó el sobre y lo guardó en la bolsa de su pantalón

—Claro que sí, hija, descuida, yo le haré llegar esta carta a mi hijo, anda, vete ya que te pueden lastimar.

Patty, con los ojos llorosos, lo estrechó en un fuerte abrazo y regresó a su casa de forma intempestiva, volteó a ver por última vez a don Cheto y extendió su mano en señal de despedida, él hizo lo mismo. Sonrieron y ella entró de nuevo a la casa, a pesar de las circunstancias estaba esperanzada de volver a ver a su amado dentro de seis meses más.

Al mediodía partieron los camiones de mudanza, seguidos por el Dodge Valiant 1970 de la Familia Velázquez. Las puertas de la casa se cerraron por última vez y la gente observó cómo se alejaba la caravana, los trabajadores quedaron cabizbajos, don Hilario se había negado a darles un último apoyo económico.

Don Cheto regresaba a su casa desconcertado, no había tenido oportunidad de pedirle a don Hilario que lo recomendara con alguno de sus amigos y sin esa recomendación sería difícil

conseguir un trabajo en alguna casa de la ciudad. No olvidaba la carta que tenía en su pantalón y la encomienda de entregarla a su hijo. De forma repentina empezó a sentir entumido su brazo izquierdo, luego un dolor a la altura del pecho y un mareo extraño. Se detuvo y cayó de rodillas como si fuera a realizar una oración: todo su cuerpo golpeó el piso de forma estrepitosa. La gente que se encontraba cerca vio la escena y de inmediato se acercaron. “¡Un médico!”, gritaron, “¡alguien traiga un médico!”, “¡el señor sufre un infarto!, ¡ayuda!”. Dos hombres de forma desesperada lo tomaron de los brazos para llevarlo a la casa de un doctor que se encontraba cerca, siguiéndolos la multitud por detrás. Por azares y caprichos del destino, nadie se dio cuenta cuando un pequeño sobre caía del pantalón de don Cheto, un sobre blanco totalmente sellado que fue a dar a la calle y, luego, arrastrado por el aire, que en ese momento soplaba con fuerza, hasta que llegó a un riachuelo. El pequeño sobre se mojó, junto con su contenido, hundiéndose poco a poco en el agua, único y mudo testigo de aquel trágico fin para la carta que nadie leería:

Alejandro mi amado:

No podré ir a nuestro encuentro, mi padre me obliga a irme de la ciudad. Me ha amenazado que hará algo muy grave si no me voy, pero no te preocupes, amor mío, sé paciente y espérame. Buscaré la manera de regresar dentro de seis meses, lo prepararé todo, hoy es día dieciocho, dentro de seis meses de manera exacta, vendré a buscarte, espérame en nuestro mezquite junto al río. Nos iremos lejos, quiero pasar el resto de mi vida contigo, siempre recuerda nuestro juramento, nos dará la fuerza necesaria para poder soportar nuestra ausencia temporal.

Por siempre tuya Patty Velázquez

Alejandro regresó su casa y se le hizo extraño no encontrar a su padre, imaginó que tal vez había esperado a don Hilario para pedirle que lo recomendara con alguien más. Aún dolido por los golpes que le habían propinado, se sentía a disgusto por cómo se habían dado las cosas, tenía que hablar con Patty y advertirle de la actitud de su padre. Esperaba el momento para asistir a la cita de las cinco de la tarde con su amada. Inquieto, ¿qué más podría ser capaz de hacer el padre de Patty para separarlos?, no lo conocía muy bien, pero la experiencia vivida con los trabajadores de don Hilario lo catalogaba como una persona de mucho cuidado. Sería cauteloso en cómo le haría ver las cosas a Patty, pues su intención tampoco era que ella le tomara coraje.

De repente escuchó que tocaron su puerta, gritando a todo pulmón.

—¡Alejandro, Alejandro!, ¿estás ahí?, es urgente, sal rápido.

Alejandro, sorprendido por los golpes insistentes, abrió la puerta y encontró a uno de sus jóvenes vecinos, empapado en sudor, agitado.

—Tu padre acaba de sufrir un infarto, lo llevaron al doctor, me dijeron que te viniera a avisar, ¡apúrate!

Su rostro reflejó miedo y preocupación, sin mediar palabra alguna, salió disparado junto con el joven rogando a Dios que su padre se encontrara bien.

Al llegar a casa del médico a donde habían llevado a don Cheto, fue notificado que había sido trasladado al Hospital Civil de urgencia. Una de las personas que se encontraba ahí se ofreció a llevarlo en su caballo para que llegara más rápido. Después de un breve trayecto que a Alejandro

le pareció una eternidad, llegaron al hospital, bajó rápidamente, agradeció al vaquero y se dirigió a la puerta. Pronto la enfermera lo llevó con el doctor que había atendido a su padre: tenía diez minutos de haber fallecido. Empezó a llover a cantaros, con relámpagos y truenos. El mundo de Alejandro se comenzó a derrumbar.

El funeral de su padre fue un jueves por la tarde, breve y sencillo, mucha gente asistió para mostrar sus respetos y darle el último adiós a don Cheto. Alejandro estaba devastado, no tenía poder de reacción ante un evento de tal magnitud. Sus golpes físicos eran, ya, cosa pequeña, comparados con la pérdida de su padre.

Después del entierro, una a una las personas se fueron retirando dándole el pésame a Alejandro. Con una ligera mirada y casi una nula sonrisa él daba las gracias. Poco a poco se fue despejando el lugar y al final quedó solo, entonces se dejó caer de rodillas, abrazó la tierra recién puesta y comenzó a llorar como un niño sobre la tumba de su padre.

Al día siguiente, Alejandro aún se encontraba desconcertado, no supo cómo había llegado a su hogar. Saliendo de su ensimismamiento recordó la cita con Patty, a la cual no había asistido. Meditando sobre ello, se le empezó a hacer raro no haberla visto por el panteón, el pueblo era chico y por ende una noticia como la muerte de don Cheto, habría llegado a oídos de Patty. Salió de su casa y se dirigió al mercado, al negocio de doña Celia. La gente lo saludaba y le seguía dando el pésame. Cuando llegó, doña Celia lo vio triste y le dijo:

—Pero, hijo, ¿qué haces aquí?, ven para acá —dándole un fuerte brazo—; tal vez no me escuchaste, pero te dije en el funeral de tu padre que no te presentaras hasta el lunes, quiero que te vayas a tu casa estos días y que te recuperes, toma este dinero, te servirá para lo que falta de la semana y el lunes ya que estés recuperado, te presentas aquí a trabajar, ¿entendiste, Alejandro?

El joven mostró un gesto de afirmación.

—Muchas gracias, doña Celia, el lunes si Dios lo permite estaré aquí con usted.

Ya tenía cerca de dos días yendo al mezquite donde se veía con Patty y ella no había aparecido, eso no era normal. Había pasado por la casa de ella, de lejos, ya que temía toparse con don Hilario, pero todo se encontraba demasiado silencioso y tranquilo, de hecho, no había visto a nadie más. Se le ocurrió mandar a un niño a preguntar por Patty.

—Toñito, ven para acá, hazme un gran favor, necesito que vayas a casa de don Hilario Velázquez y le preguntes a alguno de los trabajadores por la señorita Patty.

El niño interrumpió a Alejandro antes de que este terminara:

—Andas muy perdido, Alex, don Hilario ya tiene varios días que se fue de la ciudad con toda su familia, mi abuelo trabajaba en su casa y dijo que se había ido desde el miércoles, que se llevaron maletas y todas sus cosas en camiones de mudanzas.

Alejandro, boquiabierto no podía dar crédito a las palabras del niño.

—Gracias, Toñito, no estaba enterado.

El niño se alejó para seguir jugando con sus amigos. Alejandro se quedó un rato bajo el mezquite, dudando aún de las palabras del niño y pensando que en cualquier momento volvería a ver a su amada Patty venir junto a él, lo cual, evidentemente, no ocurrió.

Pasada la medianoche, se dirigió a la casa de los Velázquez Pérez y, ahora sí, se detuvo a observarla detenidamente. Era una casa prácticamente abandonada, estaba a oscuras y totalmente solitaria, no había luz exterior ni interior, tenía cadenas con candados en los portones y en las entradas, todo se veía vacío, triste y sin vida. Recordó la cita que habían tenido días atrás y a la cual le fue imposible asistir, pensaba que tal vez Patty le iba a dar los pormenores de su partida

repentina. Se imaginó que quizás ella lo había citado para romper con él, pero luego se quitó esa mala idea de la cabeza, eso no era posible.

“Nos amábamos, ella y yo éramos el uno para el otro y nadie podría hacernos creer lo contrario”. Tal vez don Hilario la había obligado a irse, miles de ideas le pasaban por su cabeza, solo algo estaba claro, también a ella la había perdido.

El joven no salió de su casa en todo el fin de semana, se encontraba deprimido. Los hechos se habían sucedido dejándole sin fuerzas ni ánimos para hacer nada, primero, su amigo David había partido a probar mejores suertes; luego, su padre partió al lugar del descanso eterno y, para terminar, el amor de su vida desaparecía de manera abrupta y sin siquiera poder despedirse de ella. No sabía cuál sería su destino y no le interesaba en ese momento, para él no había futuro. Observaba una de las vigas que estaba en el techo de su casa e ideas perturbadoras le llegaban a su mente, se preguntaba si esa viga aguantaría su peso, todo estaba perdido. De pronto, como señal divina, vislumbró un libro que se encontraba en la estantería de la casa, se paró y lo tomó entre sus manos. Vio que se trataba del libro que Patty le había regalado tiempo atrás como señal de amistad, *Los Miserables* de Víctor Hugo. Al abrirlo, lo primero que leyó fue la dedicatoria que ella le había escrito, lo cual le arrancó lágrimas de tristeza. Alejandro pensaba que el título era contundente y se le acomodaba a la perfección en este momento de su vida, “así es como me siento”. Continuó hojeándolo y comenzó a leer la historia del ex presidiario *Jean Valjean*. Al momento de comenzar, ya no pudo dejar de leer, continuó las hojas, una y otra, de manera continua. Conforme avanzaba la historia, se imaginaba todo lo que *Valjean* había vivido para superar las difíciles pruebas. Se empapó tanto en la historia que olvidó sus necesidades. Olvidó alimentarse y todo lo que hasta ese momento le había ocurrido. Se sintió tan a gusto con lo que estaba leyendo, como si fuera el protagonista de la historia. No se paró de su asiento hasta que hubo acabado el libro.

Era increíble como un libro lo había marcado, en el momento oportuno, entendió que todos tenemos el destino que nos forjamos, que a veces existen pruebas que moldean nuestro carácter y nuestra firmeza. Comprendió lo que su padre siempre le había dicho, “estudia y vencerás”. Al igual que *Valjean*, él tocó fondo y ahora correspondía iniciar el ascenso. Se prometió que, a partir de ese momento, haría todo lo que le correspondía para salir adelante, trabajaría duro y se esforzaría para ser una persona digna de su padre y de su amada, a quien no se cansaría de buscar. Ni el padre de Patty, ni nadie les impediría llegar a estar juntos, tal como terminaron *Cosette* y *Mario* en la historia de *Los Miserables*.

EL REENCUENTRO

Tampico, 2011

Por fin había encontrado parte de su pasado, su estado emocional era el de un niño pequeño con juguete nuevo. Don Alejandro, con una alegría inusitada, recordaba la llamada que había tenido por escasos minutos y la cual le hizo sentir más vivo que nunca, más pleno, más satisfecho con la vida, lleno de entusiasmo y esperanza: era ella, la volvería a ver. No le importaba la edad, ni el tiempo transcurrido, lo único importante que tenía en mente era que la volvería a ver, Patty se había mostrado también entusiasmada. Don Alejandro se la imaginaba con hijos y muchos nietos, y le daba mucho gusto, pues ella siempre mereció ser feliz.

En la corta charla que habían tenido por teléfono, ella le había dicho que tenía un viaje programado a la ciudad portuaria donde él se encontraba, aunque ella no se lo dijo, él supuso que su esposo la acompañaría. Don Alejandro se había ofrecido ir a Veracruz, pero ella le había dicho que tenía que tratar algunos pendientes en Tampico la próxima semana, así que aprovecharían para verse. Ambos se encontraban en un éxtasis constante no ocultando en ningún momento su emoción al escuchar sus voces por teléfono, cierto es que no se habían dicho ningún detalle de sus vidas, ella lo quiso así. Cuando él comenzó a preguntarle acerca de su vida, ella le había contestado: “Alejandro, quiero que platiquemos en persona, quiero mirarte al hablar”. La fecha estaba pactada, esa semana sería un martirio de espera para ambos. Don Alejandro se encontraba ansioso y no podía dejar de pensar en ese futuro próximo. “Si pude aguantar cuarenta años para saber algo de ti, Patty, la semana que falta para volver a verte es nada, es un granito de arena en comparación a la inmensa playa de desolación que tuve todos estos años”, decía para sí y sonrisas de felicidad se vislumbraban en su rostro, ahora comenzaba la verdadera búsqueda. Una que los mantendría expectantes y con sus sentidos a flor de piel.

Después de una semana sin contratiempos, donde la ansiedad era palpable, el día esperado había llegado. Era viernes al mediodía, terminando de cumplir con sus deberes matutinos, suspendió todos los pendientes de la tarde y del fin de semana: quería estar exclusivamente para recibir y atender a Patty y a su esposo. Era un mar de nervios. Llegó a la terminal del aeropuerto de Tampico con un ramo de flores, eran tan bellas que la gente volteaba a verlo cuando pasaba con ellas, pensó mucho en si debería llevar las flores o no, pues no quería ser inoportuno. No quería causar una mala impresión o que se dieran malas interpretaciones y que ella tuviera algún problema. Al final decidió que las llevaría, pues además de ser el amor de su vida, Patty era también su amiga, así que no vio nada de malo en recibir a su amiga con un ramo de flores.

Se sentó en la sala de espera, observó su reloj, era la una de la tarde, el vuelo de Patty estaba programado para que arribara a las dos, había exagerado un poco con la puntualidad, pero no quería perderse por nada del mundo la llegada de ella. Sentía que el tiempo corría muy lento, aun así, no se movió de la sala de espera. Observaba como las familias se abrazaban de forma jubilosa y alegre al encontrarse, como un destello recordó su juventud, cuando Patty y él eran muy felices. Remembró todo lo vivido con ella en aquella época, se imaginó cómo hubiera sido su vida si ellos hubieran continuado juntos. Recordó la forma tan misteriosa en cómo se dio su

separación, pensó que a pesar de sonar cruel el destino estaba escrito y que ellos tal vez no estaban predestinados a estar juntos. Su mente divagaba sobre tantas cosas.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el anuncio de que el avión proveniente de Veracruz había arribado. Era el vuelo de ella. Don Alejandro se levantó de su asiento con flores en mano y observó por la ventana las maniobras del avión para colocarse en la posición correcta. Los movimientos para conectar el túnel al avión finalizaban y comenzaron a vislumbrarse las primeras personas: niños, hombres, mujeres, parejas, pero no Patty, estaba seguro de que podría reconocerla, aunque dudaba que ella lo pudiera reconocer a él. De repente vio dar vuelta a una señora tan guapa que de inmediato la reconoció, era ella, la misma bella estampa. Observó a toda una dama, su hermosa melena rizada prevalecía, pudo distinguir su piel blanca, su porte extraordinario, su mirada exquisita; su sonrisa iluminaba el pabellón dándole realce cual si fuera una reina. Cómo olvidar sus hermosos ojos café claro, los distinguía a pesar de la distancia de donde ella se encontraba, con asombro se dio cuenta que nadie venía a su lado, solo algunas azafatas venían detrás de ella. Observó que al parecer también lo había reconocido, pues desde que había aparecido en el pasillo sus ojos se habían posado en él. “Tal vez, ella también ha hecho un análisis de mí”, pensó don Alejandro.

Cuando estuvieron a seis metros de distancia, ella disminuyó la velocidad de sus pasos y se paró totalmente, mostrando una sonrisa. Él también sonreía. No podían dejar de mirarse y sonreír de forma tímida, como niños recién presentados, sin atreverse a romper la distancia que los separaba. Cuando hubo pasado más de un minuto de estarse observando y sonriendo, la gente alrededor notó la escena y prestaron atención, expectantes a saber cuál era el rollito que se traían esos dos, incluso las azafatas que venían detrás de ella se habían parado a observar, pareciéndoles de lo más romántico verlo a él con el ramo de flores. Después de un momento que pareció eterno para los espectadores, segundos para los protagonistas, ella primero comenzó a caminar lento y luego corrió a abrazar a don Alejandro, soltando su maleta y todo lo que traía en la mano, lo estrechó con fuerza. Él, aún con las flores en la mano, recibía con la misma fuerza el abrazo de ella, fundiéndose en una sola persona, los testigos que observaban la escena empezaron a vitorearlos y aplaudirles. Una de las azafatas que estaba atenta, no pudo evitar derramar una lágrima por la escena tan romántica, más de un minuto la gente estuvo rodeándolos y aplaudiéndoles por tan conmovedor encuentro, luego comenzó a retirarse; al pasar por su lado tocaban sus manos como alentándolos a seguir abrazados y sonriéndoles. De pronto se encontraron totalmente solos, cuando por fin se separaron, pusieron distancia y se tomaron de las manos aún mirándose, ella fue la primera que habló.

—Alejandro, no sabes el gusto que me da volverte a ver, esto parece un sueño, te miro y no me lo puedo creer.

—Lo mismo digo, Patty, estoy estupefacto al tenerte enfrente, estás igual de hermosa que cuando te dejé de ver... las había olvidado, estas flores son para ti, espero no ofenderte al entregártelas, claro que ellas quedan opacadas con tu belleza —sonrió mirándola a los ojos.

Patty tomaba las flores y hacia un gesto de emoción, ruborizándose.

—Pero mira nada más, si son mis favoritas, están hermosas, Alejandro, muchas gracias —dándole otro abrazo y un beso en la mejilla.

No dejaban de mirarse y de sonreír apenados y sorprendidos, parecían dos jóvenes que se acababan de conocer, empezaron a caminar de manera pausada, platicando detalles acerca del viaje. Se dirigieron al estacionamiento donde don Alejandro tenía estacionado su Volkswagen, al momento de llegar, abrió la puerta para que Patty entrara.

—Pero que auto tan fabuloso tienes, Alejandro, dime por favor que no es un capricho por alguna crisis existencial —sonriendo a modo de broma.

—Cómo crees, Patty, tengo más de quince años con este vehículo, es mi favorito.

Ella, maravillada, sonrió y agachó la mirada para observar mejor el auto.

—Pues que buena decisión, Alejandro, está muy bonito.

Después de subirse al auto, fueron al restaurante donde don Alejandro solía comer, platicaron banalidades, se actualizaron sobre lo que realizaban en ese tiempo. Ella le contó que había estudiado la carrera de Medicina con especialidad en Obstetricia y que estaba divorciada desde hacía mucho tiempo, le platicó que había recibido una fortuna tras el fallecimiento de su madre y con ello decidió fundar y dirigir una ONG que apoyaba a mujeres jóvenes embarazadas que no podían costear los gastos de su embarazo o que tuvieran un embarazo de alto riesgo. Él por su parte le dijo que había sido maestro, director y jefe de zona, que tenía poco de haberse jubilado. Le platicó acerca de su pequeño negocio y que había empezado a trabajar hacía poco tiempo como orientador en una escuela preparatoria. Disfrutaban un ameno momento. Después de terminar de comer, Patty le pidió que la llevara a su hotel.

—Patty —afirmó él—, tengo todo el tiempo reservado para ti, así que escucho y obedezco —hizo una señal de reverencia, a lo cual ella sonrió.

—Gracias, amable caballero —tocándole el hombro y ofreciéndole una agradable sonrisa.

Después, retomaron el trayecto en auto y se dirigieron a un hotel a orillas de la playa, donde Patty se hospedaría. Seguían platicando acerca de su vida, don Alejandro le dijo que nunca se había casado, pues el amor ya nunca volvió. Al momento de decir esas palabras, notó el cambio en los ojos de Patty, quién agachó la cabeza, pensó que tal vez había dicho algo indebido, entonces se apresuró a decir:

—Patty, lo siento si dije algo malo.

Ella no dijo nada por un rato, después levantó la mirada con una sonrisa nerviosa.

—No, Alex, no dijiste nada malo, pero tenemos que hablar del pasado, tengo que confesarte algo y no sé cómo lo puedas tomar.

—Te entiendo, Patty, creo es importante que lo hagamos.

Llegaron al hotel. Tras dejar la maleta en su habitación, Patty se dirigió a don Alejandro, tomándolo de la mano.

—Ven, Alex, vamos a caminar a la playa, ahí platicaremos más a gusto.

Se encaminaron a la playa donde el mar, la arena y la luna se encontraban en conjunción, ella observó maravillada la escena, cerrando los ojos y aspirando de manera profunda.

—¿Sabes?, siempre que por alguna razón me entristecía o me encontraba deprimida, buscaba la luna, ella es mi amiga, conoce todos mis secretos íntimos, ¿recuerdas la primera vez que me enseñaste a disfrutar de estos grandes espectáculos?, tú me la presentaste, lo tengo muy presente, lo puedo sentir como si fuera ayer. Nunca olvidé nada de lo que vivimos. Has sido mi primer, más importante y puedo decir que también mi único amor, nada, escúchame bien, nada de lo que yo diga esta noche, podrá cambiar lo que yo siento por ti. Pero si tú, al escuchar lo que te voy a decir, decides odiarme, yo lo acepto, esto no es algo que yo busqué, fortuitamente y al paso de los años me enteré, sé que te va a doler y te va a sorprender como a mí en su momento, me cambió totalmente la vida.

Se encontraban ya sentados en la arena y don Alejandro escuchaba a Patty, a cada palabra de ella, él se llenaba más de intriga y duda: “¿Qué es lo que Patty me tiene que decir?, ¿por qué me

dirá estas cosas?”.

Los dos se quedaron en silencio, volteando a ver a la Luna. Se llenaron de su magia y de su luz. Ella comenzó a relatar todo lo que había sucedido desde el momento en que se separaron, le habló de su padre, del hospital, de la carta, de todo, sus ojos se llenaron de ilusión y de lágrimas al momento de relatarle la historia. El mar y la luna, eran los únicos testigos de aquella dura y difícil confesión.

EL RETORNO

Ciudad Victoria, 1970

Patricia sudaba de forma abundante y sufría una terrible pesadilla. Se despertó de manera intempestiva y se encontró en el vagón de un tren, al momento recordó lo que hacía ahí y sintió un alivio al saber que pronto se encontraría con su amado, estaba segura de que al haber recibido su carta, Alejandro la esperaría en el lugar indicado. Habían transcurrido seis meses desde la última vez que lo vio y ansiaba con todo su corazón poder estrecharlo en un abrazo, su embarazo iba en progreso y aunque ya era difícil esconderlo, había logrado con éxito ser prudente hasta ese momento. Sabía que Alejandro estaría feliz por ellos, no dudaba que la noticia sería algo que les cambiaría la vida de forma favorable.

No había tenido la oportunidad de decirle que estaba embarazada, lo supo días después de que se fueron de Ciudad Victoria, sabía que, de saberlo su padre, hubiera enfurecido. Ahora estaba feliz, había logrado escapar y aunque le dolía dejar a su madre, estaba segura de que al enterarse que lo hacía por amor, entendería su proceder. Se lo hizo saber en una carta que le había dejado guardada en un lugar donde solo su madre podía encontrar.

El tren continuaba su recorrido de manera normal y, de vez en cuando, paraba en los pueblos y comunidades rurales; en cada una de ellas, señoras y niños vendían sus deliciosas comidas, tacos de papa, gorditas de huevo rojo y verde, flautas de frijoles y queso, champurrado y café caliente que aliviaba un poco el frío de la temporada. Patty ya había pasado la etapa de las náuseas, una de las señoras se acercó y le ofreció unos tacos de papa:

—Ándale, niña, están deliciosos, pruébalos.

—Muchas gracias —respondió cortésmente—, es usted muy amable, señora, pero estoy bien, le agradezco.

—Ándale, niña, que lo que viene en tu vientre tiene hambre, aún no se te nota tanto, pero yo sé distinguir a una mujer que tiene vida en su vientre.

Decidió que sí tenía un poco de hambre, entonces tomó unos cuantos tacos; abriendo su bolsa, para sacar dinero, le preguntó a la señora.

—Gracias, se ven deliciosos, dígame, ¿cuánto es?

—No es nada, niña, es cortesía de la casa, veo en tus ojos tristeza y un futuro incierto, que Dios te acompañe en tu camino.

La señora se dio media vuelta y bajó del tren perdiéndose entre la gente que se encontraba en la estación.

Patty se había quedado muda de la impresión; “un futuro incierto”, eran las palabras que más se le habían quedado grabadas de lo que le dijo la amable señora, no por ello dejó de disfrutar el viaje y rezaba poder llegar ya a donde estuviera Alejandro.

Llegaban a la estación de Ciudad Victoria, Patty, quien solo llevaba una pequeña maleta, bajó del tren, a nadie había avisado y solo una persona sabía de su arribo, o al menos, eso es lo que ella creía. Después de dejar atrás la estación, empezó a caminar rumbo al mezquite donde era el punto de reunión. Traía puesto su gorro que le servía como camuflaje, pues su padre conservaba amistades en la ciudad y no quería ser reconocida aun por ninguna de ellas, la idea de Patty era

encontrarse con su amado, casarse y establecerse allí o en otra ciudad, comenzar a vivir juntos para toda la vida. Después de caminar una buena cantidad de cuadras, se dio cuenta que el entorno había cambiado poco desde su partida, le agradó, pues se imaginaba criando a su hijo en esta apacible y tranquila ciudad.

Ya podía distinguir el mezquite que se encontraba a unos cuantos pasos, al llegar vio que no se encontraba nadie, dejó la maleta en el piso y se sentó en un tronco seco, el cual ella y Alejandro habían puesto en ese lugar un tiempo atrás. Patty pensó que todavía era temprano, tal vez Alejandro llegaría más tarde, así que se dispuso a descansar y a esperarlo. Pasaban ya las seis de la tarde y Patty comenzaba a preocuparse, el hambre empezó a ser mella en ella, sacó de su bolsa los tacos de papa que la señora le había dado en el tren y comenzó a comer.

Cuando dieron las nueve de la noche Patty ya estaba muy preocupada, interrogantes y dudas asaltaron sus pensamientos. Tal vez a don Cheto se le había olvidado entregarle la carta a su hijo o pudiera ser que Alejandro se confundiera con la fecha en que se encontrarían. En un estado de preocupación muy alta decidió ir a buscar la casa de Alejandro. Intentaría ubicarla, ya que, a pesar de ser una ciudad pequeña, Patty no la conocía completamente, más o menos sabía dónde vivía, pues un día le había dado las señales para llegar, ubicando la casa donde ella vivía como punto de referencia. No perdió tiempo.

Tomó su maleta y comenzó a caminar entre las oscuras y solitarias calles, a cada paso que daba, la incertidumbre y el miedo le hacían pensar muchas cosas. “Dios, ayúdame, por favor”, rogaba. Después de caminar un sinfín de calles y eludir a las personas con las que se topaba por miedo a ser reconocida, divisó a lo lejos el lugar indicado.

Encontró la casa en total obscuridad, se acercó un poco más y tocó la puerta, pensando que se encontraban dormidos, nadie contestó. Mirando un poco vio que la casa incluso parecía abandonada, tocó con más fuerza para ver si alguien salía y no encontró respuesta. Una de las vecinas que había escuchado los golpes salió para ver quien tocaba con tanta insistencia, vio a la joven con maleta en mano y en la penumbra.

—¿A quién buscas, muchacha?

Patty, sorprendida al escuchar la voz, dirigió la mirada a donde se encontraba la señora.

—Buenas noches, señora, disculpe, ando buscando a Alejandro Medina o a su señor padre, don Chetito Medina, ¿sabe si salieron?

La señora, al escuchar el nombre de don Cheto hizo señal de persignarse.

—Que Dios lo tenga en su santa gloria, no, hija, don Chetito ya tiene meses que se adelantó en el camino y su hijo Alejandro, poco después de morir su padre, vendió este terreno y se fue de la ciudad, no le dijo a nadie a donde se iba, así que solo Dios sabe dónde estará ese muchacho.

Patty quedó muda de la impresión. En sus bellos ojos cafés empezaron a rodar lágrimas. Se recuperó y limpió con un pañuelo sus ojos. Se dirigió a la señora nuevamente.

—Muy bien, muy amable de su parte. Que pase buenas noches, señora —dio la media vuelta con pasos inseguros.

—Muchacha, pero ¿a dónde vas a esta hora?, ya es tarde para que andes sola en la calle.

Patty ya no alcanzó a escuchar lo último que le había dicho la señora, su mundo se había derrumbado, no sabía qué hacer. Se dirigió a la plaza donde tiempo atrás se ponía a leer, al llegar buscó una banca alejada de la calle y se recostó, quedándose dormida de manera automática. Tuvo un sinfín de pesadillas, soñó que ya no estaba embarazada, que se encontraba en un mundo oscuro donde los hijos no existían y que no había nadie que la ayudara.

A la mañana siguiente, se despertó agitada, llorando y resfriada por el clima tan frío que

imperaba por la temporada invernal, quiso pensar que todo lo del día anterior había sido una pesadilla, pero en realidad estaba sola, completamente sola. Se tocó el vientre y se percató que después de todo no se encontraba tan sola, se levantó estornudando y retomando el camino, no tenía idea de lo que iba a hacer. Traía consigo los ahorros que había hecho en estos seis meses, pero eso no le duraría por siempre, debía tomar una decisión rápida.

El destino intervino de nuevo, pues una bella y joven mujer como ella, no podía pasar desapercibida tanto tiempo caminando sola en un pueblo tan chico y menos con una maleta y el incipiente vientre que se asomaba. Un empresario, amigo de su padre, la vio pasar y la reconoció como hija de don Hilario. Inmediatamente mandó a uno de sus trabajadores a que la siguiera y dejó a don Hilario un mensaje, por teléfono, con carácter de urgente, avisándole que había visto a su hija por la capital del estado, que ya había mandado seguirla para cuando él lo requiriera notificarle donde se encontraba.

Don Hilario no tardó mucho en recibir el mensaje, no demoró en llegar a la capital pagando un vuelo privado que lo trajo de manera inmediata. Al llegar, su amigo ya lo esperaba en su auto, para dirigirlo a donde se encontraba su hija. Le informó que Patty se había dedicado a deambular por la ciudad, con maleta en mano, que al parecer estaba enferma, pues se le notaba decaída, pero que no había querido acercársele sin que antes llegara él, para que ella no sospechara. Al parecer, Patty ya había decidido a donde iría, puesto que se había dirigido a la estación de trenes, donde aún se encontraba en esos momentos, y ya había comprado un boleto. Don Hilario todo lo escuchaba atentamente, se le notaba entre desconcertado y enojado por el atrevimiento de su hija de escaparse de su casa de esa manera. La familia estaba preocupada por Patty y no entendían el porqué de su proceder.

—Te agradezco mucho esto que haces por mí, Rafael.

—No tienes nada que agradecer, tú hubieras hecho lo mismo. Tengo algo más que decirte, he notado que tu hija tiene un vientre que apenas comienza a notarse, soy muy prudente, mi amigo, y con nadie lo he comentado.

Don Hilario agachó su rostro, sus ojos se llenaron de coraje, meneó la cabeza en forma negativa y golpeó el tablero del auto, su mente empezó a trabajar, esto no podía quedarse así.

Llegaron justamente cuando Patty estaba esperando el arribo del tren, se veía cansada y enferma. Su padre se bajó del auto y, de forma inmediata, se dirigió a ella. Una mirada de miedo y sorpresa se asomó en los ojos de la muchacha cuando vio venir a su padre.

—Patricia, mira todo lo que has hecho, eres una desconsiderada, tu madre está muy preocupada por ti, casi la matas de un susto, tus acciones solo me demuestran que sigues siendo una niña.

A don Hilario no le importaba que la gente de la estación los observara, con una mano tomó el brazo de su hija y con la otra, la maleta. La llevó al carro donde su amigo los estaba esperando.

—Padre, por favor, yo necesito buscar mi destino, sé que no lo entiendes, pero estoy enamorada.

Don Hilario la observaba con mirada lacerante.

—Patricia, ¿qué puedes saber tú de esas cosas?

Volteando a ver su incipiente vientre.

—Ya veo que han jugado contigo, ¿cómo puedes hablarme de amor cuando estás aquí sola, enferma y exponiéndote de esta manera?

Abrió la puerta del auto para que Patty se subiera.

Ella sin fuerzas ni esperanzas para oponerse, se introdujo en el auto. Su cara denotaba tristeza

y resignación, no sabía si esto era mejor, pues definitivamente no sabía a dónde dirigirse. Había comprado un boleto para ir a tierras sureñas, lo había hecho sin pensar, no conocía a nadie por allá. De sus ojos brotaron lágrimas mientras el auto partía de la estación de trenes rumbo al aeropuerto, donde el vuelo privado que había rentado don Hilario ya los esperaba para ir de regreso a tierras fronterizas.

UNA DURA DECISIÓN

Frontera Tamaulipeca, 1971

Al llegar a casa ya los esperaba doña Ana, quien corrió a recibir a su hija, la abrazó con fuerza, al notar la manera tan demacrada como venía comenzó a llorar. La tomó de un brazo y la encaminó rumbo a la casa.

—Hijita, mira cómo vienes, ¿qué fuiste a hacer? Estaba tan preocupada por ti.

Su hija nada decía. Pensó que con seguridad aun no leía la carta que le había dejado. De manera sorpresiva, se desmayó y doña Ana a grito abierto llamó a su esposo, que ya iba entrando a la casa, vio a su hija tirada en el piso, la cargó y recostó en la sala. Doña Ana marcó al médico para que viniera a examinarla y de inmediato este llegó para dar sus recomendaciones:

—No es nada grave, pero por su estado deben cuidarla, su hija tiene una infección respiratoria y mucha fiebre, deben darle estos medicamentos que no le afectarán en su embarazo y, sobre todo, deben hacer que se alimente de manera sana. Debe de tener unos cuatro o cinco meses de gestación, su hija es joven y fuerte, pero por precaución deberán llevarla al hospital para que pueda ser valorada de una mejor manera, hacerle análisis, todo lo rutinario que se ocupa en estos casos.

Don Hilario dejó a su esposa con su hija y encaminó al doctor a la salida. Después de cerciorarse que su esposa no los escuchaba, le comentó.

—Doctor, dígame que todavía es posible hacerle un aborto a mi hija, no escatime en los gastos, que yo le pagaré lo que sea para que se lo haga.

El médico, incrédulo por las palabras de don Hilario, bajó la mirada.

—Lo siento, señor, el embarazo está demasiado avanzado, hacer algo como eso a estas alturas, conllevaría un riesgo muy grande para la vida de su hija, no creo que usted desee eso, le sugiero que mejor cuiden de ella y que hagan los análisis pertinentes para confirmar que todo vaya bien. Que tenga buenas tardes, señor Velázquez.

Retirándose el doctor, dejó a don Hilario con el puño cerrado de impotencia.

Patty se fue recuperando poco a poco, tanto de sus dolencias físicas como de su espíritu, le había confesado a su madre quien era el padre de su hijo y le aseguró que no entendía por qué Alejandro no estaba en el lugar donde le había citado.

—Tuvo que haber pasado algo muy grave, madre; me enteré que su padre, don Chetito, falleció más o menos por el tiempo en que nos fuimos de Ciudad Victoria.

Su madre, algo contrariada, mostró apoyo hacia su hija, dándole ánimos para que luchara por lo que ella creía, no era el fin del mundo y algún día podría encontrar a Alejandro. Su padre, por otro lado, le retiró la palabra a su hija, se mostraba reservado, incluso para con su esposa y el poco tiempo que estaba en casa se la pasaba encerrado en su despacho. El actuar de su hija lo había decepcionado y no estaba satisfecho con que las cosas sucedieran de esa manera, no hizo ningún comentario con su familia sobre el bebé que venía en camino, mostrándose esquivo acerca del tema.

A pesar de ello, se encargó personalmente de ir a hablar con el director del hospital para dejar todo arreglado para el parto de su hija, se establecieron los acuerdos y se pusieron las fechas.

Todo estaba preparado.

El tiempo, en su inexorable avance, permitió que llegara el momento de que Patricia pronto entraría a quirófano. El doctor Zárate, quien era el encargado de atender a Patricia, habló con ella, con don Hilario y con doña Ana, acerca de lo riesgoso del embarazo, pues había observado ciertas cuestiones que no le habían gustado. Sugería realizar una cesárea para sacar el feto lo más pronto posible, para ello sería necesario poner anestesia general a la paciente. Había mostrado reservas en cuanto a dar algún diagnóstico.

Ingresaron a Patty un miércoles por la mañana. Su padre no estaba cuando sucedió, por otra parte, su madre la abrazaba y le decía que todo saldría bien, que no tuviera miedo, que ella estaría ahí esperándola cuando saliera. Patty la miraba.

—Gracias por todo tu apoyo, madre, sé que tal vez te fallé, pero créeme que es amor puro y único, cuando todo termine y tenga a mi hijo, buscaré a Alejandro por cielo, mar y tierra, él tiene que saber esto, ser parte de esta felicidad.

Su madre sonreía.

—Hija, ahora concéntrate en traer a tu hijo al mundo, yo misma te ayudaré con lo que venga después.

Los minutos pasaban muy lentos durante el parto para doña Ana, se preguntaba dónde estaría su esposo, sabía que él no aprobaba el embarazo de su hija por las circunstancias en que se había dado, pero no por eso dejaba de ser su hija: la frialdad que había mostrado don Hilario a su hija no estaba bien.

Vio acercarse a su esposo por el pasillo que llevaba a la sala de espera, se le notaba tranquilo y sereno, no parecía un padre preocupado, sino todo lo contrario. Al llegar, le dio un beso y tomó asiento.

—Bueno, ¿no vas a preguntar cómo esta Patty? Al menos intenta cambiar tu actitud, Hilario, la forma en que has tratado a nuestra hija a ella le duele, aunque no te lo demuestre.

Don Hilario, sin siquiera inmutarse por el comentario, bajó la cabeza y observó el suelo. Doña Ana, al ver la actitud de su esposo, decidió ya no decir nada; esperaba a que el doctor Zárate saliera y les diera noticias.

Al cabo de una hora, una de las enfermeras había salido para informarles que el parto se había complicado y en un momento saldría el doctor Zárate a explicarles la situación, doña Ana le imploró a la enfermera que los tuvieran al tanto.

Después de unos cuarenta minutos, que parecieron horas, salió el doctor Zárate con una cara de “malas noticias”, doña Ana y don Hilario, al verlo venir, se pararon de sus asientos. El doctor Zárate al observarlos, con mueca de preocupación, suspiró.

—Señores Velázquez, les seré lo más directo posible, en estos casos es necesario ser así, algo notamos raro cuando comenzamos a realizar la cesárea. El feto no se movía, nos dimos cuenta que el producto venía sin vida, lamentablemente traía el cordón umbilical enredado, no pudimos hacer nada al respecto. Cuando nos encontrábamos en labor, surgió un contratiempo con su hija, comenzó a tener una hemorragia severa y nos vimos en la necesidad de retirarle el útero y los ovarios para poder detenerla, deben entender que de no haber hecho la histerectomía, su hija tal vez no hubiera podido sobrevivir, son circunstancias que ocurren en ocasiones y se debe de tomar una decisión rápida, espero que entiendan la situación.

Doña Ana algo incrédula y llorando por la mala noticia, tomó fuerzas y preguntó:

—Doctor, ¿qué nos quiere decir con eso de la histerectomía?, ¿mi hija está bien?

El médico, volteando a ver a don Hilario y luego a doña Ana contestaba.

—Su hija está bien, fuera de todo peligro, se encuentra estable, ahora mismo está en piso recuperándose, todavía no le damos la noticia, pues no ha despertado aún. Lamentablemente su hija ha quedado estéril de manera total, no podrá volver a tener hijos, lo siento mucho.

El doctor Zárate se retiró a paso lento, nervioso y cabizbajo. Doña Ana, llorando, abrazó a su esposo. Don Hilario, por primera vez desde que todo había sucedido, se veía incrédulo, tenía los ojos abiertos de par en par. “Su hija ha quedado estéril”, fue lo que le había impactado y lo tenía sin habla y reacción.

Para Patty, la noticia fue un duro golpe.

—No, no, no, no puede ser, madre —gritaba la joven a pesar de que aún se encontraba débil—, quiero ver a mi hijo, por favor, no puede ser.

Le tuvieron que suministrar un tranquilizante para poderla controlar, aún dormida se movía mucho y se mostraba inquieta, como teniendo pesadillas.

Don Hilario, que había ido a hablar con el director del hospital para agradecerle sus atenciones, venía de regreso, ahora se dirigía al doctor Zárate.

—He ido a hablar con el director del hospital, nos vamos a llevar a nuestra hija esta tarde, doctor, continuaremos con los cuidados necesarios en nuestro hogar, ya hemos dispuesto de todo lo necesario, incluso con permiso del director, he contratado a una de sus mejores enfermeras para que cuide de nuestra hija en casa, le doy las gracias a usted también por todo.

—Fue un placer, don Hilario, se hará como usted disponga —volteó a ver a doña Ana y se despidió—; lamento las circunstancias, señora, cualquier cosa, no duden en llamarme, con permiso.

Don Hilario se dirigió a su esposa:

—Vámonos lo más pronto posible, Ana, no soporto estar un minuto más en este lugar.

Su esposa aún sollozante, asintió, tomando a su esposo del brazo y acompañándolo a firmar los últimos papeles necesarios para poder partir del hospital rumbo a su casa.

Los padres de Patty prepararon un pequeño funeral privado donde solo asistieron ellos y un sacerdote. El pequeño feto les había sido entregado en una caja totalmente sellada, a don Hilario le sugirieron que lo enterraran lo más pronto posible, Patty se encontraba como anestesiada, la enfermera empujaba la silla de ruedas donde ella iba, ya que su debilidad le impedía caminar, su forma de ser alegre y jovial había cambiado por otra triste y desolada. Ya no pensaba en nada, sus sueños e ilusiones se habían desvanecido y solo existían el miedo y la incertidumbre.

UNA LUZ EN EL CAMINO

Frontera Tamaulipeca, 1974

Con el paso de los años, Patty fue recuperándose poco a poco, la noticia de que no podría tener hijos fue un duro revés, pero terminó adoptando una actitud madura y positiva. Prometió salir adelante.

Siempre tuvo presente al amor de su vida, se preguntaba dónde estaría. Le dolía no haber estado con él en los difíciles momentos que llevaron a su obligada separación, la cual aún no entendía, pero la había aceptado como designio de Dios. Ese no era obstáculo para que siempre que miraba al cielo en el anochecer, observara la luna y lo recordara, imaginaba que en algún lado, él también la estaría viendo, añorando los momentos felices que vivieron juntos y preguntándose si se volverían a ver y a platicar sobre lo que habían dejado inconcluso.

Ese mismo año, don Hilario llevó a casa a un joven empresario al que se le veía un futuro prometedor en los negocios. El joven quedó prendado de la belleza de Patty al instante, pronto no tuvo ojos para nadie más que para ella y se dedicaría a complacerla. No tardó en hablar con los padres y hacerles ver el deseo de casarse con su hija, ellos le advirtieron de la imposibilidad de su hija para procrear, cosa que él desestimó: la ciencia estaba muy avanzada y con el tiempo surgirían nuevas esperanzas. Patty no estaba muy de acuerdo, sin embargo ante la insistencia de su madre, terminó por aceptar. Quedó pactada la visita de los padres del joven dentro de un mes y con ello la pedida de mano de Patricia Velázquez Pérez.

La boda se celebró ese mismo año, fue un evento en grande. Asistieron amistades de ambas familias provenientes de la Unión Americana y de la Ciudad de México. La crema y nata de toda la zona fronteriza tamaulipeca también estuvo presente, fue una boda muy sonada.

Desde el inicio Patty le dejó en claro a su esposo su inquietud de estudiar, él no se opuso, estuvo alentándola a que lo hiciera. A Patty en el pasado le habría encantado estudiar para ser maestra, ya que su amor por los niños era evidente, ahora, por la experiencia vivida, le había nacido el interés por estudiar la carrera de medicina. Su gran gusto por la lectura le facilitaba devorar los complicados libros de medicina y avanzaba a paso veloz en los cursos, sus maestros estaban maravillados con ella, era brillante y pareciera que estaba predeterminada a estudiar esta carrera.

En su vida matrimonial las cosas no funcionaban a la perfección. Habían intentado por todos los medios y mediante todos los recursos solucionar su esterilidad; incluso habían acudido a prestigiosos hospitales americanos, inútilmente. En una de las pláticas que tuvieron, Patty le habló a su esposo de la posibilidad de adoptar un bebé, a lo cual obtuvo un tajante no. Algo decepcionada, no volvió a tocar el tema.

Patricia se graduó con honores de la carrera de medicina, sus padres estuvieron presentes felicitándola por su perseverancia. Su esposo no pudo acompañarla, pues estaba de viaje de negocios, Aun así, Patty disfrutó el momento: al fin uno de sus sueños se había realizado. La alegría no fue duradera debido a las largas ausencias de su esposo. Él había cambiado, sus viajes de negocios eran cada vez más prolongados. Cuando se encontraba en la ciudad, de manera frecuente no iba a comer y llegaba a casa muy entrada la noche. Ella siguió a solas con sus

proyectos de vida.

Un miércoles por la mañana, Patty recibió una llamada de su madre: su padre se encontraba enfermo. Acudió de inmediato. Él estaba en cama, su rostro se notaba diferente, distante; en cuanto vio a su hija intentó proyectar tranquilidad.

—Hola, hija, qué bueno que vienes, yo estoy bien, debe ser algo pasajero, fue solo un dolor de cabeza y unos mareos. Estaré bien, no te preocupes.

Después de examinarlo de manera superficial, Patty sugirió que fueran al hospital a que le hicieran análisis.

—Un dolor de cabeza acompañado de mareos no es normal.

—No, hija, mira ya estoy bien, ya no me duele nada y mi mareo se ha ido —se puso de pie—. Gracias por preocuparte, tu madre hizo más escándalo del que debería.

—Por favor padre, cualquier nuevo síntoma o dolencia que tengas, debes notificarme de inmediato, ¿estamos de acuerdo?

—Sí, hija, pero no te preocupes, estaré bien.

En el hospital no les dieron buenas noticias, le quedaban acaso seis meses de vida. Él habló muy seriamente con su esposa y le pidió que de ninguna manera le notificara a Patty hasta que ya estuviera en su última etapa: no era necesario que se preocupara de más y no quería que empezara a buscar falsas esperanzas con otros médicos. Él aceptaba su destino y dejaría todo arreglado para que su fortuna quedara a nombre de ella y de su hija.

—¿Cómo puedes perder la esperanza tan fácilmente? —Ana era un mar de lágrimas—. Podemos buscar otras opciones, si vamos a Estados Unidos encontraremos doctores más especializados, por favor.

—Mujer, si me amas haz lo que te digo, estoy muy cansado, ya estoy viejo, de alguna manera sería perder el tiempo y ya no quiero hacerlo. Dios me está cobrando la factura por la vida que he llevado y por las decisiones que he tomado, lo tengo merecido, así que respeta lo que te pido.

Don Hilario se retiró de la sala y se encerró en su despacho, dejando a su esposa llorando. Se sentó en el amplio sillón, tomó aire profundo y lo sacó de una manera ruidosa. Pensaba que era el momento de pedir disculpas. Ahora se daba cuenta que había actuado sin pensar en las consecuencias. Tomó una hoja, una pluma y comenzó a escribir: “Mi querida hija Patty...”.

Cuando don Hilario estuvo en su última etapa, mandó llamar a toda su familia. Se reunieron un domingo por la tarde. Ya le era difícil articular palabras. Patty y doña Ana se encontraban a su lado. El esposo de Patty estaba en la sala.

—Ahorita vengo hija, voy a traer té.

Patty asintió con la cabeza y tomó una silla para sentarse al lado de su padre; con suavidad tocaba su mano. Su padre abrió los ojos y la vio llorando, él le apretó la mano. Ella se paró de la silla y lo abrazó.

—Hija mía —dijo él con voz apenas perceptible—, gracias por tanto amor, no lo merezco, quiero pedirte disculpas por todo lo que he hecho, ¿me podrás perdonar algún día?

Patty escuchaba a su padre, limpiándose las lágrimas le dijo:

—Padre, no digas eso, yo te amo, te perdono todo, no digas más, serás siempre mi primer amor, te quiero mucho.

Observó que las lágrimas ya rodaban por los ojos de don Hilario.

—Hijita, una carta te espera en el primer cajón del escritorio de mi despacho, quiero que la

leas cuando yo parta de este mundo. Cuando tú la leas y me otorgues tu perdón, solo en ese momento podré descansar, nuevamente te pido perdón en vida, mi pequeñito taponcito de alberca. Siempre te he amado y siempre te amaré, a pesar de que mis acciones muestren lo contrario.

Patty lo miraba de una manera tierna.

—Sí, papito, ya no digas más, descansa, no te esfuerces —y lo volvió a abrazar.

Doña Ana, quien en ese momento entraba al cuarto con una bandeja con tazas de té, se enterneció al observar a padre e hija fundidos en ese abrazo. Se acercó, puso la bandeja en una mesa y los abrazó a ambos. Don Hilario se había quedado profundamente dormido, Patty salió a ver a su esposo, quien se encontraba leyendo en la sala. En cuanto la vio sentada a su lado, le preguntó:

—¿Cómo sigue tu padre?

—Se ha quedado dormido, está muy débil, no quiero que sufra. Si hubiera dicho antes de su enfermedad algo pudimos haber hecho, no entiendo por qué lo quiso así.

—Bueno, Patricia, solo él sabrá sus motivos para no avisarnos, de cualquier manera, ya pronto descansará.

—No me lo tienes que decir de esa manera tan fría.

Se puso de pie y se retiró rumbo al despacho. Su esposo, indiferente, volvió a tomar el periódico. Al llegar al despacho, Patricia se sentó en el cómodo sillón principal. Al momento recordó lo que su padre le había dicho minutos antes, pero respetó el acuerdo y no abrió el cajón.

El funeral de don Hilario, se hizo en medio de una torrencial lluvia. Con paraguas en mano los asistentes escuchaban de forma respetuosa las palabras que daba el sacerdote, esperando para darle el último adiós. Las personas daban el pésame a doña Ana y a Patty, conocida ya como la doctora Velázquez Pérez. “Don Hilario ya está descansando”, decían. Estas palabras a Patty le hacían recordar lo que su padre le había dicho días antes: que solo descansaría al momento en que ella le diera su perdón al leer la carta.

Terminados los servicios funerarios, los presentes se retiraron a sus autos todavía bajo la lluvia. Doña Ana hizo una última oración por su esposo. Al llegar a casa, el esposo de Patty le dijo que tenía retirarse, debido a un viaje de negocios. Le pidió quedarse con su madre unos días, para que no estuviera sola, en cuanto llegara se lo comunicaría. Se despidieron. Doña Ana le dijo a su hija que se iría a acostar. Al quedarse Patty sola se dirigió al despacho de su padre, abrió el pequeño cajón y sacó un sobre. Lo abrió y empezó a leer lo siguiente:

Mi querida hija Patty:

Ahora que ya no estoy contigo, quiero desahogarme, librarme de las penas e injusticias que tontamente cometí, sé que nada podré remediar con decírtelo, nunca lo hice con la intención de herirte, aunque sé que lo hice y en un grado mayor.

Mi orgullo de padre me impidió dejarte ser feliz, así somos, en el momento no entendemos y nos dejamos llevar por cuestiones tan burdas y tontas como el qué dirán. Es muy tarde para cambiar las cosas, solo quiero que me perdones, solo con tu perdón podré descansar tranquilo, pues fue a ti a quien he hecho más daño.

Nunca olvides que eres y serás siempre mi mayor tesoro. Desde que te tuve en mis brazos cuando naciste, fuiste una luz mágica que iluminó mi nefasta vida, fuiste tú mi mayor

orgullo y por ello no supe reaccionar de manera correcta ante las circunstancias de la vida.

Patty quiero decirte que tu hijo no murió en el parto, de hecho, fueron dos mellizos muy sanos. Todo fue un arreglo entre el director del hospital, el doctor y tu nefasto padre. Me cegó la ira y por eso tomé esa decisión de la cual estoy totalmente arrepentido. La decisión la tomé con ellos antes de conocer que tú quedarías estéril, lo siento, hija, en ese momento ya no se podía dar marcha atrás.

El director se encargó de buscar una pareja estable e hizo los preparativos necesarios. A nosotros nos entregaron una caja vacía para que se pensara que iba un feto en ella, quisiera poder darte más datos, no los tengo, así lo pacté con el director. Fui a buscarlo hace meses para que me diera más información. Me encontré con la triste noticia de su fallecimiento. Mi alma después de ese acto ya no pudo descansar. Siempre me encontraba pensativo y arrepentido, fue a mi hija, la persona que más amo en este mundo, a quien más dañé con mi acción y eso no me lo podía perdonar. Pero eso ya no lo pude corregir. Espero algún día puedas perdonarme y que, ahora sí, mi alma pueda descansar después de tanto tiempo de estar sufriendo.

Tu padre que siempre te amará

Hilario Velázquez

LA SORPRESA

Tampico, 2011

Don Alejandro estaba mudo, no podía ocultar su impresión por las noticias que le estaba dando Patty, por fin entendía muchas cosas. Le dolía todo lo que ella había sufrido, soportando en soledad cada uno de los infortunios. Intentaba procesar lo más rápido posible esa información, y es que enterarse cuarenta años después que se es padre es difícil de asimilar. ¡Tenía hijos! Como era posible que don Hilario hubiera actuado de esa manera, eran muchas preguntas las que revoloteaban en su mente.

—Patty, lo siento tanto —en el rostro de ella se reflejaba la satisfacción de, al fin, poder contarle esto a la única persona que podía entender su sentir, pues también eran sus hijos—. Patty, ¿sabes dónde están?, ¿tú los conoces?, ¿convives con ellos?

—Alex, lo he intentado todo, he utilizado todos mis recursos para dar con ellos, pero tengo tan pocos datos, no tengo sus nombres, años después que murió el director, el hospital cerró sus puertas, era una institución privada, así que no quedaron registros por examinar, estaba buscando en un inmenso mar; pueden estar en cualquier lugar del país o incluso del mundo.

—Tenemos que encontrarlos, tengo un amigo que nos puede ayudar, al menos tenemos derecho a conocerlos.

Ella lo escuchaba, muy atenta, queriéndole creer.

—He estado ilusionada en encontrarlos por mucho tiempo, no sabes por todo lo que he pasado, el que tú estés en este momento aquí, conmigo, aviva un poco la esperanza porque en un tiempo supuse que tampoco te encontraría a ti y, míranos, aquí juntos.

Al escuchar sus palabras él sonrió. Era una sonrisa de amor. Observó sus hermosos ojos y los recuerdos vinieron a su mente, en el silencio se decían tantas cosas. A pesar de que su mente no podía apartarse de sus hijos, su corazón vibraba de la emoción, podía sentir que el de ella también. Ella, de pronto sacó un pequeño dije de plata y le mostró la palabra escrita: ROMA. Él, de la bolsa de su camisa, extrajo una joya idéntica; juntaron ambas manos. Sonrieron.

Entonces, movidos por una fuerza inexplicable, sin siquiera pensarlo, se fueron acercando, no hubo necesidad de palabras, solo miradas. Sus labios deseaban los de ella. Se sintieron otra vez a la orilla de aquel río donde los habían separado, cuando tenían muchos planes a futuro; la amaba, aún la amaba, y ella también lo amaba. Pareciera que se hubiesen reservado para cuando se encontraran de nuevo. Fue un largo beso de dos personas que, a pesar de la edad, de las circunstancias y del tiempo, se encontraban enamoradas. Eran de nuevo aquellos jóvenes que apenas comenzaban en el arte del amor. Otra vez juntos; tal vez para siempre. Fueron apasionados, como si ese beso hablará por ellos mismos y tranquilizara sus almas, otorgándoles la sensación de paz y quietud que necesitaban en ese momento. El destino les mostraba que todo estaría bien, que las cosas a partir de ese momento, tomarían su cauce normal.

Don Alejandro habló por teléfono con el señor Badillo, explicándole lo acontecido con sus hijos. Después de quince minutos, movió la cabeza en forma negativa y colgó.

—Patty, tenías razón, sin datos no se puede hacer absolutamente nada, pero no nos daremos vencidos tan fácil.

En la mirada de ella se notaba el amor. Se fundieron en un abrazo, se sentía plena y dichosa al estar con él, y su abrazo le otorgaba la confianza necesaria para sentir que las cosas podían mejorar.

Ella había llegado para quedarse, la ONG que dirigía tenía una sucursal establecida en Tampico, desde hacía mucho tiempo había pensado en venir a radicar a esta ciudad, solo tenía que regresar a hacer algunos trámites. No haría cambios drásticos, seguiría apoyando a la ONG, ahora desde esta ciudad. Su alma, su sentir y su ser así se lo pedían. Necesitaban encontrar juntos su pasado. Desde aquella ocasión, cuando era una joven embarazada y se encontraba en la estación de trenes, ella había elegido como destino este bello puerto. Si no llegó fue porque su padre lo había impedido. Ahora que por fin había encontrado a su amor en esta ciudad, aquí se quedaría. Buscarían a sus hijos desde este lugar, tenían mucho que ganar y poco que perder.

Después de pasar el fin de semana juntos, don Alejandro llevó a Patty al aeropuerto, donde abordaría el avión hacia Veracruz. Dejaría todo arreglado y regresaría en una semana para nunca más volverse a separar. Ella le dijo que si el destino los había separado durante casi cuarenta años, no tenían por qué tener miedo de separarse una semana más. Después de juntar sus manos y sus labios innumerables veces, ella partía. Él se quedó observando el avión donde iba su amada, hasta que se perdió en el firmamento.

Llegó a su negocio donde Lázaro ya lo esperaba.

—Don Alejandro, yo pensé que traería a su novia, con todo respeto, la señora, o sea su novia está muy bonita y mire que yo soy bien fastidioso. Este fin de semana que nos la trajo a presentar nos cayó muy bien a Axel y a mí, es una señora a todo dar, además se nota que es muy sencilla.

—Sí, muchacho, ¿qué te puedo decir yo?, ¿recuerdas que te platicaba de aquella muchacha que yo conocía de joven?, pues es ella, era mi amor y lo sigue siendo, siempre lo ha sido.

El joven se quedó boquiabierto.

—Caray, don Alejandro, lo suyo parece sacado de un libro de cuentos, se dejan de ver de jóvenes, de repente se encuentran ya de grandes y ninguno de los dos está casado y tampoco ninguno de los dos tiene hijos, parece increíble.

La mente de don Alejandro comenzó a divagar, pensó en sus hijos, ¿en dónde estarían?, ¿qué sería de ellos? si alguna vez los encontraba ¿qué podrían pensar de él?, un padre que abandona a sus hijos de esa manera. Vio que el joven esperaba alguna respuesta y por fin pudo pronunciar palabra.

—Sí, Lázaro, parece un cuento, si yo te platicara, hay más en esta historia, ya luego te contaré, o mejor dicho será Patty la que les contará.

—Oiga, don Alejandro, pues tendrá que echar la casa por la ventana y hacer una gran fiesta, no me diga que no tiene pensado casarse, usted todavía se ve fuerte, yo creo todavía puede tener hijos.

El muchacho se puso rojo ante su impertinente comentario y no sabía dónde meterse. Don Alejandro soltó una carcajada.

—Que muchacho tan loco eres, Lázaro, ¿de dónde te fluyen tantas ideas locas? Quitale esa cara, que siempre dices puras verdades, descabelladas, pero no dejan de ser verdades, con esa imaginación que tienes deberías escribir un libro.

—Es que, don Alejandro, usted es tan a todo dar que me siento en confianza de decirle las cosas, luego siento que me paso de la raya. Bueno, prometo pensar antes de hablar.

—No te apures Lázaro, siempre sé auténtico, nunca cambies nada en ti, muchacho. Ándale, ya fue mucha cháchara.

El joven sonriente y orgulloso hizo un saludo militar con la mano: “Sí, señor”.

Lo que había dicho el joven despertó su curiosidad y su imaginación, don Alejandro pensaba que no era tan descabellado después de todo. Una boda siempre era bienvenida. Después que revisó pendientes en su computadora, le escribió un mensaje a su amada Patty para saludarle y desearle que hubiera llegado con bien. De manera casi inmediata, recibió un mensaje de ella: lo extrañaba. Estuvieron cerca de treinta minutos platicando y prometiéndose que pronto ya estarían juntos. Don Alejandro se prestaba para salir a la preparatoria, cuando tocaron la puerta de su cubículo, era Lázaro.

—Don Alejandro, lo busca un joven que se llama Hilario. Don Alejandro salió de su oficina y vio a Hilario, quien venía acompañado de una joven muy bella a quien recordaba ya haber visto. Ella llevaba puesto el uniforme de los alumnos de primer grado de la preparatoria donde él era orientador. Los de primer año llevaban la camisa blanca; los de segundo, beige y los de tercero, celeste. Se imaginaba que pudiera ser Lorena.

—Don Alejandro, qué gusto volverlo a ver después de tanto tiempo, solo vengo de pasada a presentarle a Lorena.

—Señorita, mucho gusto.

Extendió su mano para saludarla, la señorita hizo lo mismo. Sonreía a don Alejandro, al cual le daba la impresión de que era una jovencita muy agradable y amable.

—Es un placer conocerlo, don Alejandro, aunque, bueno, ya lo conocía de vista. He venido varias veces a su negocio, con todo respeto, mis amigos y yo lo conocemos como el Abue o el abuelito, espero que no le ofenda.

—Claro que no, hija, al contrario, para mí es un orgullo tener muchos nietos, el gusto es mío.

Hilario notó que don Alejandro iba de salida.

—Bueno, don Alejandro, solo vine a decirle que Lorena ya es mi novia de manera oficial –tomando de la mano a la bella joven—. Le agradezco por sus consejos, espero que en un futuro nos acepte una invitación a tomar un agua de huapilla.

—Sí, Hilario, con mucho gusto la aceptaré. Bueno hijos, me despido, Lorena, ¿ya saliste de clases?, además de su amigo y de su abuelo, recuerda que también soy tu orientador.

—Sí, hoy salí temprano, Hilario me acompañará a mi casa, aprovechando que tenemos tiempo nos iremos caminando.

—Muy bien. Hilario, cuida bien de esta jovencita, se refleja en su rostro que es linda tanto por fuera como por dentro, así cuidado con portarte mal, chiquitito.

Hilario sonrió un poco apenado.

—Así lo haré.

Mientras se alejaban, don Alejandro observó que Lorena tenía unos espectaculares rizos y su mente viajó al pasado, cuando Patty y él eran jóvenes. Le dio mucho gusto verlos comenzar su noviazgo.

Al llegar a la preparatoria observó que ya muchos alumnos habían salido. Distinguió a Alan, quien al mirarlo lo saludó con el brazo en alto, don Alejandro también extendió el brazo para saludarlo y, con la otra mano, hizo una señal para indicarle que lo estaba vigilando, Alan sonrió e hizo un ademán de no estar haciendo nada malo, don Alejandro devolvió el gesto y le dijo adiós con la mano.

Esa tarde le tocó charlar con Luis Santana y Salvador Vargas, dos estudiantes que

constantemente eran reportados por querer brincarse la barda de la escuela, después de terminar de platicar con los jóvenes y hacerles prometer que no lo intentarían más, se dispuso a cerrar su cubículo. Antes de irse, quería saludar al director Rey González, pues necesitaba plantearle un asunto importante no relacionado con la escuela. Quedaron de verse al siguiente día por la tarde.

Los días sin Patty se le hacían eternos, a pesar de ello, estaba muy entretenido en unos planes que tenía en mente. Había asistido a casa de Rey González, a quien ya consideraba un buen amigo, y el asunto que tenían que tratar los hizo convivir mucho en esos días. Por otro lado, había mantenido al tanto de sus asuntos a su amigo Clemente Torres, quien también lo ayudaba en los preparativos. Marcó por teléfono a Juan Carlos Badillo, para invitarlo a ir a Tampico la siguiente semana, le hizo saber que le daría mucho gusto que fueran a comer, pues de alguna manera necesitaba demostrarle cuan agradecido estaba, gracias a él se había encontrado de nuevo con Patty. Además, quería conocerlo en persona, pues hasta ese momento solo era una voz misteriosa que venía de un auricular.

En un intento por centrar las fortalezas del joven Alan, lo había invitado a varias reuniones de la asociación Pro-Alimeyro, para que lo acompañara a entregar alimento y ropa a los lugares apartados de la ciudad. Notaba en el chico cualidades extraordinarias para ser un líder.

Era jueves, faltaba un par de días para que llegara Patty y ya tenía su sorpresa casi lista. Al dar la vuelta para dirigirse a una joyería, notó que dos jóvenes iban caminando, los dos traían el uniforme de la preparatoria donde él era orientador, él portaba el de segundo año y ella el de primero. El joven la llevaba abrazada. Al pasar a su costado vio que se trataba de Alan y de Lorena, la novia de Hilario. “Caray, ¿será que estoy confundiendo las cosas?”, pensó don Alejandro, dudaba si pararse o continuar. Aunque no quería inmiscuirse, no podía permitir que jugaran de esa manera con Hilario. Decidió pararse en una tienda, a una cuadra, para que al salir coincidiera con los muchachos.

Estacionó su auto y se bajó sin voltear a verlos, compró cinco chocolates *Carlos V*, sus favoritos, los guardó en la bolsa de su camisa, que por ser blanca se transparentaban. Al salir, inevitablemente se topó con Alan y Lorena.

—Jóvenes, ¿cómo están? —mostró naturalidad y asombro—, qué sorpresa verlos por acá, Alan, me dijeron en la asociación que te esperaban la próxima semana, fuiste de gran ayuda, así que ya sabes, ve pidiendo permiso a tus padres; Lorena, ¿qué tal, hija?, ¿cómo estás? —notó que Alan seguía abrazando a Lorena.

Los jóvenes se sorprendieron un poco al verlo, y Alan fue el primero que habló.

—¿Qué tal, don Alejandro?, ¿qué anda haciendo por acá?, claro que sí, con mucho gusto asistiré a la próxima reunión, me gustó mucho lo que hacen en Pro-Alimeyro —soltando a Lorena se acercó al Volkswagen.

—Qué buena nave tiene usted, ya van varias veces que la veo, pero no había tenido oportunidad de decírselo, está muy padre.

Don Alejandro estaba un poco desconcertado por la actitud tranquila de los jóvenes.

—Bueno, realmente es un auto muy sencillo, Alan, eso sí, es un auto fiel que nunca me ha dejado —volteó a ver a Lorena; ella estaba tranquila, incluso sonriente al verlo. Fue al grano—: Y, bueno, hija, ¿cómo está Hilario?, es un muy buen joven.

Sin dejar de mostrar su sonrisa, Lorena respondió:

—Muy bien, don Alejandro, de hecho él venía con nosotros, pero le marcaron por teléfono y tuvo que irse —don Alejandro volteó a ver a Alan y a Lorena de forma confusa—. Alan es mi hermano, nos dirigíamos a la escuela de nuestras primas, nos tocó recogerlas para llevarlas a

nuestra casa.

La cara de don Alejandro cambió y se ofreció a llevarlos en su auto.

—Es en esa escuela —dijo Lorena en cuanto se acercaron—, nosotros vivimos a dos cuadras, de hecho, mire, ya están ahí mis primitas, se las vamos a presentar.

Bajaron todos del auto. Unas niñas que estaban esperando dentro de la escuela primaria Enrique C. Rébsamen, al verlos llegar tomaron sus mochilas y corrieron hacia ellos. Abrazaron primero a Alan y después a Lorena.

—Pensábamos que ya nos habían olvidado —dijo la mayor.

Lorena, que la tenía abrazada, le respondió:

—¿Cómo crees, pequeña?

La más chica de las dos observaba a don Alejandro y su camisa, Alan les dijo:

—Miren niñas, él es profesor de la escuela donde estudiamos, bueno, es orientador, y también es “abuelito” de muchos de los que estudian ahí —volteó a verlo—; don Alejandro, esta preciosura de aquí se llama Alexya y tiene 9 años, y esta niña bonita —cargándola— se llama Hanna y tiene 6 años.

Las niñas saludaron haciendo un gesto con las manos. Notó que la niña pequeña seguía observando su camisa, entendió por qué. Acercándose a ella le dio un beso.

—Qué linda niña, ¿quieres que yo también sea tu abuelito?, ¿verdad que sí?

La niña sin dejar de mirarle la camisa afirmó con la cabeza.

—Bueno, niñas, pues como ahora soy su abuelito, les traje un chocolate —sacó los *Carlos V* de la bolsa de su camisa y le entregó primero a Hanna, quien lo recibió gustosa y sonriente, después a Alexya—; y cómo también soy abuelito de ustedes, les corresponde uno —entregó un chocolate a Alan y otro a Lorena—, recuerden que antes de disfrutar el chocolate tienen que comer todas las verduras, quien no se coma las verduras no podrá comer el chocolate.

—Sí, abuelito —gritaron las niñas.

Hanna corrió a darle un abrazo a don Alejandro, quien a su vez se agachó para recibir el abrazo de la dulce niña.

—Bueno, jóvenes, me tengo que retirar.

—¿No quieren que los lleve?

—No se preocupe don Alejandro, vivimos cerca de aquí —Alan señaló en dirección a su casa.

—Se lo agradecemos y también el chocolate —añadió Lorena.

—Son ustedes unas niñas muy lindas, siempre pórtense bien y háganles caso a sus papás.

Las niñas gritaron casi a coro:

—¡Sí, abuelito!

Después de subir a su coche, observó a los jóvenes y las niñas alejarse. Alexya y Hanna le habían ganado el corazón. Se sintió apenado de haber hecho malas conjeturas con respecto a Alan y Lorena, quienes también eran unos estupendos jóvenes.

Estaba ya en el aeropuerto, había llegado el día esperado de ir por Patty, se había arreglado para la ocasión con un traje negro, se observaba elegante. Patty venía por el túnel con solo dos maletas, ella buscó con la mirada a la persona dueña de sus sueños; se sorprendió cuando lo vio vestido con el traje, una sonrisa se asomó en su rostro. Don Alejandro sonreía de forma pícaro, no se cansaba de admirar la belleza de esa inigualable mujer, todo en ella era encantador. Al avanzar por el túnel llegó hasta donde estaba don Alejandro. Soltó las maletas.

—Ya estoy aquí, querido Alex, estoy aquí para que no nos separemos nunca más.

Don Alejandro no dejaba de mirarla, asintió, tomó una cajita roja de la bolsa de su saco. Emocionada, Patty se llevó las manos a su boca, don Alejandro se hincó y abriendo la pequeña caja roja dejó al descubierto un hermoso anillo de diamantes. Unas lágrimas ya comenzaban a brotar de los ojos de Patty, quien se cubría la boca, sorprendida. Una vez más, las personas se detenían a observarlos.

—Hermosa dama mía, mi querida Dulcinea, hoy quiero hacer algo que dejamos pendiente hace casi cuarenta años, sabes que fuiste, eres y serás mi único amor. El tiempo no ha dejado que mis sentimientos cambien, eres mi sol, mi luna, mi arena, lo eres todo para mí. Sé que muchos no entenderán este acto, verán a dos personas maduras, tal vez nos vean como un par de chiflados, eso no importa. Lo importante es lo que tú y yo sabemos y queremos, hoy que volvemos a estar juntos hasta que Dios así lo decida, quiero pedirte que te cases conmigo. Nada me haría más feliz, ¿aceptas casarte conmigo?

Patty, hecha un mar de lágrimas, asintió con la cabeza.

—Sí quiero, amor mío, sí quiero.

Tomando con delicadeza la mano de Patty le colocó el anillo en el dedo anular izquierdo, se dieron un largo y tierno beso, lloraron de felicidad al estar juntos de nuevo y, esta vez, para siempre. La gente a su alrededor aplaudió haciéndose partícipe de la felicidad de la pareja. Un par de mujeres también derramaron lágrimas de emoción al presenciar la escena, otros silbaban. De repente salieron de entre las personas, Rey González y Clemente Torres, cada uno llevaba una guitarra en mano y comenzaron a tocar y cantar “Si nos dejan” de Luis Miguel. La gente sorprendida ante la entrada de los guitarristas comenzó a aplaudir de nuevo, don Alejandro se acercó al oído de su amada y susurró: “Y esto apenas comienza, amor mío”.

Salieron del aeropuerto tomados de la mano, sus amigos se llevaron las maletas de Patty, para que ellos continuaran con los planes establecidos. Abordaron el Volkswagen y avanzaron lentamente.

—¿A dónde me lleva mi caballero andante?

—Bueno, pues como dijiste que sí te casarías conmigo y en virtud de que no tenemos mucho tiempo que perder, nos dirigimos a que escojas tu vestido de bodas. De ahí a una cita con el estilista para que te peinen y te maquillen, por la tarde, nos esperarán en un lugar muy especial, donde contraeremos nupcias, claro, si tú estás de acuerdo, amor.

Lo decía mientras observaba a Patty embelesado, admirando su belleza en todas sus dimensiones; si lo interior es imperceptible a los ojos, no lo es para el corazón.

—Alex, ¡estás bárbaro!, esto es un sueño, no puedo creerlo, pero claro que sí, estoy de acuerdo en que se haga de esta manera, ¿sabes? Así lo hubiera planeado yo, no podemos perder tiempo.

Ambos sonreían a manera de complicidad.

Todo había sido planeado. Resultó que la esposa del director de la preparatoria, la señora González, era una experta organizadora de bodas, ella fue la que se encargó de organizar todo en menos de una semana. Como la boda era sencilla, no le fue difícil. Dejó todo preparado para que don Alejandro y Patty solo llegaran a los lugares asignados y los atendieran de inmediato.

Patty escogió el vestido y de ahí fue llevada al salón de belleza. La costurera adaptó el vestido de manera inmediata y fue a entregarlo a su dueña. Terminaba su sesión en el salón de belleza y al salir lucía muy bella. Le habían realzado caireles, sus ojos café claro resaltaban aún más con el maquillaje, parecía la protagonista de un cuento de hadas.

Ya la esperaba una Volkswagen Combi blanca, decorada para la ocasión. Formaron con muchas flores las iniciales “P” y “A”, las cuales pusieron en la parte delantera de la combi. Patty aún se encontraba incrédula. Un chófer vestido con un traje color blanco le abrió la puerta para que subiera y llevarla a su destino. Se enfilaron por la avenida Tamaulipas, rumbo a la playa, ella iba observando las columnas de palmeras y los cocos que colgaban. Ni en sus mejores sueños, se hubo imaginado vivir algo como esto, estaba nerviosa y feliz. La gente observaba maravillada el trayecto de la inusual combi. Al llegar, bajó de la combi y vio un lugar arreglado de forma hermosa pero sencilla. Sillas blancas con pequeñas vistas en dorado. Un pequeño altar de color blanco sobre la arena. El mar quedaba al fondo.

Las personas se detenían a observar la ceremonia, maravillados por la excéntrica escena. Don Alejandro ya se encontraba en el altar. Cuando ella se disponía a ir a su encuentro notó que todos los invitados iban descalzos. El Sol ya se había metido y por ello el clima estaba agradable, de otra manera todos estarían saltando por lo caliente de la arena. Se despojó de su calzado y tocó con sus pies la fina arena, feliz.

Al comenzar a caminar, salió a su encuentro el señor Badillo.

—Patty, usted no me conoce, yo soy Juan Carlos Badillo, la persona que la buscó a usted en el sistema y que le dio su número a mi amigo Alejandro para que la pudiera contactar. De forma simbólica terminaré mi trabajo, la llevaré, si usted me lo permite, de mi brazo hasta donde se encuentra su futuro esposo.

Patty lo abrazó.

—Muchas gracias, señor Badillo, será un honor ser guiada por usted.

Don Alejandro, enardecido, no le cabía tanto placer al ver a su amada venir a su encuentro, estaba hermosa. Observaba sus caireles, su rostro enmarcado con el color de sus ojos, tantos días recordándola, tantos días pidiendo a Dios poderla encontrar y Él le daba este regalo. Entendía que de no haber sufrido todo lo que sufrió, tal vez no valoraría lo que estaba viviendo ahora. Recordó los momentos cuando llegó a pensar que su vida era nefasta y que nada podía salir peor, al borde del precipicio. Pero algo lo cambió cuando terminó de leer el libro *Los Miserables*. Fue ese libro el que le marcó y le brindó la fuerza para salir adelante. Fue a partir de ahí que emigró de la ciudad que lo había visto nacer. Vendió la casa donde vivía y, con el dinero de la venta, emprendió un nuevo comienzo. Libro en mano, tomó un tren rumbo a Tampico. Anduvo buscando un lugar donde trabajar y, con suerte, consiguió ser conserje en una escuela. Trabajó con entrega y disciplina, todos los días era el primero que llegaba y el último que se iba, se le empezó a apreciar y le dieron de forma permanente el trabajo. Comenzó a forjarse un futuro y en cuanto tuvo oportunidad se metió a estudiar para ejercer la profesión de docente, sus ganas por superarse lo hicieron posible. Se tituló con mención honorífica y comenzó a impartir la docencia de manera formidable. Su libro y su inspiración, siempre lo llevó a todas partes, en sus ratos libres leía a sus estudiantes la historia de Cosette y Mario y todo lo que tuvieron que atravesar para llegar a ser felices, les platicaba del ex presidiario Jean Valjean y sus experiencias. Siempre fue reconocido como un excelente maestro y ello le permitió ir superándose día a día. Continuó preparándose y se posicionó en puestos más altos en el ámbito educativo. En sus etapas de juventud y en su edad adulta, de forma constante, tenía en su mente al amor de su vida, cada logro obtenido fue festejado con ella en su interior, cada derrota era más ligera al abrir su libro y ver la letra de su amada. Las palabras que ella le había escrito en la dedicatoria, a pesar del tiempo, aún estaban legibles, eran, junto con el libro sus símbolos de fortaleza. Y ahora estaba aquí, amaba a esta mujer, nunca la había dejado de amar, a partir de este día serían marido y mujer.

La boda fue una bella y sencilla ceremonia. Cuando el padre comenzó a decir que los declaraba marido y mujer la Luna apareció de forma caprichosa. Don Alejandro besaba a Patty por primera vez como marido y mujer, teniendo a la Luna de testigo. La vida les entregaba poco a poco parte de la felicidad que les había quedado a deber en el pasado.

Cuando terminó la ceremonia religiosa, todos se dirigieron a un salón cercano para continuar la fiesta, se divertieron como niños. Amigos de los esposos, miembros de la asociación Pro-Alimeyro y de la ONG que Patty dirigía, así como profesores de la preparatoria donde trabajaba don Alejandro estaban presentes. También Lázaro y Axel con sus familiares; Hilario con su novia Lorena y con Alan, sus respectivos padres no habían podido acompañarlos, pero habían mandado sus regalos. Todos se divertieron y bailaron mucho, los brindis por su felicidad no se hicieron esperar. Era ya pasada la medianoche cuando la fiesta se fue terminando.

Los recién casados se despidieron de los invitados y abordaron la Volkswagen Combi con rumbo desconocido, sin embargo no a gran distancia. Don Alejandro la llevó a una casa, cerca de la playa, que tenía forma de castillo. Hacía tiempo había comprado la propiedad. La brisa que soplaba arrastraba arena hacia la banqueta y a las paredes de la casa, creando la ilusión de que fuera toda de arena. Cuando llegaron, don Alejandro abrió la puerta del vehículo para que Patty bajara.

—Amor, querida esposa, tal vez no lo recuerdes, cuando éramos jóvenes nos hicimos la promesa de que haríamos un castillo de arena tan grande que pudiéramos entrar. Hace tiempo, recordando esa promesa, compré un terreno y poco a poco construí este hogar. Siempre albergué una esperanza y ahora será nuestro castillo de amor.

Patty sonreía incrédula.

—Ahora recuerdo la promesa, Alex, ¿habrá algún momento en que me dejes de sorprender?, te amo tanto.

Se dieron un beso, se abrazaron y ambos volteaban a ver el firmamento, la Luna ya se encontraba en lo alto, testigo del comienzo de amor de los esposos.

De pronto, ella recordó a David.

—Alex, ¿tú sabes dónde vive David?, ¿recuerdas a nuestro amigo de la juventud?, hace muchos años yo lo saludé, quiero que lo visitemos, es algo que necesito hacer. Cuando lo vi en aquel tiempo no le pude explicar bien la situación por la cual yo estaba atravesando.

Don Alejandro la invitó a pasar adentro de la casa. Le dio los detalles de lo que había sucedido con David, ella le contó de aquella ocasión en que lo había visto. Don Alejandro le prometió que irían a la tumba de su amigo a visitarle, juntos, como él lo habría deseado. Pensaron que desde el cielo los observaría y se alegraría por ellos.

LA PLAYA

Frontera Tamaulipeca, 1985

Patty se encontraba guardando ropa en las maletas, pues irían a visitar a la familia de su esposo, eran familiares que procedían de Europa y habían llegado de visita a la casa de los padres de él. A pesar de que su matrimonio no estaba atravesando un buen momento, se esforzaba para que funcionara, consciente que no solo dependía de ella. Estaba agradecida, aun considerando las supuestas infidelidades de su esposo, a pesar de todo, siempre le había respaldado en lo que ella decidía; una visita a los familiares de su esposo sería un buen comienzo para encaminar de nuevo por el camino correcto.

Suponía que la falta de hijos era uno de los problemas por los cuales la pareja no podía consolidarse, él seguía renuente a adoptar. El camino de su matrimonio era empedrado, aun así ella lo intentaba. El trayecto no era muy largo, viajarían a otra ciudad fronteriza del estado. El recorrido fue tranquilo, el clima en esa época del año era frío, eso era acentuado por la lluvia de la temporada; ella prefería los días cálidos y alegres. Le encantaba recibir los rayos del sol en su rostro y disfrutar el cantar de los pájaros en los árboles. Creía que los climas fríos y húmedos solo acrecentaban su melancolía y en cierta manera así era, recordaba aquella ciudad apacible donde el cantar de los pájaros era constante, la bella capital donde de joven había conocido el amor. Tal vez su mente estaba jugándole una mala broma al traerle aquellos momentos tan llenos de alegría y a la vez tan llenos de tristeza, recuerdos que a veces la atormentaban.

Recordó los momentos que vivió después de la muerte de su padre. Al leer la carta que le había dejado, quedó inconsolable, a nadie le platicó nada acerca de aquella carta, ni a su madre, sentía que de haberlo hecho le hubiera roto el corazón, por esa razón prefirió no divulgarla. Lloró en soledad por mucho tiempo. A pesar de que su espíritu estaba muy dolido, perdonó a su padre. Fue a su tumba e hincándose en ella le dijo que lo amaba, que era su padre y que sabía que las acciones que él hizo siempre habían sido para protegerla. No estaba de acuerdo con lo que había hecho, pero eso no era motivo para reprocharle nada: “Te quiero, papito, descansa en paz. No te reprocho nada. Solo ahora, dame tu bendición para que algún día pueda encontrar a mis hijos, siempre te amé, siempre te amaré y honraré, sonríeme desde el Cielo para saber que te encuentras bien”.

Quiso el destino que unas palomas blancas iniciaran el vuelo armando un alboroto sobre la tumba de su padre. Lo entendió como el mensaje de que su alma estaba en paz. Ahora sí, descansaba, don Hilario por fin estaba en paz.

Nunca le había platicado nada a su esposo, ni de la carta, ni de sus experiencias vividas, segura de que no la entendería. En las largas ausencias de este, ella había intentado dar con sus hijos, nada fue fructífero. El hospital lo habían cerrado años atrás y el director había fallecido, trató sin éxito de buscar a la enfermera o a alguien dispuesto a proporcionarle información, pero siempre topaba con algún obstáculo. Pareciera que el destino no quería que encontrara nada. Fue así, con un gran dolor en su alma, que disminuyó la búsqueda, nunca la detuvo completamente. También buscó sin éxito a Alejandro; sin nadie que lo conociera en su entorno fue difícil. Mandó telegramas a Ciudad Victoria, a personas que posiblemente le pudieran dar información, esa

búsqueda tampoco tuvo éxito.

Salió de sus recuerdos cuando su esposo le tocó su melena rizada y le hizo saber que habían llegado y que su familia ya los estaban esperando. Llegaron a una lujosa mansión. El personal de servicio los recibió y bajó las maletas del auto. Las formalidades de la familia de su esposo no le agradaban tanto a ella, pero siendo una mujer respetuosa y educada a todos saludó con cierta reverencia. Él, a todos la presentaba como la doctora Velázquez, enalteciendo el hecho de que era una prestigiosa profesionalista. Ella minimizaba los comentarios y decía que solo aportaba su granito de arena a la medicina.

Después de instalarse y de comer, toda la familia realizó un recorrido por la ciudad, Patty sugirió ir a la playa. El tiempo para Patty se volvió ameno, al llegar a la playa y, ante la mirada de sorpresa de los familiares de su esposo, se descalzó y caminó gustosa por la arena. Algunos de los niños de la familia, que la observaron, pidieron a sus padres les dejaran hacer lo mismo que su tía Patty, los familiares viéndose entre sí, no pudieron objetar y permitieron que los niños se quitaran su calzado y caminaran descalzos sobre la arena.

Se notaba en su forma de andar que Patty disfrutaba el contacto con la arena. El olor a mar y el oleaje le agradaban. Escuchó a lo lejos que le llamaban, su esposo llegó corriendo a su lado con unos huaraches toscos que a ella le hicieron gracia.

—Patty, espera, no sé cómo puedes caminar descalza, ¿no sabes que puede haber animales o cosas que pueden lastimar tus pies?, deberías ser más cuidadosa, toma te traje estos huaraches para que te los pongas.

—Te agradezco tus cuidados, pero ¿qué caso tiene venir a la playa si no vas a disfrutar de estas maravillosas experiencias?, vamos, mejor ámate y quítate tu calzado, siente la arena en tus pies, húndelos en ella y disfrútalo.

Su esposo hizo un gesto de no entender lo que ella le decía, negó con la cabeza y continuó caminando a su lado. Lo que para ella era un deleite para él parecía un sufrimiento.

Caminaron un largo trayecto, al toparse con conchas y galletas de mar que estaban sobre la arena, ella las recogía y las juntaba en una pequeña bolsita. Era amante de todo lo relacionado al mar; su esposo, que no disfrutaba tanto como ella la caminata, se había sentado en una de las palapas para descansar, se dedicaba a observar cómo su esposa se divertía como niña ante hechos tan poco significativos para él. Eran ajenos a todo el entorno que les rodeaba, en cierto momento retomaron la caminata rumbo a los muelles. Mientras Patty disfrutaba la brisa marina, él renegaba de la arena. A una distancia prudente alguien los observaba, sobre todo, a ella; el individuo, rompiendo la barrera del anonimato, se acercaba poco a poco.

—Hola, buenas tardes. Disculpen mi atrevimiento, yo creo conocerte.

Ambos dirigieron su mirada hacia aquella voz ronca. Era un humilde pescador, se le notaba en su vestimenta, una playera descolorida y unos pantalones de mezclilla ahora convertidos en short. Él esposo de Patty lo miró de arriba a abajo y bufó.

—Buen hombre, me confunde totalmente. No creo tener ninguna relación con usted. A menos que sea usted un empresario pesquero que anda queriendo pasar desapercibido.

El pescador poco entendía de esa ironía.

—Disculpe si no fui claro, me refería a la bella dama.

Él hizo, entonces, una reverencia para saludar a Patty, inclinando su cuerpo, y ella identificó al instante a su viejo amigo.

—David, ¿eres tú?

Su esposo no se podía imaginar de dónde conocería ella a tan particular persona, pensó que tal

vez había atendido de manera gratuita, en algún parto, a la esposa del humilde pescador, acción que ella realizaba con mucha frecuencia.

—Sí, Patty, soy yo —acercándole la mano para saludarla, ella inmediatamente le tomó la mano y le dio un abrazo. Después, David extendió la mano al esposo de Patty.

Ella notó el desprecio en la cara de su esposo y dijo:

—David es un amigo de mi familia, creo que no te había hablado de él.

Al escuchar esas palabras, el hombre reaccionó y le extendió la mano a David.

—Vaya, pues mucho gusto, David.

—El gusto es mío.

David ya había notado la actitud despectiva del esposo de Patty, tal vez había sido precipitado ir a saludarla de esa manera; se había sorprendido mucho al encontrarla con aquel hombre, quien evidentemente no era su amigo Alejandro. Para no incomodar a Patty y finalizar el encuentro, añadió:

—Bueno, Patty, pues fue un gusto saludarte después de tanto tiempo, vine solo a comprar unas cosas, el barco donde trabajo está a punto de zarpar —notó los ojos del esposo de Patty abiertos en toda su extensión cuando lo escucho decir “trabajo”.

—Bueno, en realidad soy el dueño y capitán —mintió—, solo que, pues, se tienen que guardar las apariencias, tú sabes de eso, amigo —dirigió la mirada al esposo de Patty dándole una palmada en el hombro.

Primero un poco desconcertado, luego, captando la broma, le respondió:

—Sí, caray, entiendo, la gentuza muchas veces se aprovecha de la situación de uno, es bueno que hagas eso, no sabes quién se querrá aprovechar de la situación.

Patty se molestó ante el comentario de su esposo.

—David, disculpa a mi esposo, a veces es muy impertinente, no sabes el gusto que me da volverte a ver.

Le dio un fuerte abrazo, se despidieron y David se dirigió rumbo al muelle donde ya los esperaban a él y a otros pescadores para zarpar. Cuando llevaba unos cuantos pasos, Patty, recobrándose de su asombro, reaccionó. Imaginó que tal vez David pudiera saber el paradero de Alejandro o al menos estar en contacto con él. Apresurada, buscó una hoja y una pluma en su bolso, tardó en encontrarla. Se dirigió a un lugar lejos de los ojos de su esposo. Escribió: “Dile a Alejandro que nunca lo olvidé, yo vivo en la frontera norte. Dile por favor que me busque, tengo algo muy urgente que decirle, él tiene derecho a saberlo. Dile que nunca he olvidado a la Roma que él me dio”.

Cuando su esposo se acercaba se percató del papel que acababa de doblar.

—¿Qué pasa, Patricia?

—Es un mensaje para una tía de David.

Se dio la vuelta y corrió a donde David gritando su nombre. David al escuchar que le hablaban se detuvo. Observó que Patty venía en su dirección y su esposo detrás de ella.

—David, sé que tal vez tú tengas contacto con Alejandro, dile que me viste y entrégale estas pequeñas líneas, por favor, por tu vida te lo ruego, es algo muy urgente.

Le dio el pequeño papel seguido de un fuerte abrazo, agradeciéndole. Se dio la media vuelta y no dio tiempo a David para decirle nada, ella tomó a su esposo del brazo que ya venía y lo encaminó en dirección contraria. Él volteaba continuamente preguntándose qué era exactamente lo que su esposa le habría entregado a ese humilde pescador, porque lo de capitán, amigo de la familia y dueño del barco no se lo creía ni el más ingenuo del mundo. Por su parte, David,

entristeció, vio que la pareja de Patty era un pedante, se preguntó por qué razón Alejandro no se había casado con ella. Para David, ellos desde el principio estuvieron predestinados a estar juntos, ¿cómo su amigo la había dejado ir?

Al leer el papel se prometió que haría lo que fuera por encontrar a su amigo, para hacerle entrega del mensaje de Patty, así fuera lo último que hiciera en este mundo, Alejandro tenía que rescatarla de ese patán.

Por su parte, Patty tenía el corazón acelerado. Saber que existía la posibilidad de tener noticias de Alejandro la ponía feliz; si él estaba en la misma búsqueda junto a ella podrían encontrar a sus hijos. Por otra parte, estaba decepcionada de la actitud de su marido, había tratado a David con tanta altanería y bajeza que tendría una plática al respecto. Ella no soportaría estar con una persona que tuviera esa actitud y se lo dejaría en claro a la primera oportunidad. Durante los siguientes días las actitudes altaneras e infieles de su marido aumentaron. Ese fue el principio del fin de su matrimonio.

LA CONFESIÓN

Tampico, 1986

Sandra y Ramón finalizaban las reuniones de trabajo del día. Eran unos expertos asesores comerciales que ofrecían sus servicios de manera externa a diferentes empresas en todo el territorio nacional. Trabajaban como un binomio y ya tenían una buena cartera de clientes, los cuales los solicitaban de manera frecuente. Sus hijos, Jorge y Nelynda, estudiaban el último año de secundaria y les habían prometido hacerles una fiesta con todos sus amigos de la escuela para festejarles sus quince años de manera conjunta, ellos se encontraban muy entusiasmados. Sus hijos siempre habían mostrado una gran madurez a pesar de su corta edad, es por eso que estaban orgullosos de ellos, la familia se mostraba unida y en armonía.

Sandra le comentaba a Ramón:

—Recuerda que después de la fiesta de cumpleaños tenemos que hablar con ellos, prometimos que al llegar a sus quince años revelaríamos parte de su pasado a los muchachos, es importante para ellos. Tienen derecho a saberlo.

—Sí, mujer. Lo entiendo y estoy de acuerdo. Después de la fiesta les diremos todo. Te lo prometo.

La fiesta había sido un éxito, sus hijos se divirtieron mucho con sus amigos de la escuela. Jorge y Nelynda siempre habían compartido las mismas amistades, eran unos hermanos muy unidos, se apoyaban en todo momento y eran muy comunicativos entre ellos. Ya habían despedido a casi todos sus amigos y ahora ellos comenzaban a recoger sus cosas para dirigirse a su casa.

Cuando iban en el coche, Sandra fue la que tomó la palabra.

—¿Cómo se la pasaron, hijos?, espero que hayamos cumplido sus expectativas.

Jorge la volteó a ver.

—Sí, madre, muchas gracias a los dos, todo estuvo excelente, es la mejor fiesta que nos pudieron dar.

Nelynda añadió:

—Muchas gracias, papá y mamá, por todo.

Sandra y Ramón se miraron y sonrieron.

—No tienen nada que agradecer, su madre y yo estamos orgullosos de ustedes, mejores hijos no pudimos haber tenido, siempre recuerden eso, son nuestro mayor orgullo.

—Entonces, creo, ya estamos listos para tener nuestro propio carro —dijo Jorge, sonriendo de manera pícaro y volteando a ver en señal de complicidad a Nelynda.

—Para eso falta un poco, tienen quince años, espérense un tiempo y ya podrán manejar.

—Bueno, el intento se hizo, no podía quedarme sin proponérselos.

Toda la familia se echó a reír con el comentario de Jorge.

Nelynda notó que no se dirigían a la casa, al contrario, iban rumbo a la playa, se le hizo extraño, pues ya era tarde y sus padres eran meticulosos en ese aspecto. Tal vez les tenían preparada alguna sorpresa, pensó. Decidió callar.

Cuando llegaron, sus padres les invitaron a que se bajaran para ir a caminar a la playa, Jorge y Nelynda algo contrariados bajaron del auto, se descalzaron y acompañaron a sus padres.

Ramón y Sandra estaban algo inquietos y preocupados por la reacción de sus hijos, fue Sandra quien se animó a decir.

—Hijos, tenemos que platicar con ustedes, no queremos que el día de mañana por alguna circunstancia médica o por alguna otra razón se encuentren con una sorpresa desagradable, creemos que ahora que ya han cumplido quince años tienen cierta madurez para empezar a asimilar la noticia, deben entender que esto lo hacemos por su bien, pues es parte de su derecho a conocer la verdad.

Jorge y Nelynda se miraron el uno a otro, intrigados. Se sentaron los cuatro bajo una palapa, sintiendo y escuchando el oleaje del mar.

—Deben entender que esto es muy difícil para nosotros, pero con seguridad es lo mejor para ustedes.

Enseguida, Sandra se sumergió en los recuerdos y comenzó a relatar.

—Cuando éramos jóvenes, su padre y yo éramos muy felices. Comenzábamos con nuestro negocio de asesoría de manera exitosa, teníamos poco de haber comprado nuestra casa y todo era alegría, pero yo no había conseguido quedar embarazada, pensábamos que pronto pasaría, el tiempo fue transcurriendo y nada ocurría. Cuando decidimos buscar ayuda médica recibimos la noticia; yo no podría tener hijos, estaba imposibilitada para tenerlos y el deseo de ser padres nunca ocurriría, su padre y yo quedamos devastados. Todo empezó a ir mal, nuestra vida y nuestro matrimonio se empezó a desbalancear, discutíamos por todo y empezamos a descuidar nuestro negocio. En pocas palabras, hijos, todo empezaba a ir en picada, fue su padre quien dio una ligera esperanza.

Después de ir a una empresa a dar asesoría a la frontera, saludó a algunos amigos que tenía por allá. Como saben, su padre estudió en la frontera y tenía muchos amigos y conocidos por aquellos rumbos. Se trataba de un doctor muy amigo de él, era director de un hospital y entre las intenciones de su padre estaba pedirle asesoría. El doctor le dijo que existía una posibilidad muy poco peculiar, le había platicado todo con total honestidad. Le hizo saber que unos días atrás había ido a platicar un petrolero de la zona, dueño de muchos terrenos y de una fortuna inmensa. El petrolero le había dicho que su hija estaba embarazada, pero ese nacimiento no se podía dar, era un embarazo no deseado. El director le había preguntado si su hija estaba de acuerdo, él simplemente había respondido que estaba dispuesto a pagarle lo que fuera para que arreglara el problema sin que su hija lo supiera. El director había dudado, el petrolero le había dicho que si no podía hacer nada que se lo dijera e iría a otro lado. Pensando en el bienestar del niño que venía, el director aceptó el trato, le hizo saber que en su momento arreglaría todo, que su hija no se enteraría, pero que no habría vuelta atrás, el petrolero aceptó. El doctor debía buscar una pareja sana y de buena familia que aceptara a un bebé. Le dijo a Ramón que no podía encontrar a una mejor pareja que nosotros y eso era lo que le estaba ofreciendo a su padre, un bebé. Él le agradeció, pero le hizo saber que yo no aceptaría algo así, que le diera la oportunidad para hablarme y explicarme la situación y juntos tomar una decisión.

En cuanto su padre me habló por teléfono, de forma inmediata tomé el primer autobús para dirigirme a esa ciudad. El corazón me latía con fuerza y no podía dejar de pensar en lo que me dijo. Cuando llegué, él ya me estaba esperando, nos miramos y nos abrazamos, me explicó todos los detalles e incluso fuimos a hablar con el director del hospital, quien nos hizo saber que de aceptar, todo se haría con la mayor discreción posible, nos dijo que, en todos los papeles del hospital, nosotros fungiríamos como los padres. Si aceptábamos, tendríamos que quedarnos un tiempo en la ciudad para que pareciera que a mí me estaban atendiendo de un embarazo, nos dijo

que necesitaba una respuesta de inmediato para comenzar con el papeleo desde ese momento. Teníamos nuestro milagro. Su padre y yo nos miramos, lloramos y nos abrazamos, le dijimos al doctor que aceptábamos la propuesta y el trato. No sabíamos si era niño o niña pues el petrolero no quiso que se le hiciera ningún tipo de chequeo para determinar el sexo, pareciera que no quería saber nada para no encariñarse y no encariñar a su hija a sabiendas de lo que estaba haciendo, a nosotros eso no nos importó, lo recibiríamos con todo el cariño del mundo.

Así fue como, cinco meses después, nació primero un hermoso niño y después una hermosa niña, habían sido mellizos, bendición al doble. Nosotros escuchamos sus llantos al nacer, estábamos en un cuarto que se encontraba al lado del área de parto. Seríamos doblemente felices. Inmediatamente la enfermera, que estaba enterada de todo, preparó a los niños y nos los entregó. Nos dirigimos de forma inmediata a otro cuarto donde el director nos hizo la entrega de los papeles, ahí aparecían los datos de nacimiento de los niños y nosotros fungíamos como padres. Terminando todo, decidimos regresar a nuestra ciudad, estábamos muy felices, éramos una familia. Su padre y yo nos hicimos la promesa de platicar con esos bebés cuando llegara el momento en que pudieran entenderlo todo. Y es así como se los estamos contando, no queremos que lo sepan por alguna otra circunstancia. Esperemos que entiendan que todo lo hicimos por amor, ustedes son nuestros hijos, pero también queremos que entiendan su pasado, tienen todo el derecho de saberlo.

Jorge y Nelynda estaban boquiabiertos, a pesar de ser jóvenes muy maduros, esto era un balde de agua fría, se miraban una y otra vez y se preguntaban si era una broma. Imaginaban que repentinamente sus padres se echarían a reír y les mostrarían algún auto o alguna otra cosa, la cual sería la verdadera sorpresa, pero sus padres no reían, serios esperaban que ellos dijeran algo. Esto definitivamente no era ninguna broma, era una realidad. Fue Nelynda quien, ya con lágrimas en sus ojos, reaccionó primero.

—Esto no es algo que se asimile en un rato, es algo muy difícil de entender e incluso de creer, parece algo salido de un libro de ficción.

Jorge, más hermético y serio, añadió:

—Vaya, qué buen regalo de cumpleaños, arruinarlos la vida de esta manera, gracias. Se paró de forma repentina y se dirigió al malecón. Cuando Sandra iba a decir algo para que regresara, Ramón la tomó del brazo y le hizo una señal de que lo dejara. Nelynda, que tenía la cabeza agachada, lloraba, Ramón se paró de donde estaba y la abrazó.

—Hija mía, esto no cambia nada, ustedes son nuestros hijos, solo creemos conveniente que lo sepan. Cuando ustedes sean mayores ya lo habrán asimilado y lo entenderán de una mejor manera.

Sandra también abrazó a Nelynda.

—Entiendo por qué lo hicieron, solo que es difícil enterarse de algo así, es algo realmente duro, pero les agradezco su sinceridad.

Ramón y Sandra abrazaban con fuerza a su hija y le agradecieron sus palabras.

El camino de regreso fue en total silencio. Atrás quedaban la arena, el mar y la luna, Jorge no había dicho nada desde que se habían subido al coche. Nelynda no dejaba de llorar y en las mentes de Ramón y Sandra solo resonaba que habían hecho lo correcto, que el tiempo así lo determinaría.

LA PARTIDA

Tampico – Saltillo – Monterrey, 1988

Pasaron dos años desde que sus padres habían confesado toda la verdad con respecto a su nacimiento, Nelynda lo tomó de una manera madura, no así Jorge, quien se distanció de sus padres y se volvió rebelde y ausente. A pesar de que Nelynda, de forma constante, hablaba con su hermano con respecto a los motivos que tuvieron sus padres, Jorge la ignoraba. Cada vez que su hermana tocaba el tema, él era un cementerio.

Esto le dolía a Nelynda, antes de eso habían tenido una excelente relación, compartiendo amistades ya que estaban en el mismo salón de clases, y ahora, en el último año de la preparatoria, Jorge ya frecuentaba un grupo de chicos con mala reputación. En la escuela, los citatorios dirigidos a Sandra y Ramón por la conducta de Jorge eran muy constantes, incluso ya había sido advertido de ser expulsado.

Era un mañana de miércoles del mes de septiembre de 1988, Nelynda llegó de la escuela y se dirigió a su hermano.

—Suspendieron las clases por el huracán Gilberto, creo que tendremos que poner cinta a las ventanas, Jorge, dicen que pegará duro.

—Uy, qué miedo con ese huracán, para lo que me importa, ojalá haga muchos destrozos, me encantaría poder ver la destrucción que genera un huracán, yo no tengo miedo. Ni aunque Dios mismo lo mandara.

Nelynda miró a su hermano molesta. Dejó sus cosas en el mueble y fue a buscar cinta adhesiva al cajón de la cocina.

—No sabes lo que dices, hermano, he leído en muchos libros que la fuerza de un huracán es devastadora, así que ni tientes a la naturaleza ni a Dios, mejor ven a ayudarme.

Le dio la cinta a Jorge y tomándolo de la mano lo dirigió hacia las ventanas de su casa para que, entre los dos, las protegieran como les habían enseñado en la escuela.

Por otro lado, Sandra y Ramón se encontraban en un cuarto de hotel, en Saltillo, Coahuila. Sandra, quien no podía estar quieta por la incertidumbre de no encontrarse con sus hijos, le decía a su esposo:

—Ramón, estoy muy preocupada por los niños, no he podido comunicarme con ellos, creo tenemos que regresarnos de inmediato.

—A ver, mujer, Nelynda y Jorge están bien, ellos ya se saben cuidar solos, además, dicen que el huracán se va a desviar, así que tal vez tus preocupaciones son infundadas. Ya tranquilízate, cuando terminemos los cursos de inmediato nos regresamos.

—Pero, Ramón, ¿cómo puedes estar pensando en cursos en este momento?, eso es lo de menos, nunca debimos aceptar venir para acá. Ya estábamos advertidos del huracán.

Ramón, parándose de donde estaba sentado, se acercó a Sandra y la abrazó.

—Mira, amor, te prometo que para el viernes o sábado estaremos ya con ellos, solo Dios evitará que así sea, con preocuparte no vas a resolver nada, mejor concéntrate para que todo termine lo más pronto posible y podamos retirarnos.

El abrazo y las palabras de su esposo la tranquilizaron.

—Está bien, amor, vamos a terminar esto que ya quiero estar con nuestros hijos.

—Además, recuerda que en Tampico existe una base de extraterrestres que impide que los huracanes peguen en la ciudad, así que no tenemos de qué preocuparnos, los seres espaciales se encargarán.

Su esposa le aventó una almohada y comenzó a reír; luego le dio un fuerte abrazo a su esposo.

Pero el destino es caprichoso y quiso que ocurriera otra cosa. Sandra y Ramón, terminando sus cursos, abordaron un autobús en la ciudad de Saltillo que los iba a dirigir a Monterrey y después a Tampico. Fue grande la sorpresa al llegar a tierras regias, en pleno impacto de las torrenciales lluvias producidas por el ya disipado huracán Gilberto. La ciudad estaba inundada, hecha un caos y con torrenciales lluvias, el conductor del autobús buscaba por donde pasar. Nadie imaginaba lo que vendría a continuación.

A veces cuando uno es joven no entiende la magnitud de las acciones. En esa etapa de la vida uno se deja llevar por factores que no tienen fundamento: el ego, la inmadurez, la fuerza de la juventud, la falta de experiencia, cuestiones que no permiten ver las cosas con claridad y llenan de coraje el corazón. Cuando algo nos golpea y nos daña de manera profunda, debilitando los cimientos de nuestro ser, es en ese momento cuando vemos las cosas con claridad, abrimos los ojos de manera forzada a la realidad dándonos cuenta de que somos pequeños y vulnerables. Y es cuando llega el momento de crecer y madurar.

La noticia de la muerte de Sandra y Ramón no tardó en llegarles a Nelynda y Jorge. El huracán se había disipado, pero los destrozos estaban al por mayor. Dejó heridas que tardarían mucho tiempo en sanar y en los jóvenes no fue la excepción. Fue una experiencia que les marcó y definió el rumbo de sus vidas. Habían perdido a sus padres adoptivos, aquellos que por amor los acogieron y que abogaron por ellos cuando aún estaban indefensos, que solo otorgaron amor y paciencia. Cuando les confesaron todo, les hicieron ver que no guardaran rencor en su ser y más por un hecho, del cual no conocían todas las circunstancias, dejaron una buena semilla sembrada en el corazón de sus hijos adoptivos. Habían sido unos buenos padres y Jorge ahora lo entendía a la manera difícil.

LA UNIÓN

Tampico, 2011

Terminaban los días de Semana Santa, don Alejandro y Patty estaban felices. Cuando se les observaba, parecían una pareja que llevaban toda la vida juntos amándose, su amor y su cariño se respiraba a su alrededor a cualquier lugar a donde iban.

Ella continuó dirigiendo la ONG que apoyaba a mujeres embarazadas desde el puerto de Tampico, además, también impartía cursos en hospitales de la zona, pues al ser una eminente doctora con especialidad en obstetricia, era muy solicitada. Por otra parte, don Alejandro se sentía pleno como ser humano, aunado a su labor como orientador en la preparatoria, también impartía clases, pues el director y amigo Rey González le había solicitado que diera cátedra y él había aceptado. Su negocio papelerero iba en excelente dirección, los jóvenes Lázaro y Axel realizaban una impecable labor en la papelería. Don Alejandro seguía asistiendo a la asociación Pro-Alimeyro, ahora junto con su esposa. La vida les sonreía, sin embargo, estaban conscientes que tenían algo pendiente.

Tomaron la decisión de realizar viajes a la frontera norte tamaulipeca tratando de obtener cualquier dato que les fuera de utilidad para la búsqueda de sus hijos. Aun cuando el entusiasmo y la determinación les empujaba a buscar una aguja en un pajar con optimismo, los resultados no eran satisfactorios. Se toparon con pared, pues todas las personas involucradas de alguna manera habían fallecido y el hospital, tal como dijo Patty, estaba cerrado desde hacía mucho tiempo.

Cuando estaban a punto de regresar a la ciudad de Tampico, recordaron que tenían otros pendientes por realizar en aquella parte del estado, aprovecharon para visitar las tumbas de sus familiares y amigos. Eran visitas que querían hacer juntos, eso les ayudaría a sanar heridas que habían permanecido abiertas.

La primera visita que realizaron fue a la tumba de David, previamente visitaron a la familia de su amigo. Don Alejandro les explicó lo referente a la búsqueda, la cual intensificó gracias a las palabras que David le dijo antes de partir. Incluso les platicó como fue que de jóvenes, de forma oficial, David fue quien le había presentado a su hermosa esposa. Los familiares de David lo escuchaban con atención, les llenaba de satisfacción que su padre, abuelo y suegro había fungido como cupido y que todo terminó en un final feliz. La familia les hizo la invitación a comer, para seguir escuchando anécdotas, fue una tarde de risas y alegría, era todo un orgullo escuchar los relatos de don Alejandro sobre David. Cuando ya llegaba el atardecer, Patty y don Alejandro se despidieron agradeciendo las atenciones y prometiendo seguir con las visitas, invitándolos a Tampico las veces que ellos dispusieran. El nieto de David se despidió de ellos con un fuerte abrazo.

Se dirigieron al cementerio de la ciudad y, enfrente de la tumba de David, le agradecieron todo lo que en vida fue para ellos. Patty hizo una pequeña remembranza, agradeciéndole que le hiciera llegar el mensaje a su amado Alejandro y fue por ello que ahora se encontraban juntos, enamorados. Ambos hicieron una pequeña oración; cuando estaban orando, un viento sopló de manera muy suave, como acariciándolos de manera amistosa. Quisieron entender que era su amigo quien les daba las gracias por medio de ese acto sencillo de la naturaleza.

Don Alejandro deseaba asistir a las tumbas de los padres de Patty, que se encontraban en Reynosa, y así lo hicieron. Cuando estuvieron frente a la tumba de su madre, los ojos de Patty se entristecieron, recordó las cosas que no le dijo por temor a dañarla, particularmente la carta de don Hilario. Su corazón se tranquilizó cuando sintió, en ese lugar donde doña Ana descansaba, una total paz. Cuando Patty fue a sentarse a una banca cercana, don Alejandro se dirigió a la tumba de don Hilario y se puso en cuclillas.

—Don Hilario, hoy he venido aquí para pedirle perdón. Por mucho tiempo le guardé rencor con respecto a diversas situaciones que ocurrieron en el transcurso de mi vida. Primeramente, por la muerte de mi padre, lo culpaba por el hecho de que usted había influido de manera indirecta; en segundo lugar por la partida del amor de mi vida, lo culpaba, pues yo aseguraba que usted nos había separado de manera deliberada y egoísta, sin entender que su hija y yo nos amábamos. Y, por último, me acabo de enterar hace poco tiempo que usted regaló a mis hijos, a sus nietos, don Hilario. Este hecho final, tal vez hubiera terminado por desbordar mi odio hacia su persona, pero no, nada de eso don Hilario. Vengo aquí a pedirle perdón por odiarlo por tanto tiempo, por ser tan injusto con usted. Pues no dudo que en sus impulsos no pensó las consecuencias de sus actos. Sé que usted solo buscaba el bienestar de su hija. Estoy seguro que usted sufrió mucho al darse cuenta de sus errores. Hoy estoy aquí con su hija, el amor de mi vida y para mí, eso es motivo suficiente para perdonarlo. Descanse en paz, don Hilario, tal vez nunca ocupó usted mi perdón, pero si de algo le sirve, le otorgo mi perdón absoluto.

Don Alejandro se puso de pie y se encaminó a donde estaba su amada, la abrazó. Quiso la naturaleza que en ese preciso momento, después que unas nubes grises taparan el sol, comenzaran a caer unas pequeñas gotas. Quien fuera un poco supersticioso lo entendería como el arrepentimiento y las lágrimas de don Hilario, quien agradecía desde el más allá el perdón de don Alejandro. Abrazados, Patty y don Alejandro fueron dejando atrás las tumbas, bajo ya una torrencial lluvia.

La tercera visita, la hicieron cuando ya venían de regreso, haciendo escala en Ciudad Victoria, la capital del estado. En esa ciudad apacible, donde en su etapa de juventud conocieron el amor y la desgracia al mismo tiempo. Se pasearon toda la mañana y visitaron las casas donde habían vivido: estaban habitadas y se veían muy bonitas, eso les reconfortó. Después, se dirigieron al panteón municipal del cerro Morelos, donde visitaron la tumba de don Cheto, ambos agradecían lo que había hecho por ellos. Don Alejandro siempre lo honró como un padre amoroso y recto, Patty lo vio como a un segundo papá y recordaba la bondad que tenía en su corazón. Evocó junto con su esposo los tiernos detalles que tuvo con ella cuando era joven, aquí también hicieron una oración. Quien viera la tumba de lejos, observaría que la luz del sol atravesaba por un frondoso árbol donde descansaban los restos de don Cheto y quien fuera muy observador podría distinguir cómo los rayos solares bajaban directamente hacia su tumba, creando una bella imagen, como si su bondad estuviera irradiando luz en este sagrado y tranquilo lugar.

De regreso al puerto de Tampico, en virtud de que la búsqueda había sido infructuosa, don Alejandro y Patty decidieron contratar los servicios de una investigadora privada de la zona. La detective se llamaba Lizette Jonguitud, quien ya había solucionado muchos casos de búsqueda en el estado y era famosa por no dejar nada a la suerte. Ella les advirtió que sin datos específicos era muy difícil, pero les aseguraba que pondría todo de su parte. No tendría la necesidad de viajar a investigar, tenía socios en toda el área del estado tamaulipeco e incluso de la República Mexicana, pensando en que tal vez sus hijos pudieran estar fuera del estado. Así, la investigadora

comenzó la búsqueda.

Un sábado se encontraban Patty y don Alejandro platicando en la oficina de la papelería, Patty aún se sorprendía al escuchar la historia de su esposo con respecto al libro que ella le había regalado muchos años atrás.

—Alex, es increíble la historia que me cuentas, es digna de un libro.

Don Alejandro abrió el compartimiento y, sacando el libro, se lo mostró a su amada.

—Míralo, amor, es el mismo libro que me diste tiempo atrás, este libro fue el causante de que yo saliera adelante. Cuando leía tu dedicatoria imaginaba que tú me lo decías y era el impulso necesario para que yo le echara ganas a la vida. Y si hablamos de la trama, era inspiración al doble.

Patty abrió el libro y lo hojeó, le agradaba escuchar que un libro pudiera ser tan inspirador y más si la historia era de su esposo. Imaginaba tantos libros que había leído en el pasado, cuando gustaba de sentarse bajo aquel árbol que tenía en su casa, con tantas historias fantásticas, y se alegraba al pensar que ellos estaban viviendo una historia digna de ser contada en un libro de amor. En eso estaban, cuando tocaron la puerta. Era Axel.

—Disculpen la molestia, pero es que los buscan, don Alejandro, es Hilario.

—Vamos para allá, gracias, hijo.

Salieron juntos los esposos Medina y se encontraron a Hilario que venía acompañado de Lorena.

—Don Alejandro y señora Patty, qué bueno que los encontramos.

—Jóvenes ilustres, es bueno verlos por aquí, díganos para qué somos buenos.

Patty no dejaba de observar a Hilario y a la vez a Lorena.

—Muchachos, ustedes hacen bonita pareja, espero que trates bien a Lorena, se ve que es una muchacha muy noble.

Él reía nerviosamente.

—Claro que sí, señora Patty, es más, la trato como toda una reina —abrazando a Lorena.

Hilario dijo que el motivo de la visita era para invitarles aquella agua de huapilla que tenían pendiente, a lo cual don Alejandro le agradeció y aceptaron gustosos. En poco tiempo ya estaban en la Laguna del Carpintero. Era evidente que el nombre de Hilario hacía mella en Patty, pues no dejaba de verlo, tratando de buscar alguna similitud facial con ellos. Tal vez pareciera una locura, puesto que no podía ser que un solo nombre provocara esa sensación. Don Alejandro que ya lo había notado, trató de entablar la plática de manera que Hilario abundara un poco en su pasado.

—Les agradecemos que nos invitaran estas aguas tan sabrosas, ¿saben? En el pasado cuando yo era un poco mayor que ustedes, casi me tomaba una diaria —se dirigió a Hilario—; muchacho, somos amigos y aún no sé qué piensas estudiar, cuéntame.

—Pues, miren, don Alejandro y señora Patty, a mí me encantan los animales. De hecho tengo la habilidad para curarles desde que era un niño. Entonces me voy a meter a estudiar la carrera de veterinario o al menos eso espero, ya lo he platicado con mis padres y ellos me apoyan.

—Muy bien, hijo, eso es muy bueno. Cuando los padres apoyan todo pinta mejor, dime, ¿cómo se llaman tus padres?

—Mi padre se llama como yo, Hilario, y mi madre se llama Estela. Él es profesor y mi madre es enfermera.

Patty, quien cada vez tenía mayor certeza de su sospecha, agregó a la conversación: —Es muy bueno cuando la familia está unida, quiero pensar que ves también a tus abuelos. Deben de tener nuestra edad, nosotros podríamos ser tus abuelos.

Hilario volteó a ver a Lorena y respondió:

—No, señora Patty, a mis abuelos no los conocí, ni por el lado de mi madre ni por el de mi padre, me cuentan que murieron antes de que yo naciera. Tengo un hermano que es menor que yo un año, miren aquí tengo una foto de mi familia.

Sacó de su cartera una foto y se las mostró. Patty fue la primera que vio la foto y después se la pasó a don Alejandro. Los dos notaron el gran parecido que tenía Hilario con su padre y con su hermano menor.

Don Alejandro pensó que tal vez ya habían hecho muchas preguntas al joven y no quería espantarlo. Después de entregarle la foto a Hilario, platicaron acerca de otras cosas. Les habló sobre la importancia de la familia y sobre como una familia unida es más fuerte. Ante la foto que les mostró descartaron la corazonada de que Hilario pudiera ser familiar suyo.

—No tengo buenas noticias –le decía la investigadora Jonguitud–. Lamento informar que la búsqueda no ha sido fructífera. He puesto todo mi empeño, pero como le dije al principio, es difícil sin tener información más concreta, lo siento tanto, esto también es frustrante para mí. Mis socios cubrieron toda la franja fronteriza sin resultados de mellizos adoptados. Alguien quiso dejar bien cubierto todo. De cualquier manera, señores Medina, si surgiera alguna información al respecto de última hora, no duden en que se las haré llegar. De momento es todo. Muchas gracias por su confianza.

Se encaminó hacia la puerta, acompañada de don Alejandro, quien le agradeció sus atenciones.

Don Alejandro se había quedado muy pensativo, al igual que Patty.

—Este pequeño tropiezo no nos parará, seguiremos en la búsqueda.

Patty, quien, a pesar de ser una persona positiva y perseverante, después de tomar asiento cerca de él y tomándole la mano, le contestó:

—Amor, estamos buscando en una inmensa playa dos pizcas de arena. Ya hemos buscado por cielo, mar y tierra, hemos hecho lo humanamente posible, no es que quiera darme por vencida, claro que no, pero creo que ya no debemos albergar tantas esperanzas. Entiendo que nuestras ilusiones son muchas, pero tal vez deberíamos empezar a ver la posibilidad de que no encontremos a nuestros hijos.

Don Alejandro bajó la cabeza y besó las manos de ella

—Entiendo, amor, ¿sabes? Cuando no te tenía a mi lado siempre albergué la esperanza de poder encontrarte, pequeña pero siempre presente. Ahora que te tengo conmigo sé que es posible, sé que tal vez esto sea más complicado, pero yo te prometo, amor mío, que vamos a encontrar a nuestros hijos. No sé cómo lo vamos a hacer, no descansaré hasta verte abrazándolos, hasta no verte más feliz de lo que te veo ahora. Hasta que esos ojos hermosos irradien tanta luz de felicidad que incluso la misma Luna te tenga envidia.

La atrajo hacia él y le dio un ligero y delicado beso. Ella admiraba al hombre que tenía a su lado, lo admiraba y lo amaba, él era su camino y su luz. Era feliz a su lado y creía en sus palabras. Tomándolo de la cara con ambas manos y teniéndolo tan cerca que podía escuchar su respiración le dijo:

—Te amo, Alex, gracias por estar conmigo en estos momentos y darme la esperanza, te creo y confío en ti.

Se abrazaron como dos jóvenes que apenas inician en el idilio del amor, como dos almas que se encuentran para nunca separarse, como dos elementos de la naturaleza, que conviven y se

necesitan el uno al otro.

Alan se encontraba afuera del cubículo de don Alejandro, tenía cerca de treinta minutos esperando ver a su orientador. Don Alejandro, quien en ese momento llegaba a la preparatoria, lo notó.

—Qué sorpresa, Alan, no esperaba verte por aquí, no me digas que te volvieron a reportar.

Alan tenía la cara desencajada, se puso de pie y se acercó.

—Tengo que hablar con usted, profesor, es algo urgente. Necesito su ayuda, no sé a quién más acudir.

Don Alejandro lo tomó de los hombros, lo encaminó a su cubículo y cerró la puerta.

—Alan, te noto realmente preocupado. Espero que no sea nada grave. Dime, ¿en qué te puedo ayudar?

—Profesor, no sé cómo empezar. Me da vergüenza decírselo, pero usted es de las pocas personas en las cuales siento confianza plena. Así que se lo voy a decir —aspiró aire como para obtener fuerza—; resulta que hace tiempo fui a una fiesta con unos amigos, fuimos a la disco, una que tiene forma de pirámide en la avenida Hidalgo. Nos divertíamos y todo iba muy bien. Me tomé un par de refrescos, me la pasaba en grande. Estaba bailando con una chica a la cual yo siempre le había gustado, pero ella a mí no. Como el ambiente estaba bueno, pues me dejé llevar, bailamos toda la noche. Cuando el baile se terminó, nos fuimos todos juntos en mi carro y después de dejar a mis amigos en sus casas al final solo quedamos esa chica y yo. Llegamos a su casa ella me invitó a pasar diciéndome que sus padres no se encontraban y, bueno, ya se imaginará...

Don Alejandro le interrumpió.

—¿Vienes a mí porque ocupas que te recomiende a un doctor para alguna infección?, ¿es eso, Alan?

—No, profesor, lo que le quiero decir es que esa chica me habló ayer y me dijo que está embarazada, que yo soy el padre. No sé qué hacer, don Alejandro, no sé cómo decírselo a mis padres, necesito de su ayuda, por favor.

Don Alejandro cerró los ojos y movió la cabeza de forma negativa. Rodeó el escritorio y se sentó en su silla.

—Alan, tienes que hablarlo con tus padres. Necesitas hablar con ellos y explicarles la situación. No es algo que deba esperar, mientras más pronto será mucho mejor. Hijo, necesitas afrontar las consecuencias de tus actos.

Alan se puso de pie.

—No sé cómo decírselos, no sé cómo lo puedan tomar, por eso quería pedirle que usted estuviera presente cuando se los diga. No me atrevería a pedírselo si realmente no fuera tan difícil para mí. Se enojarán conmigo y tal vez hasta me corran de la casa.

Evaluando la situación, don Alejandro, notó al joven tan desesperado que temía que fuera a cometer una tontería.

—A ver, Alan, primero necesitas tranquilizarte. Nada ganas con estar martirizándote, vas a afrontar esta situación con la frente en alto. Hijo, yo te voy a acompañar a hablar con tus padres, después de todo soy tu orientador. Juntos les explicaremos la situación, ¿entendido?

Al escuchar las palabras de don Alejandro se le acercó.

—Profesor, no sabe lo que esto significa para mí. Le estaré eternamente agradecido, aún tengo miedo, pero sé que con usted junto a mí, será más fácil.

Se pusieron de acuerdo en que al día siguiente, por la mañana, se verían en la casa de Alan.

Era un sábado, don Alejandro ya buscaba la casa de los papas de Alan. Tenía claro que debía apoyarlo, temas de ese tipo eran muy delicados y no podían tratarse a la ligera. Por las señas y la dirección no fue difícil dar con el domicilio. Ubicar la calle Rodríguez no fue un problema, pues se encontraba a dos cuadras de la escuela donde tiempo atrás había saludado a las niñas Alexya y Hanna.

Al llegar, se bajó de su Volkswagen, volteó a ver la casa de dos pisos. Se acercó y tocó el timbre. Esperó a que alguien se asomara y cuando estaba a punto de volver a timbrar escuchó como abrían la puerta. Alan salió de forma apresurada.

—Lo siento por tardarme, profesor. Vine corriendo de mi cuarto. Mis padres ya están esperando, les dije que usted quería hablar con ellos. No sé lo que va a pasar, estoy nervioso.

—Hijo, como te dije ayer, más vale afrontar las consecuencias. Yo te apoyaré en cuanto note que lo necesitas, pero tú serás quien les dará la noticia, ¿de acuerdo?

—Vale, profesor, de acuerdo.

Se introdujeron en el domicilio. Desde lejos se escuchaban las voces al platicar, cómo las palabras subieron de tono, llenando el ambiente de confesiones y a veces de silencio. Transcurrieron cerca de dos horas. Al salir, don Alejandro lucía realmente sorprendido y extasiado por la plática. No podía creer lo que había escuchado y vivido en esas cuatro paredes. No esperaba el momento de hablar con Patty. No le gustaba tanto lo que iba a hacer, o la forma en la que lo haría, pero no tenía opción.

Al llegar a su casa, don Alejandro notó que el auto de su esposa ya se encontraba en la cochera. Buscó a su amada, la encontró en la cocina tomando un café y leyendo un libro. Al notar su arribo, dejó el libro en una mesita de lectura y se puso de pie para darle un abrazo a su esposo.

—Amor, ¿cómo te fue? Espero que haya salido todo bien. ¿Quieres un poco de café? ¿Qué pasa? Ven, siéntate.

Lo abrazó y lo llevó a la sala donde tomaron asiento. Don Alejandro tomó de la mano a su esposa y la besó.

—Amor, necesito tu ayuda. Necesito que me acompañes a hablar con los padres de Alan, quedé de regresar a platicar con ellos mañana mismo. Como doctora y como representante de una ONG que apoya a mujeres embarazadas, te escucharán.

—Claro que sí, Alex. Te apoyaré en todo lo que quieras. Me imagino qué es lo que quieren hacer los padres del muchacho, hablaré con ellos y apoyaré a la madre de ese bebé. Después de hablar con los papás de Alan, platicaremos con la jovencita, claro que sí.

—Siento tanto involucrarte de esta manera, amada mía. Inmediatamente pensé en ti.

—Amor, tienes un corazón tan noble que no esperaba nada menos viniendo de tu persona.

El domingo llegó, don Alejandro no durmió pensando en ese día y de lo que ahí se platicaría. Patty, mucho más tranquila, tenía la confianza plena en que haría reflexionar a los padres de Alan. Después de tomar un pequeño refrigerio, se dirigieron rumbo a la casa de la calle Rodríguez. El camino se hizo eterno para don Alejandro, pareciera que de esa reunión dependiera su vida. Al llegar, notaron un silencio total en la cuadra. Se estacionó cerca y bajaron del auto. Al dirigirse a tocar el timbre, él le había dicho que no importaba lo que escuchara o lo que viera, que mantuviera la ecuanimidad y el control. Patty se comenzaba a poner nerviosa, sobre todo, por la actitud de su esposo, a quien parecían intimidar los padres de Alan. Para que eso ocurriera tendrían que ser muy especiales, su esposo no se intimidaba ante cualquier circunstancia. Tocaron

el timbre una y otra vez sin obtener respuesta. La tercera vez fue la vencida. Salió Alan, quien después de abrirles el portón los saludó con la mano. Primero a don Alejandro y después a Patty, se les adelantó y abrió la puerta de la casa. Patty volteaba a ver a don Alejandro como preguntándose qué pasaba, él por su parte le hacía señas de que pasara ella primero, cuando Patty entró, la imagen que vio la dejó boquiabierta.

Observó una gran sala, con varias personas. En primera instancia, vio a dos pequeñas niñas sentadas en el piso algo inquietas, como queriéndose parar para recibirlos. A un costado Alan y, a su lado, su hermana Lorena. Por la parte de atrás del mueble estaban dos personas paradas, un hombre y una mujer, parecieran ser los esposos de las personas que se encontraban sentadas. En el mueble principal, una linda señora con los mismos rizos que ella y tez blanca, su sencillez se percibía en su persona, y era muy hermosa. Le calculaba unos treinta y nueve años, al igual que el apuesto caballero que se encontraba a su lado. En él se notaba porte y elegancia: tenía un gran parecido con don Alejandro. Al observar todo el cuadro, se llevó las dos manos a la boca como tapando el sentimiento y lo entendió. Volteó a ver a don Alejandro, quien sonreía de una manera casi espiritual. Le dio el espacio necesario a su amada para que entendiera y disfrutara el momento. Patty comenzó a llorar. Las niñas Alexya y Hanna, inquietas como estaban, ya no pudieron ser contenidas por más tiempo y corrieron a abrazar a don Alejandro y a Patty, gritando:

—¡Él es nuestro abuelito!, ¡ella es nuestra abuelita!, ¡abuelitos!, ¡abuelitos!, ¡los queremos mucho!

Fueron recibidas por don Alejandro y Patty con los brazos abiertos y con lágrimas y sonrisas en sus rostros. Eran lágrimas de felicidad. Se acercaron Lorena y Alan, quienes con un fuerte abrazo, les hicieron saber el cariño y el respeto que les profesaban. Después, se levantaron Nelynda y Jorge del sofá, ambos hermanos, tomados de la mano, se encaminaron a donde estaba su madre. Patty no paraba de llorar. Era un sentimiento de júbilo y de gran excitación que no tenía fin. Jorge y Nelynda acortaron la distancia y se abalanzaron sobre ella, la abrazaron con todas sus fuerzas y con todo su cariño, llorando también. Los abrazos y las lágrimas que salían del corazón hablaban por ellos, se les unió don Alejandro en el abrazo. Las niñas, Alexya y Hanna, comenzaron a correr alrededor de ellos, gritando jubilosas. Alan y Lorena lloraban abrazados, Mariana y Santiago, respectivas parejas de Jorge y Nelynda, aplaudían, habiendo ya roto en llanto al ver tan jubilosa escena. La casa de la calle Rodríguez en Tampico, era testigo de la unión de una familia que nunca debió separarse, cuarenta años después.

DON ALEJANDRO

Tampico, 2012

Todo fue felicidad después de ello. Nelynda y Jorge escucharon por voz propia de sus padres de sangre todo lo que vivieron en el pasado. Trataron de recuperar el tiempo perdido, y lo hicieron. La familia completa programó un viaje a Roma, el sueño de su juventud se hizo realidad para Patty y don Alejandro, quienes además lo hicieron junto con sus hijos y sus nietos. Estaban disfrutando a su familia. Don Alejandro no paraba de agradecer tanta satisfacción. Tenía lo que siempre le había pedido a Dios. En su etapa de adulto, la vocación de enseñanza le sirvió como soporte para aguantar la soledad y fue en su momento de madurez plena donde encontró lo que tanto había buscado, la felicidad plena.

Don Alejandro no podía pedir nada más a la vida. Con sus aciertos y errores era feliz. El escuchar a sus nietos decirle abuelo era algo satisfactorio, así como lo era poder abrazar a su familia y platicar con ellos. Sus hijos eran personas nobles, de otra manera, el recibimiento y la aceptación que le dieron a él y a Patty no hubiera sido posible. Eso se lo debían a Sandra y a Ramón, a quienes no tuvieron el gusto de conocer, les agradecían el sembrar en sus hijos el perdón y la comprensión y sobre todo, el haberles confesado la verdad años atrás.

Su hijo, Jorge, y su esposa Mariana, quienes eran los padres de Alan y Lorena, les relataron que cuando recibieron la invitación a su boda en la playa, no le dieron mucha importancia, dejándola en una mesita del recibidor. Días después, Mariana realizaba labores de limpieza en la casa, vio la invitación, le dio curiosidad y la abrió, cuando leyó uno de los nombres quedó sorprendida, Jorge venía de la cocina, al verlo simplemente le dio la invitación. Cuando leyó el nombre de ella, se quedó con la boca abierta. Sin embargo, fueron cautelosos hasta estar seguros.

Sus padres adoptivos Ramón y Sandra, les hicieron entrega de un sobre sellado con el nombre de su madre biológica, para que cuando ellos lo creyeran conveniente, pudieran buscar parte de su pasado y hacerlo su presente. Fue así como lo hicieron. En cuanto salieron de su asombro al leer el nombre de Patricia Velázquez Pérez, de inmediato le notificaron a Nelynda y a su esposo Santiago, quienes a su vez acordaron investigar un poco antes de echar las campanas al vuelo.

Después de unos cuantos días, tomaron la determinación de contratar a una investigadora privada que era experta en esas búsquedas, que de forma coincidente, se trataba de la detective Lizette Jonguitud, quien sorprendida les dijo que ella ya sabía la respuesta. Les informó que hacía unas semanas, la habían contactado los señores Medina para buscar a unas personas. Después de comparar los datos estuvieron seguros. Le solicitaron a la investigadora que, de favor, no les dijera nada a sus padres, querían darles una sorpresa.

No habían entendido cómo las pequeñas Alexya y Hanna les habían dicho abuelitos el día del reencuentro, cuando era la primera vez que los veían, entonces don Alejandro les platicó la historia de los chocolates y fue cuando lo entendieron todo. Los chocolates eran la debilidad de las pequeñas. Por su parte, don Alejandro felicitó a su nieto Alan por su actuación, no se imaginó que todo el embrollo del embarazo fuera un invento. Sus padres, Jorge y Mariana, querían citarlo primero para conocerle y explicarle la situación, sin que sospechara. Ellos conocían a don Alejandro por nombre, estaban al tanto que un profesor de la escuela de sus hijos invitaba a Alan

a una asociación de apoyo para personas necesitadas. Eso les agradaba, además el muchacho no dejaba de hablar de él, como también lo hacía Lorena. Mencionaban a su abuelo de la escuela, sin imaginar que ello sería una realidad. Jorge y Nelynda no sabían que don Alejandro era su padre biológico, esa también había sido una sorpresa.

Don Alejandro le hizo ver a su nieto, Alan, que por esta ocasión se la pasaba, pero que no se le hiciera costumbre armar teatros de tal magnitud. Le dio toda una plática acerca de que las mentiras siempre eran el inicio de un problema y que debía evitarlas. Le dijo que él también hizo mal por mentirle a su abuela Patty y llevarla a engaños a la casa de la calle Rodríguez. Sin embargo, le aclaró que esa pequeña mentira piadosa culminó en sonrisas y lágrimas de felicidad para su amada esposa.

Su nieto, bromeando, no desperdiciaba la oportunidad para pedirle su *vochito* prestado, prometiéndole entre risas que no lo manejaría a más de cien kilómetros por hora. Don Alejandro, en respuesta, le daba otra plática sobre la responsabilidad de manejar un automóvil, Alan no tenía más remedio que escucharlo.

A pesar de que toda la familia tenía sus responsabilidades semanales; trabajo, negocios, escuela y filantropía, era un ritual sagrado que los domingos llegaran a almorzar al castillo de arena, como era conocida la casa de Patty y don Alejandro. Se reunían para ponerse al tanto. En ocasiones, llegaban Clemente Torres y Rey González junto con su esposa, quienes convivían con la familia y hacían ameno el momento, un domingo llegó Juan Carlos Badillo a visitarlos, y toda la familia le estuvo agradecida por aquella búsqueda que tan buenos frutos había dado. A veces tocaban la guitarra, otras ocasiones jugaban juegos de mesas o lotería. La parte más feliz para las niñas era cuando toda la familia se descalzaba y caminaban por la playa. Esos momentos eran disfrutados por todos, más por las pequeñas, que no se cansaban de enterrarse en la arena y de buscar galletas de mar secas. Muchas fotos quedarían para la posteridad.

Pasaron su primera Navidad como familia, fue maravilloso. Pareciera que llevaban reuniéndose todos los años. La paz y la tranquilidad se encontraban en el ambiente en todo momento. Los regalos, las sonrisas y las bromas no se hicieron esperar. Don Alejandro contó cuentos a sus pequeñas nietas, mientras que Patty platicó largo y tendido con Nelynda y Jorge. Los abuelos les hicieron una infinidad de regalos a las pequeñas nietas, quienes jubilosas no dejaban de disfrutarlos. A Lorena le regalaron una cámara profesional, pues sabían del gusto de su nieta por la fotografía. Alan, a pesar del frío y de la llovizna, se la pasó un buen rato afuera, no cabía de felicidad con el Volkswagen modelo 2000 que sus abuelos le habían regalado. Prometió que obedecería a sus padres y se esforzaría en la escuela. Y también prometió respetar las reglas de vialidad. Después que cenaron Lorena tomó, con su nueva cámara, la primera foto oficial de la familia completa. Tiempo después se volvería un icono familiar. La foto se enmarcó y se colgó en todas las casas de la familia. Debajo de esa foto se mostraban portarretratos con imágenes de David, don Hilario, doña Ana, don Cheto e incluso Ramón y Sandra tenían un lugar especial entre los recuerdos familiares.

Cierto es que en la vida existen situaciones que nos marcan y definen nuestra felicidad. Ese momento exacto era el momento de don Alejandro. Era feliz. Disfrutaba convivir con sus seres queridos. Tenía al amor de su vida, a sus hijos, a su familia y nada los separaría. Era pleno. Pero debemos entender que los momentos no son eternos. Desearíamos que lo fueran y se esfuman. Y aquí el destino entra, el siguiente suceso puede o no ser feliz. Lo que sí sabemos es que no será igual. Nunca nada será igual.

Era una fría mañana del nuevo año. El invierno estaba aún presente. La gente iba y venía como todos los días, pero no era un día cualquiera. Era el día dieciocho del mes de enero de 2012. La profecía maya, que indicaba que el mundo se acabaría el veintiuno de diciembre de ese mismo año, estaba latente en los creyentes y en los supersticiosos, sin saber que no deberíamos cuidarnos del futuro, pues lo elemental e importante sucede en nuestro presente.

Estaba toda la familia reunida, habían ido al cine. Se habían divertido y se disponían a regresar a sus casas. Don Alejandro manejaba su Volkswagen y con él iban Patty, Nelynda y su esposo Santiago. Las niñas se habían ido con su tío Jorge, pues Nelynda y su esposo irían a una reunión con unas amistades. Se dirigían al lugar donde dejarían a su hija y a su esposo, cuando Patty le recordó que tenían que comprar unas cosas. Don Alejandro prometió a su familia que no tardaría. Se desvió del camino para dirigirse a una farmacia. Cuando llegó, estacionó el auto y se bajó. Entró, tomó los productos que necesitaba y se dirigió a la caja a pagar, cuando vio a la cajera se quedó sorprendido. Entre toda la gente que había ayudado reconoció a aquella madre que arrastraba a tres pequeños niños arriba de un carrito de supermercado, a la cual le había obsequiado platillos de comida. Ella también lo reconoció.

—Señor, buenas noches, pensé que no me reconocería, yo lo hice desde el momento en que entró.

—Buenas noches, señora, cómo olvidar a la madre de aquellos pequeños niños, qué gusto verla, se ve usted diferente, radiante, dígame, ¿cómo están los pequeños?

La señora agachó su mirada haciendo un esfuerzo enorme por no llorar.

—Cuando usted nos dio esos alimentos hizo felices a mis hijos, fue el mejor día que pudimos tener. Recordar las sonrisas de mis pequeñitos es el mejor momento que tengo de ellos —hizo una pausa para limpiarse los ojos. Reponiéndose levantó la mirada—. ¿Sabe? Cuando terminaron de comer, mis hijos se veían plenos y felices, por primera vez tuvieron las fuerzas necesarias para correr por el parque y divertirse. Ya, por la noche, sucedió el accidente que cambió mi vida —el dolor se plasmaba en su rostro, aun así continuó el relato—. Después del accidente, mi hijo mayor estaba tirado en el pavimento, pude tomar su manita, con sus últimos esfuerzos me dijo algo que no entendí en el momento, pero me supuse que lo haría cuando llegara, estoy segura que este es el momento, él me dijo: “Lo volverás a ver, mamita, cuando eso suceda dile que el también será un ángel como yo y mis hermanitos”.

Don Alejandro se llevaba la mano a su boca intentando tapar un poco el asombro.

—Sé que usted es un ángel, señor, y mi hijo lo vio. Las últimas palabras de mi hijo me dieron las fuerzas necesarias para sobreponerme y salir adelante a pesar del dolor tan fuerte que sentía. En mi mente solo tenía la encomienda de entregar el mensaje de mi hijo. Muchas gracias, señor, muchas gracias por hacer a mis hijos felices el último día de sus vidas.

La joven señora rodeó la caja y le dio un abrazo, el cual don Alejandro recibía, ella con lágrimas, el que con una sonrisa.

Salió de la farmacia todavía con las palabras incrustadas en su cabeza. Nadie observó a una persona que se encontraba entre las sombras, asechando. Cuando había dado unos cuantos pasos fue que don Alejandro observó al individuo, con una cachucha en su cabeza se dirigía en dirección al auto donde se encontraba su familia. Pudo notar que el hombre avanzaba de una manera sospechosa. Advirtió que tenía las manos dentro la chaqueta y de repente sacaba una pistola. Don Alejandro se fue acercando de manera cautelosa y cuando estuvo más cerca pudo observar que ya apuntaba a su familia. El delincuente cortaba cartucho y amenazaba con disparar, gritándoles que se bajaran del vehículo para despojarlos de sus pertenencias, ellos temerosos no atinaban a

atender a sus gritos.

Don Alejandro entendió todo y las palabras del pequeño resonaron de nuevo en su cabeza, era su deber proteger a su familia. Habló con tono enérgico.

—Déjalos, aquí estoy yo —el delincuente, quien ya estaba a punto de disparar a su familia, volteó a verlo apuntando con el arma. Se escuchó un fuerte disparo. El ladrón huyó, pero el daño ya estaba hecho.

Don Alejandro fue llevado al hospital de manera urgente. De inmediato llegaron Jorge y Mariana, junto con Alan. Lorena se había quedado en casa con Alexya y Hanna. Les informaron de lo acontecido. La familia entera estaba devastada. Estuvieron en el hospital toda la noche, en la mañana del siguiente día, fue cuando el doctor que lo atendió, salió a informarles. Tristemente les notificó que no se podía hacer nada, había perdido mucha sangre y un órgano vital había sido dañado por el disparo, por lo que de un momento a otro ocurriría el desenlace. Todos comenzaron a llorar. El doctor les informó que en ese momento estaba consciente y que no sabía cuánto tiempo pudiera aguantar así. Les hizo saber que don Alejandro había pedido a su familia. Por reglas del hospital no podían entrar todos, pero en esta ocasión haría una excepción. Cuando entraron al cuarto, vieron a don Alejandro acostado con los ojos cerrados, quien al sentir su presencia los abrió y sonrió. Patty lo tomaba de la mano y lo besaba. Todos tenían lágrimas en sus ojos. Don Alejandro se sentía débil, aun así hizo un esfuerzo y se dirigía a Nelynda y Jorge.

—Hijos míos, quiero decirles que haberlos encontrado fue uno de los sucesos más importantes y felices de mi vida. Haber convivido este tiempo para mí cuenta más que toda la vida sin ustedes. Los amo, hijos, sean felices con sus esposos y siempre procúrense en el bien y en el mal.

—Si papá, atenderemos tus consejos, te queremos mucho —sus hijos lloraban desconsolados.

Después se dirigió a Alan:

—Mí nieto mayor, Alan. Tú y Lorena aconsejen a sus pequeñas primas. Siempre cuéntenles un cuento, a los niños eso les gusta. Alan, esfuérate en la vida, hijo, y sobre todo sé feliz. Que nada cambie tu sonrisa, hazle llegar este mensaje también a tu hermana Lorena, dile que la amo y que siempre estaré orgulloso de ustedes, mis queridos nietos.

—Sí, abuelo, te quiero mucho —le contestaba Alan, dándole un abrazo a su abuelo.

Don Alejandro se dirigía de forma amorosa a su esposa.

—Patty, mi chica de cabellos rizados, mi chica de colores, mi adorada esposa, no sabes cuánto te amo. Las palabras sobran, haré un viaje al cual tú no puedes ir todavía. Te queda mucho tiempo aún por disfrutar con nuestros hijos y nietos, disfrútalos, yo estaré a tu lado. Me sentirás contigo así que nunca te sientas triste. Cuando me recuerdes y tengas ganas de llorar, hazlo. Después de desahogarte, sonríe. Cuando sientas una brisa de arena que sopla en tu bello rostro, sabrás que soy yo quien te está besando. Mi chica por siempre.

Patty no podía articular palabra alguna, lloraba mucho. Lo abrazó y se recargó en su hombro.

—La familia —dijo él—, antes que cualquier cosa, es primero. Gracias por ser mi familia en esta vida de prueba y de superación. No se preocupen por mí, yo voy a un lugar muy especial desde donde los estaré cuidando, mi amada familia.

Todos se acercaron a abrazarlo cerrando sus ojos. Así estuvieron un rato, solo se escuchaban los llantos. Al levantarse observaron en el rostro de don Alejandro una amplia sonrisa: su espíritu se había apagado.

Todas las personas que lo conocían y sabían de su bondad y buen corazón quisieron estar en su último viaje, despidiendo al amigo de todos, al caballero de arena. El funeral se desarrolló con una gran cantidad de gente que apreciaba a don Alejandro: sus entrañables amigos Clemente

Torres y Juan Carlos Badillo; la comunidad educativa del estado de Tamaulipas, que honraba al excelente profesor don Alejandro Medina; los miembros de la asociación Pro-Alimeyro, así como de la ONG; los fieles Axel y Lázaro junto con sus familias; la comunidad estudiantil y los profesores de la preparatoria.

Rey González, director de la preparatoria y amigo de don Alejandro, dio unas palabras en el funeral: a partir de ese momento, basándose en las peticiones de los alumnos y de los profesores, y con la autorización del comité educativo, la preparatoria sería conocida, como la Preparatoria Medina. Ello en honor a tan distinguida persona, estupendo profesor y formidable e inigualable amigo. La familia de don Alejandro estaba agradecida con tantas muestras de apoyo y cariño. Al final, la familia completa se abrazaba, mientras la gente a su alrededor aplaudía. Cuando el féretro iba bajando lentamente, Hanna, la más pequeña de sus nietas, alzó la vista al cielo. Distinguió, que de forma engañosa y a simple vista, una nube cobraba forma, mostrando el rostro de su abuelo. La pequeña, con una sonrisa, dijo adiós con su pequeña mano dirigiéndose a las nubes. Una ligera ráfaga de aire, sopló de manera intermitente.

Jorge, iba llegando a la papelería que se encontraba cerrada en luto por la partida de su padre. A pesar de convivir todo el tiempo como familia en los últimos meses, nunca había tenido la oportunidad de ir al negocio de su padre, pues se veían en otros lugares. Tomó la llave de la papelería y abrió la puerta. Se dirigió al fondo, donde su padre tenía su oficina; se maravilló al ver tan pintoresco y acogedor espacio; las estatuas de *Don Quijote* y otras, pequeñas, de diversos personajes. Observó el espectacular librero que tenía empotrado en la pared: un sinfín de libros que ejercían magnetismo. Jorge era mucho menos asiduo a la lectura que su padre y madre. Encontró el libro que su madre le había obsequiado a su padre y del cual ya le habían hablado. Estaba en un compartimento especial. Iba tocando todos los libros sin tomarlos, los palpaba con las yemas de los dedos y se pasaba de libro en libro. Eran un sinfín de obras literarias. Llegó al libro *Don Quijote de la Mancha* de Miguel de Cervantes Saavedra, lo palpó y lo sacó de su lugar. Al hojearlo se dio cuenta que su padre subrayaba lo que le parecía revelador, se maravilló del olor del libro al estarlo hojearlo, ese olor tan exquisito del cual quedó encantado. Cuando llegaba a las últimas hojas, notó que su padre escribía la fecha de lectura y anotaciones personales referentes al libro. Le llamó la atención un comentario:

“A veces la vida debe vivirse con locura. *Don Quijote* nos enseñó, que en ocasiones, se debe ser un poco loco para ser feliz y realizar todo lo que tú quieras. Algunas veces la gente te tildará de loco, si ignoras eso y vives tu vida de tal manera que siempre tengas presente encontrar a tu Dulcinea y a un amigo fiel como Sancho a tu lado, para acompañarte en tus locuras, date por bien servido. La vida es para vivirse con agrado, pues un día moriremos y nada nos llevaremos, más que la dicha de haber vivido con locura y satisfacción. Vive con locura; cuando tengas que partir de este mundo recobrarás tu cordura, pero la gente te recordará con una sonrisa y no con una lágrima”.

Sonrió al leer el comentario de su padre en el libro. “Don Alejandro”, ahora entendía lo del “don”, esa palabra que a su padre tanto le encantaba escuchar. Se notaba que era admirador de *Don Quijote de la Mancha*. Cuando dejó el libro en su lugar y tomó otro, notó que también tenía

mensajes personales al final, otro y era lo mismo. Se carcajeó, su padre había dejado parte de su esencia en cada uno de los libros que había leído. Dejó su marca personal para ser vista por futuras generaciones familiares. A su manera, su padre había sido salvado por un libro en el pasado. Jorge dio dos pasos hacia atrás y observó el inmenso librero. Ahora entendía todo, tenía mucho trabajo por hacer.

EPÍLOGO

Arenas del Pasado es una búsqueda de lo verdaderamente importante en este juego llamado vida. Al finalizar la historia me pregunté: “¿la vida fue injusta con don Alejandro?”. La pregunta era lógica, se da a entender que sí fue injusta, porque al final cuando encontró lo que más añoraba, se le dio una estocada fatal. Pero acaso deberíamos replantearnos la felicidad. ¿Qué es la felicidad? La felicidad no es el resultado final de un hecho, la felicidad es todo por lo que atraviesas para alcanzarla.

Don Alejandro fue feliz, inmensamente feliz, porque se reencontró con su pasado, porque cerró un círculo que tenía abierto desde comienzos de su vida, porque pudo conocer a los que serían su legado en esta vida, pudo convivir con ellos y tenerlos a su lado en el ocaso de su existencia.

No siempre se tiene un punto de referencia para probar la felicidad. Cierto es que esta vida está llena de acontecimientos buenos y malos. Lo importante es saber con qué ojos lo vemos, cómo reaccionamos y, sobre todo, lo que hacemos para disfrutar de nuestro entorno a pesar de las circunstancias adversas.

Así fue como don Alejandro vivió su vida. A su manera jugó con lo que le tocó y disfrutó cada una de las etapas que llevaron a su final. Él fue amable, vivió, sintió y encontró a sus seres queridos, tuvo la satisfacción de ayudar a mucha gente. Fueron esos hechos los que rodearon su felicidad. La felicidad no es un hecho físico, la felicidad son las circunstancias diarias que alimentan el alma. Se debe entender que lo único importante, lo único valioso en esta vida, no son los bienes materiales, tampoco títulos, ni terrenos, ni casas. Lo verdaderamente valioso siempre será la familia y eso don Alejandro lo entendió a la perfección, siempre creyó en ese precepto hasta su final.

Elementos clave como la amistad, el arrepentimiento, la bondad, el perdón y la sinceridad están inmersos en esta historia. Un amigo que es fiel hasta el final. Un padre arrepentido de sus acciones. Un padre bondadoso. Unos padres adoptivos que son sinceros a sus hijos. Y un hombre que da la vida por su familia.

Si pudiéramos encasillar cada uno de estos elementos con los personajes, creo sería de esta manera:

Don Aniceto: La bondad

Don Hilario: El arrepentimiento

Sandra y Ramón: La honestidad

David: La amistad

Don Alejandro: La familia

Al final cada uno actuó con base en ello y eso hizo posible todo lo demás. Cada uno arrojó una piedra que fue construyendo el camino para que don Alejandro y Patty estuvieran juntos. Al final, sin la aportación de cada uno, el reencuentro de toda la familia no hubiera sido posible.

En muchas ocasiones no hay casualidad, lo vemos de esa manera; no siempre es así. La vida es más bien un conjunto de causalidades que, unidas, poco a poco van transformando y guiando nuestro camino y a veces nos permiten llegar a nuestro punto culminante.

En la novela existen elementos que están presentes en la mayoría de los puntos clave, la arena, la luna, el mar, los libros. Los elementos físicos cotidianos pueden ser inspiración e influir en nuestro proceder de manera positiva. El elemento naturaleza siempre será importante, ello conlleva un estado de armonía con nuestro ser espiritual que se refleja en nuestras acciones hacia nuestros semejantes.

Don Alejandro dio una de las más valerosas lecciones que el ser humano puede dar: sacrificarse por sus semejantes. Y si hablamos de un sacrificio por la familia, mayor mérito, ¿quién no ha dicho esto más de una vez?, pero ¿realmente estamos tan agradecidos con la vida como para llegado el momento actuar conforme a nuestros pensamientos?

Es así como esta obra trata de explicar la importancia de nuestros seres queridos. Los protagonistas superaron innumerables obstáculos para estar juntos. Cuando encuentran a sus hijos es el punto culminante donde están felices. Ese estado de felicidad no es eterno. Quise darle un enfoque más realista para que los lectores entiendan la enseñanza acerca de los valores y la familia. ¿Y el final feliz? Existe, en el legado que deja don Alejandro en los libros y en sus enseñanzas. Pero esa, señores, esa es otra historia.

SOBRE EL AUTOR

Alberto Vázquez Herrera, nació en Ciudad Victoria, Tamaulipas, México, en Febrero de 1980. Estudió Administración de Empresas y tiene una Maestría en Comunicación con Énfasis en Comunicación Social por la Universidad Autónoma de Tamaulipas, donde labora actualmente. Se dice apasionado por la lectura, la fotografía, la comida, el universo, la naturaleza y los misterios. Inicia su carrera como escritor con esta obra. Cree fervientemente en un Ser Supremo.

Facebook

<https://www.facebook.com/EscritorAlbertoVazquezHerrera>

Twitter

<https://twitter.com/Albertovazquezh>

Instagram

<https://www.instagram.com/albertovazquezherrera>

Correo Electrónico

georgemaster1980@hotmail.com

georgemaster1980@gmail.com

AGRADECIMIENTOS

Agradezco al Ser Supremo la oportunidad de escribir esta novela. También a todas aquellas personas que sirvieron de inspiración, de manera directa e indirecta. A mi familia y amigos, los cuales estuvieron alentándome en todo momento.